



UNIVERSIDAD DE  
COSTA RICA



# MUJERES MIGRANTES COLOMBIANAS RELATOS DESDE COSTA RICA

Luisa Eugenia Ochoa Chaves  
Ana Belén Calderón Elizondo

**CICOM** Centro de  
Investigación en Comunicación

 **PROLEDI**

**CC.SIBDI.UCR - CIP/4337**

**Nombres:** Ochoa Chaves, Luisa Eugenia, autora. | Calderón Elizondo, Ana Belén, autora.

**Título:** Mujeres migrantes colombianas : relatos desde Costa Rica / Luisa Eugenia Ochoa Chaves, Ana Belén Calderón Elizondo.

**Descripción:** Primera edición. | [San José, Costa Rica] : CICOM, 2025.

**Identificadores:** ISBN 978-9930-632-15-4 (blanda o rústica)

**Materias:** LEMB: Colombia – Emigración e inmigración – Costa Rica. | Mujeres inmigrantes – Costa Rica – Relatos personales. | Mujeres inmigrantes – Condiciones sociales – Costa Rica. | Colombianos – Costa Rica.

**Clasificación:** CDD 304.872.860.861.008.2--ed. 23

Primera edición: Septiembre, 2025

Diseño y diagramación: Grettel Aguilar Santamaría y  
Esteban Guevara Walker

## Lista de abreviaturas

<b>ACAI</b>	Asociación de Consultores y Asesores Internacionales
<b>ANUR</b>	Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados
<b>ANUC</b>	Asociación Nacional de Usuarios Campesinos
<b>ANMU - CIC</b>	Asociación Nacional de Mujeres Campesinas e Indígenas de Colombia
<b>CONARE</b>	Consejo Nacional de Rectores
<b>DAS</b>	Departamento de Administrativo de Seguridad
<b>FARC</b>	Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia
<b>INA</b>	Instituto Nacional de Aprendizajes
<b>OIM</b>	Organización Internacional para las Migraciones
<b>ONG</b>	Organización No Gubernamental
<b>UNA</b>	Universidad Nacional
<b>UCR</b>	Universidad de Costa Rica
<b>UNED</b>	Universidad Estatal a Distancia

# CONTENIDOS

<b>Prólogo</b> .....	7
Yanet Martínez Toledo	
<b>Introducción</b> .....	15
Luisa Eugenia Ochoa Chaves Ana Belén Calderón Elizondo	
<b>La historia de los relatos: Contexto histórico de la Colombia de las mujeres migrantes</b> .....	21
Catalina Ruiz Díaz	
<b>Relato 1. Migrar para estudiar</b> .....	35
Yudi	
<b>Relato 2. Migrar al ritmo del tambor</b> .....	47
Anyul	
<b>Relato 3. Una historia de amor, diversidad sexual y migración</b> .....	63
Iliana	
<b>Relato 4. Migrar a la naturaleza salvaje</b> .....	83
Domitila	
<b>Relato 5. Migrar para encontrar la paz</b> .....	105
Carolina	

<b>Relato 6. Migrar para encontrarse</b> .....	<b>119</b>
Pilar	
<b>Relato 7. Migrar para retornar al hogar</b> .....	<b>131</b>
Sarah	
<b>Relato 8. Más allá del amor romántico, amor para sobrevivir</b> .....	<b>147</b>
Liliana	
<b>Relato 9. Migrar para salvar la vida</b> .....	<b>159</b>
Amanecer	
<b>Relato 10. Migrar y danzar el cambio hacia la libertad</b> .....	<b>175</b>
Diana	
<b>Relato 11. Migrar y otras historias</b> .....	<b>191</b>
Luisa	
<b>Referencias</b> .....	<b>219</b>

# PRÓLOGO

**Dra. Yanet Martínez Toledo**  
**Centro de Investigación en Comunicación**

## **Dar gracias y contarlas**

Narrar es una forma de construir nuestra vida y nuestro paso por ella, y *Mujeres migrantes colombianas: relatos desde Costa Rica* da cuenta de ello. Este texto nace en la corporalidad de la experiencia de ser mujeres migrantes colombianas. Además, surge del viaje de una experiencia de vida hacia otra, lo cual contribuye a reconstruirnos en la narrativa, en la transformación y en la recreación de nuestras propias identidades.

Cuando Luisa y Ana Belén me invitaron a escribir este prólogo, no pude dejar de pensarme como mujer migrante. Con Luisa hemos hablado de cómo la migración nos ha construido como sujetos presentes que aprenden de la diversidad, pero que también tienen el reto de adaptarse a un contexto cambiante. Más de una vez nos hemos acompañado en este camino de estar al mismo tiempo aquí y allá. También nos hemos acompañado en el proceso de traducir nuestras experiencias vitales al contexto académico y de investigación. Por eso, antes que nada quiero comenzar por celebrar este texto como un ejercicio académico que trasciende los formatos más tradicionales para abrir espacios a la diversidad de voces, estéticas y formatos. Gracias al CICOM por abrir sus puertas a investigaciones que pasan por los cuerpos y narran sus vivencias.

Agradezco a las mujeres que compartieron sus voces para que estas historias sean compartidas más allá de los ámbitos cotidianos y lleguen a personas desconocidas, quienes hayan vivido la experiencia de migrar o hayan escuchado, a través de estas voces, lo que significa echar raíces en territorios nuevos. Los relatos incluidos en este libro nos hablan del pasado, pero sobre todo del presente de quienes cuentan su historia y también de quienes, desde la investigación feminista, escuchan desde una perspectiva hermenéutica (Vélez, 2001), y dialogan generando un nuevo texto en el que las historias personales se reconfiguran desde lo individual a lo colectivo. Así, se construyen agencias narradas donde la voz de una es la voz de muchas hallándose en lo plural y siendo en lo singular.

### **Mirada feminista para narrarnos en compañía**

Narrar desde una perspectiva feminista, implica escuchar y ser escuchadas. Las investigaciones enfocadas en análisis de narrativas desde una perspectiva feminista permiten: entender cómo y por qué se construyen ciertas historias sobre las mujeres, quién las construye y cómo se realiza ese proceso (Woodiwiss, Smith y Lockwood, 2017). Para la investigación feminista, la narrativa es un concepto movedizo, aunque no carente de determinantes. La investigación narrativa considera que las historias son una de las más importantes formas de dar cuenta de las experiencias humanas (Pinnegar and Daynes, 2007, p. 4) y a su vez, constituyen parte fundamental de los procesos de construcción de identidades (Griffiths, 1995, p. 2). Los estudios narrativos permiten ver cómo los discursos hegemónicos construyen nuestra historia como sociedad a partir de la narración de eventos cotidianos, como en las noticias o en la ficción literaria y cinematográfica.

En los estudios narrativos feministas es posible identificar dos tendencias: por un lado, la primera considera las narrativas como acción transformativa de la vida e historia de las mujeres, mediante la cual, se construyen representaciones individuales y colectivas de lo que es ser mujeres en una cultura patriarcal; por otro lado, la segunda se enfoca en analizar las narrativas patriarcales y cómo construyen a las mujeres como objeto narrado por la mirada y escritura masculina. Además, en esta segunda tendencia dan cuenta de los silencios y violencias en los que se construye dicha narrativa.

Las narrativas feministas ponen bajo la lupa la mirada masculina y cómo está revestida de universalismo y neutralidad, según expresa Teresa de Lauretis (1984):

(...) es precisamente la crítica feminista de la representación la que ha demostrado fehacientemente como toda imagen perteneciente a nuestra cultura -y por supuesto cualquier imagen de la mujer- está situada dentro, y es interpretable desde el contexto abarcador de las ideologías patriarcales, cuyos valores y efectos son sociales y subjetivos, estéticos y afectivos, e impregnan, evidentemente, toda la construcción social y, por ello, a todos los sujetos sociales, tanto mujeres como hombres (p. 66).

La narrativa feminista tiene la doble función de develar las estructuras patriarcales presentes en la narrativa; a la vez que propone nuevas formas de ver y narrar las experiencias de las mujeres en la transformación de las relaciones desiguales de género. El análisis narrativo feminista critica y niega que exista una historia universal y neutral con un sujeto abstracto que la narra. Para el feminismo todo sujeto de narración es un sujeto generizado (engendered) y atravesado por dinámicas de privilegio/opresión basadas en etnia, clase, edad, orientación sexual, etc. (May, 2014).

La historia narrada tiene como trasfondo un contexto de subordinación de las mujeres y los cuerpos feminizados construido cultural, política y económicamente. En este sentido, la historia en tanto narración y la Historia en tanto proceso, se constituyen mutuamente. Existe una pluralidad de historias que, en el ecosistema narrativo de lo que consideramos es una sociedad, se organizan jerárquicamente, expresando diversos tipos de desigualdades: de género, identidad y orientación sexual, etnia, edad, clase social.

Desde la narrativa feminista importa, además, visibilizar la pluralidad de voces que, desde la subalternidad de género, las mujeres y sujetos feminizados construyen para cuestionarse las desigualdades y generar estrategias para subvertirlas.

A su vez, la narrativa feminista no se limita a revelar que el sujeto universal es el sujeto de la narrativa dominante. Le interesa develar la naturaleza sexuada de ese sujeto que se construye a partir de la desigualdad sexual, la racialización y el binarismo de género (Lugones, 2007). Pone en entredicho que exista una base natural de la diferencia sexual, según la cual el sujeto Hombre protagoniza la narrativa mientras el sujeto Mujer la complementa (De Lauretis, 1984). Este análisis trata de buscar las fisuras en la narrativa patriarcal, mostrando las contradicciones, los conflictos y las luchas por develar las desigualdades de género. En términos narrativos esto implica hacer visible el vacío, el silenciamiento de la experiencia de las mujeres en la construcción de sentido de las historias sobre las desigualdades de género y la violencia contra las mujeres.

Entre las formas de hacer visible el vacío, definir los modos en los que las mujeres aparecen como objetos de la historia es importante. En palabras de Chatman (1978), cómo son afectadas por los hechos que desencadena el agente. Para el feminismo, las mujeres no son objeto, sino suje-

to histórico, silenciado en la narración por un sujeto masculino (con pretensión de universalidad y neutralidad) que las construye como otro complementario (Mulvey, 1975; Tuchman, 1976; 2000).

La noción de mujeres como sujetos históricos tiene implicaciones teóricas y políticas:

1. Al referirse a mujeres en plural se reconoce la diversidad de dicho sujeto.
2. Al criticar los roles de género asignados a las mujeres desde una perspectiva situada, o sea, entendiendo que si bien la desigualdad sexual es elemento clave, también se debe pensar en cómo la edad, la clase, la orientación y la identidad sexual contribuyen en la construcción social de las mujeres como vulnerables, dóciles, dependientes y subordinadas de los hombres (entendidos estos como sujetos superiores en la construcción dicotómica de género).

Al analizar el lugar de las mujeres, de Lauretis (1984, p. 66) hace una distinción entre la ‘mujer abstracta’ y las mujeres como sujeto histórico en el audiovisual de ficción. La abstracción ‘Mujer’, en la narrativa fílmica dominante marcada por la mirada masculina, según de Lauretis, es una condensación de la construcción simbólica en la cultura patriarcal: el otro subordinado de la relación dicotómica hombre-mujer. En contraposición a esta abstracción, el feminismo se ha preocupado por las mujeres en tanto sujeto histórico diverso, plural y cuyas experiencias están social y culturalmente situadas; de ahí que su presencia en la narrativa social sobrepase los límites de la dicotomía antes planteada.

Hacer la distinción entre la mujer fijada y las mujeres como sujeto histórico es una tarea que el feminismo sigue desarrollando de manera sistemática y que, como se ha ex-

presado con anterioridad, tiene dos vías: develar las narrativas patriarcales y colocar la experiencia de las mujeres en el centro de las narrativas críticas. Las mujeres en tanto sujeto histórico están ausentes en la narrativa patriarcal.

## **Migrar, contar y ser**

En un mundo donde imperan las narrativas hegemónicas, patriarcales y se privilegian ciertos formatos por sobre otros, contar con un texto como este, en el que se entrelazan las narrativas académicas, activistas, comunitarias; representa resistencia. Y también reinención. Una invitación a narrar en soledad y acompañadas, a ser con las otras, desde la sororidad política y con la certeza de que, narrando, caminamos; narrando nos vemos en las otras y en nosotras mismas. Narrando migramos; de otros territorios, de otros pasados, de otras dinámicas de opresión. Narrando construimos senderos. Narrando llegamos y seguimos.

Ojalá este libro circule, se mueva e inspire otras historias. Que viaje como sus protagonistas y crezca como sus voces.

## **Referencias**

Chatman, S. (1975). Towards a Theory of Narrative. *New Literary History*, 6(2), 295–318.

<https://doi.org/10.2307/468421>

de Lauretis, T. (1984) “Alicia ya no. Feminismo, semiótica, cine”. Ediciones Cátedra. Valencia

- Griffiths, M. (1995) "Feminisms and the Self. The Web of Identity". Routledge. London DOI<https://doi.org/10.4324/978020320424>
- Lugones, M. (2007) "Heterosexualism and the Colonial/ Modern Gender System". En: Hypatia, Vol 22. Núm, 1, pp. 186-208
- May, V. 2014. "Pursuing Intersectionality. Unsettling dominant imaginaries". London: Routledge.
- Mulvey, L. 1975. "Visual Pleasure and Narrative Cinema". Screen 16, n.º3: 6-18.
- Pinnegar, S., & Daynes, J. G. (2007). Locating Narrative Inquiry Historically: Thematics in the Turn to Narrative. In D. J. Clandinin (Ed.), *Handbook of narrative inquiry: Mapping a methodology* (pp. 3-34). Sage Publications, Inc. <https://doi.org/10.4135/9781452226552.n1>
- Tuchman, G. (1976) What 's the News? Telling Stories. Journal of Communication. Autumn. pp. 92-97
- Tuchman, G. (2000) The Symbolic Annihilation of Women by the Mass Media. En: Crothers, L. & Lockhart, C. (eds.) Culture and Politics. St. Martin's Press. New York, 150-174
- Vélez, C. 2001. "Teología de la mujer, feminismo y género". Theologica Xaveriana, n.º 140: 545-563
- Woodiwiss, J. Smith, K, and Lockwood, K. 2017. Introduction: Doing Feminist Narrative Research. En: Woodiwiss, J. Smith, K, and Lockwood, K. (eds.) Feminist Narrative Research. Palgrave Macmillan London. pp.1-10. <https://doi.org/10.1057/978-1-137-48568-7>

# INTRODUCCIÓN

Este libro presenta once relatos de mujeres migrantes colombianas en Costa Rica. Se trata de historias de migración contadas desde una perspectiva narrativa, feminista e interseccional, que enfoca su atención en la experiencia de las mujeres en un contexto de feminización de las migraciones internacionales.

La mirada feminista que atraviesa estas historias permite reconocer las diversas formas en que ellas –nosotras– experimentamos la migración. Estudiar el género desde la mirada interseccional implica contar desde las diferencias en el marco de los sistemas de opresión y contar reconociendo las condiciones históricas y sociales determinadas (Galaz Valderrama, 2016) que permean la vida de estas y muchas otras mujeres migrantes colombianas.

También son historias contadas desde la perspectiva de un conocimiento situado, donde el cuerpo, la vida y la historia de una de las investigadoras es parte. La decisión de elaborar estos relatos es personal y política, pues una de las autoras también es una mujer migrante colombiana en Costa Rica, cuya historia entra en relación con otras mujeres migrantes. Sin embargo, ella no está sola; junto a Luisa está Ana Belén y de la mano navegan por estos relatos que las tocan e interpelan.

Queremos destacar, además, el apoyo sororo que surge entre las mujeres que reconocen la posibilidad de impulsar-

se, personal y profesionalmente, que se apoyan para romper ciclos de violencia, en un ejercicio de reconocimiento de las violencias de género; pero, también, de los estigmas relacionados con ser colombiana en el extranjero.

Estas mujeres, asimismo, nos recuerdan la memoria histórica y generacional de la resistencia a la violencia, de la defensa de su libertad y la resiliencia al convertirse en heroínas de sus propias historias, al asumir los retos de ser migrantes con las barreras que esto implica a nivel burocrático, para pelear por ser reconocidas como sujetas de derechos y vivir plenamente.

Desde la memoria, cada relato tiene una historia que también hace parte de este libro. Por ello, al comienzo, se incluye un capítulo de contexto histórico para anclar los relatos a un espacio-tiempo que los delinea y nos permite comprender los motivos y procesos detrás de la migración de las mujeres colombianas.

Destacamos el rol de la agencia narrativa como una perspectiva para contar las historias de mujeres migrantes más allá de la victimización: ellas hablan de sus experiencias de sobrevivencia, superación y autonomía, reconociendo el proceso personal que implica dejar sus hogares, sus familias y todo lo que han conocido para empezar de nuevo en Costa Rica.

Estos relatos fueron construidos mediante la realización de entrevistas a profundidad, que dieron lugar a la construcción de historias de vida, cuyo principal enfoque son las experiencias de mujeres migrantes colombianas. Posteriormente, se re-dactaron las historias, que fueron enviadas a cada participante para su validación. Para este proceso, también se intercambiaron comunicaciones personales, como reuniones, mensajería de texto y audio, entre otras, con la intención de que los relatos

reflejaran de la manera más fidedigna posible la realidad desde la perspectiva de cada una de las mujeres participantes.

La historia número once es el resultado de un ejercicio de autoetnografía de una de las investigadoras de este estudio; un ejercicio de reconocimiento del propio lugar de enunciación de su historia y de cómo esta se teje con las experiencias vividas de las otras mujeres participantes.

Este proceso de diálogo con las mujeres participantes da lugar a las once historias narradas por sus protagonistas con lágrimas, risas y memorias sobre lo que significa ser una mujer migrante colombiana.

Este libro es resultado de la investigación *Narrativas de mujeres migrantes colombianas: relatos desde Costa Rica*, del Centro de Investigación en Comunicación (CICOM) de la Universidad de Costa Rica (UCR). Su publicación cuenta con el apoyo del Programa de Libertad de Expresión, Derecho a la Información y Opinión Pública (PROLEDI).

De la mano de estos relatos se han producido también tres publicaciones académicas que analizan las experiencias de mujeres migrantes colombianas desde perspectivas narrativas e interseccionales, el análisis de las violencias y las estrategias de resistencia y una reflexión metodológica del proceso de investigación, en clave feminista, donde se recupera el proceso de las entrevistas, la elaboración de los relatos, la autoetnografía y la realización de talleres de escritura creativa. Estos trabajos dialogan con los testimonios aquí reunidos y permiten situarlos en un marco más amplio de reflexión e investigación:

- Ochoa Chaves, L., & Calderón Elizondo, A. B. (2024). Reflexiones sobre metodología en clave feminista: investigando las narrativas de mujeres migrantes colombianas. En L. Chinchilla Alvarado

(Ed.), *Hablando (de) las mujeres: comunicación, representaciones de género y activismos feministas* (p. 204). Centro de Investigación en Comunicación (CICOM), Universidad de Costa Rica. Recuperado de [https://cicom.ucr.ac.cr/wp-content/uploads/2024/03/Ebook\\_CICOM\\_2024\\_Hablando-de-las-mujeres.pdf](https://cicom.ucr.ac.cr/wp-content/uploads/2024/03/Ebook_CICOM_2024_Hablando-de-las-mujeres.pdf)

- Ochoa-Chaves, L. E., & Calderón-Elizondo, A. B. (2023). Análisis narrativo e interseccional de relatos de mujeres migrantes colombianas en Costa Rica: actores, escenarios, objetos y códigos culturales. *MEDIACIONES*, 19(30), 75–92. <https://doi.org/10.26620/uniminuto.mediaciones.19.30.2023.75-92>
- Ochoa-Chaves, L., & Calderón-Elizondo, A. B. (2022). Narratives of Colombian migrant women: violence and heroines from Costa Rica. *Journal of Latin American Communication Research*, 10(1-2), 51–64. <https://doi.org/10.55738/journal.v10i1-2p.51-64>

Este libro se ha escrito a cuatro manos, las de Ana Belén y las de Luisa, pero también con el apoyo y el trabajo colectivo de muchas personas. Queremos expresar nuestro agradecimiento a Laura Chinchilla Alvarado, quien realizó la revisión desde el Programa de Investigación Narrativas, Género y Comunicación del CICOM y cuyos aportes teóricos, epistemológicos y políticos fueron invaluable. Asimismo, contamos con la valiosa contribución de Jennifer Rojas González y el trabajo de Natalia Castro Salgado, de *La Voz Activa*, quienes aportaron una perspectiva de género en el lenguaje. A Gréttel Aguilar Santamaría y Esteban Guevara Walker, responsable del diseño, agradecemos su aporte en la belleza e identidad gráfica. Por la revisión final de estilo y

el acompañamiento editorial, a Catalina Ruiz Díaz, quien además escribió el capítulo de contexto histórico; gracias a su trabajo, este libro logró finalmente publicarse.

Y, por supuesto, un agradecimiento infinito a las mujeres migrantes colombianas que compartieron sus voces en estas páginas, y también a aquellas que no lo hicieron, con la esperanza de que encuentren en estas palabras un abrazo cálido y el reconocimiento de una historia compartida.

## Participantes:

Yudi Lodriani Pulido Martínez.

Diana Betancourt Villa.

Carolina Lozano (nombre ficticio).

Liliana Córdoba Castañeda.

Anyul Arevalo Acosta.

Iliana María Espitia Sutachan.

Sarah (nombre ficticio).

Domitila Valenzuela (nombre ficticio).

Pilar Restrepo Córdoba.

Luisa Eugenia Ochoa Chaves

# LA HISTORIA DE LOS RELATOS:

## ***Contexto histórico de las mujeres migrantes de Colombia***

**Por Catalina Ruiz Díaz<sup>1</sup>**

Colombia es un país de paradojas. Su historia oscila de forma compleja entre la paz y la violencia, entre la pasión y la apatía. Con frecuencia se menciona, al mismo tiempo, que la suya es la democracia más antigua del continente y que ha anidado uno de los conflictos armados más largos de la historia latinoamericana y del mundo. Esta paradoja ha llevado a que uno de los colombianistas más reconocidos, el historiador estadounidense David Bushnell, titule su libro con el significativo nombre de *Colombia, una nación a pesar de sí misma* (2021). Desde el interior, personas de la sociología, antropología e historia se han dado a la tarea de buscar formas de comprensión del “fenómeno de la violencia” en este país desde la década de los setenta; un fenómeno cuyo entramado involucra dimensiones económicas, sociales, políticas y psicológicas que han definido al pueblo colombiano históricamente como un pueblo en desplazamiento y migración.

---

1 Historiadora de la Universidad Nacional de Colombia, museóloga, y migrante colombiana en México.

Por más de cincuenta años, las personas colombianas se han visto afectadas directa o indirectamente por un conflicto armado complejo y multipolar, cuyos actores y motivaciones han evolucionado a lo largo del tiempo. Para entender el fenómeno, las ciencias sociales abrieron un campo de estudio específico llamado “Violentología”; por mucho tiempo, todo fenómeno social ocurrido en Colombia era interpretado inmediatamente como causa de violencia. Bajo la misma categoría, se analizaban los hurtos callejeros, el crimen organizado, los anteriormente llamados “crímenes pasionales”, las masacres campesinas, etc.

Sin embargo, desde finales de los noventa y ante el intrincado panorama de las formas de violencia que se trasladaban del campo a la ciudad, adquiriendo nuevos matices e involucrando diferentes actores, se hizo evidente que “violencia” no era el nombre adecuado para llamar a un problema estructural cuyas causas y, por ende, consecuencias afectaron gravemente y de forma indefinida a la población.

En su libro, *Orden y Violencia: Colombia 1930-1953*, Daniel Pécaut (2012) explica cómo coexisten orden y violencia en un país que por mucho tiempo ha manifestado una oscura e incoherente relación Estado-sociedad. Una relación en la que las fuerzas militares se han manifestado al servicio de las élites civiles y los grupos armados han instrumentalizado a la población campesina como parte de las contiendas políticas, en un escenario de abandono e inexistencia de derechos básicos. En estas condiciones alargadas en el tiempo, la sociedad ha asumido funciones de lo estatal, generando caóticas estructuras de control y ejercicio del poder.

Según los hallazgos del informe *¡Basta ya! Colombia. Memorias de guerra y dignidad elaborado por el Centro Nacional de Memoria Histórica* (2013), se han podido contabilizar 220 000 personas muertas a causa del conflicto armado, 25 000 desapa-

recidas, 5 700 000 desplazadas, 27 000 secuestradas, 10 000 víctimas de minas antipersonas, más de 6 000 menores de edad reclutados y más de 6 000 000 de víctimas entre personas secuestradas, desaparecidas y afectadas, además, 1892 masacres y 95 atentados con bombas. Cifras alarmantes comparables con las de las más cruentas dictaduras o guerras.

En el caso colombiano; sin embargo las muertes persona por persona, los asesinatos selectivos, gota a gota, en márgenes y fronteras, hacen que los datos sumen de a poco y que, por tanto, no aparezcan como grandes golpes, como sucede con otros contextos latinoamericanos. Combates, masacres, asesinatos, desapariciones, tortura, secuestro, violencia infantil, extorsión, desaparición de pueblos; son más de catorce formas de violencia perversa que el Centro Nacional de Memoria Histórica ha identificado y se han ido diversificando conforme el conflicto se ha ido transformando.

Además de la violencia concreta, todas las personas colombianas han vivido su impacto simbólico, es decir, la amenaza de la violencia, que no consiste solamente en el temor de ser víctima de un asalto. El sadismo en la aplicación de la violencia ha marcado traumáticamente a generaciones enteras. La guerrilla desarrolló un rústico y a la vez elaborado sistema de explosivos usando animales, casas, tanques bomba, carros bomba, collares bomba; mientras que, por su parte, los grupos paramilitares implementaron con sevicia sistemas de tortura que incluían decapitación, castración y empalamiento.

Antes de ellos, durante la violencia partidista entre los años cuarenta y sesenta, los “chulavitas” (paramilitares conservadores) empleaban como emblema el “corte de corbata” que consistía en tajar la garganta del asesinado para asomar por ahí la lengua y simular la corbata roja que identificaba a los “cachiporros” (liberales o comunistas). Todas estas acciones, premeditadas y calculadas, armaron un escenario de

guerra simbólica en la que todos los bandos se disputaban el máximo nivel del terror en la población civil.

Al mismo tiempo, Colombia siempre ha estado al borde de la paz. El primer intento de conciliación nacional se firmó en 1953 con el Frente Nacional, un pacto político entre los partidos liberal y conservador para asumir alternadamente la presidencia; en 1990, se firmó el desarme y amnistía con la guerrilla urbana del M-19; posteriormente, la Constitución de 1991 abriría espacio político a las disidencias y nuevos partidos; los Diálogos de paz entre el gobierno de Andrés Pastrana y las FARC-EP, entre 1998 y 2002, así como la firma del Acuerdo de Paz entre el gobierno colombiano y las FARC-EP, en 2016, son algunos ejemplos a raíz de los cuales, en las últimas décadas, la gran pregunta ha sido cómo explicar las causas básicas de este conflicto: por un lado, la disputa por la tierra y, por otro, la exclusión política.

## **El problema agrario y de distribución de tierras**

No es de extrañar que en la mayoría de relatos que recoge este libro se hable, entonces, de un origen en el que familias campesinas se movieron a las ciudades. El Estado colombiano ha sido incapaz de asegurar derechos transparentes de propiedad sobre la tierra y, en consecuencia, el destino de las personas campesinas ha sido la colonización permanente hacia la periferia de las ciudades, dejando sus tierras obligadamente para el nuevo latifundio o el control de vías de acceso y transporte.

Entre 1945 y 1955, el número de muertos por violencia partidista aumentaba, así como lo hacía el índice del producto interno bruto, a una tasa de 5 %. La producción industrial creció aún más notoriamente durante este período.

do, al 9 % anual. Mientras tanto, la proporción de población habitante urbana, que en 1938 había sido del 31 %, se elevó al 39 % en el censo de 1951 y alcanzó el 52 % en 1964. Si bien la urbanización era una tendencia general en toda América Latina y obedecía tanto a la extrema pobreza y falta de oportunidades del campo como a la existencia de puestos de trabajo del sector manufacturero, en el caso colombiano, se sumaba a eso la mayor seguridad que ofrecía el entorno urbano (Bushnell, 2021).

Desde los tiempos coloniales, el acaparamiento improductivo de las mejores tierras ha sido la fuente de rentas de las familias dominantes. Por su parte, el campesinado trabajador de las tierras baldías en las faldas de las montañas, selvas y tierras menos productivas se constituyó en medio del atraso. Desde los orígenes mismos de la nación, el carácter rentista y el cuasi monopolio de la tierra ha ocasionado que cualquier crecimiento económico haga poco por corregir la mala distribución de la riqueza en Colombia (Museo Casa de la Memoria y Reyes, 2015).

Los intentos por una reforma agraria también han sido pobres, cuando no inexistentes. A pesar de la sucesión de gobiernos liberales que estuvo en la presidencia entre 1930 y 1946, para finales de los cuarenta no había ningún movimiento poderoso en favor de una reforma y el campesinado colombiano no contaba con organizaciones nacionales eficaces que le permitieran presionar al gobierno. Los comunistas y otros grupos de izquierda que hablaban de la necesidad de redistribuir la tierra eran débiles y habían quedado fuera de la injerencia política bajo las normas del Frente Nacional, que otorgaba este poder únicamente a los partidos tradicionales, a los cuales pertenecían las familias hegemónicas y dueñas de las tierras útiles.

Veremos, entonces, que las guerrillas partidistas y los grupos paramilitares intervinieron con violencia en el mundo rural extorsionando o protegiendo a quienes poseían grandes propiedades y causando el desplazamiento y el despojo de millones de familias campesinas. Para las décadas de los ochenta y los noventa, el escenario se haría más complejo con la entrada del narcotráfico; la guerra por el control de los mercados ilegales se sumaría a la guerra por el dominio de los territorios. Pero en el marco de la segunda mitad del siglo XX, la segunda gran causa del conflicto marcará también las historias de migración y desplazamiento que aquí se recogen y que llegan hasta nuestros días.

## **La exclusión política**

Después de cuarenta y cuatro años de gobiernos conservadores, en 1930 ganó las elecciones presidenciales por primera vez el Partido Liberal. Como se ha dicho, hasta ese momento solo existían esos dos partidos que son los partidos tradicionales. Sin embargo, tras cuatro décadas de gobierno, la estructura administrativa era principalmente conservadora y varias provincias y ciudades se negaron a entregar sus cargos y a asumir la nueva institucionalidad. Como respuesta, se organizaron los grupos de resistencia armada llamados “pájaros” o “chulavitas”. En el bando opuesto, las poblaciones simpatizantes al nuevo gobierno liberal organizaron una “policía liberal” que posteriormente se denominó “los cachiporros”. Durante los dieciséis años siguientes, y cinco períodos presidenciales liberales, estas organizaciones armadas, en lugar de diluirse, fueron consolidándose, los enfrentamientos fueron más cruentos y el país se tornó aún más dividido en sus regiones.

Durante la “República Liberal” (como las personas historiadoras denominan este período) fue cuando se lograron importantes avances sociales, tales como la organización sindical, el derecho a la huelga, el desarrollo de la Universidad Nacional, la libertad de cultos y la mayoría de edad para las mujeres, entre otros. Así mismo, se intentó adelantar políticas de reforma agraria, pero los proyectos no lograron ser aprobados en el Congreso y, ante cualquier propuesta de legislación en el uso de la tierra, la oposición del partido conservador, la Iglesia católica, terratenientes y militares era intensa.

De las organizaciones obreras, artesanales y estudiantiles que lograron constituirse durante los años veinte y treinta, surgieron movimientos políticos como el Partido Socialista Revolucionario, más tarde Partido Comunista y la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria. Sin embargo, estas organizaciones no contaban con una representación fuerte en los estamentos legislativos, excepto por Jorge Eliécer Gaitán, una figura política excepcional que no provenía de las familias tradicionales, que apoyaba las causas obreras, campesinas y cuya carrera avanzaba a pasos agigantados hacia el radicalismo liberal (Bushnell, 2021).

Gaitán creció como el primer gran líder político de las masas populares y su figura representa aún hoy la de un mártir en la lucha por la inclusión de las necesidades políticas. Así mismo, para la oposición conservadora, Gaitán representaba una amenaza tan grande como su poder popular. Para el 9 abril de 1948, la tensión llegaría a su punto máximo, cuando Gaitán fue asesinado en las calles de Bogotá al salir de su despacho de abogado. Este día nefasto, conocido como “el Bogotazo”, significó el estallido de la furia ciudadana en motines masivos de protesta, saqueos, incendios y la destrucción del centro de la ciudad, además, se replicó en otras ciudades del país.

Es difícil encontrar familias colombianas que no cuenten en su historia con alguna víctima de este período que se conoce como “La Violencia”: orfandad, violaciones, asesinatos, desplazamiento de familias enteras señaladas de pertenecer al bando opositor. Como señala Bushnell (2021):

Pero el hecho es que muchas de las áreas más afectadas habían sido anteriormente escenarios de descontento agrario, o tierras recientemente colonizadas donde existía competencia por buenos terrenos para cultivo de café, o donde los títulos de propiedad no estaban claramente definidos. Sin embargo, casi nunca se escuchó hablar de campesinos liberales en conflicto con terratenientes liberales (ni de conservadores contra conservadores de clase social distinta). Generalmente, la violencia enfrentó a campesinos de un partido contra campesinos del otro, mientras los grandes propietarios, para no mencionar a los profesionales y hombres de negocios de los dos partidos, permanecían en la relativa seguridad de las ciudades (p. 281).

Una nueva etapa de la violencia política entre liberales y conservadores se inauguró con el Bogotazo y la muerte de Gaitán. En los medios se hablaba de una guerra civil, aunque esta no fuera declarada, se intensificó y se mantuvo, sin tregua, desde el Bogotazo y durante todo el gobierno de Laureano Gómez, el primer conservador que ganaba las elecciones después de la “República Liberal”. Como se ha mencionado, los rituales macabros de la violencia, como el descuartizamiento de hombres vivos, las exhibiciones de cabezas cortadas y la dispersión de partes de cuerpos por los caminos rurales como castigos ejemplificantes, le imprimieron su sello distintivo a un conflicto que pareciera expresar la naturalización de este tipo de fenómenos en la historia política nacional.

El atávico enfrentamiento ideológico y sentimental entre conservadores y liberales, entre godos y cachiporros, entre

azules y rojos, no era de libre elección personal, se transmitía hereditariamente e incluía pretextos religiosos atizados desde los púlpitos de las iglesias. De modo que el sectarismo entre liberales y conservadores añadió nuevos elementos y pronto se convirtió en una cruzada antiatea, antimasónica y anticomunista. La reacción conservadora por parte del gobierno de Laureano Gómez, la profunda división en el gobierno y la sangrienta situación de orden público dieron lugar a un improvisado golpe militar.

Tras el gobierno militar, un pacto nuevo fue diseñado para evitar el regreso de la violencia entre los partidos. Concebido por las cabezas de los dos partidos tradicionales y, posteriormente, aprobado por la ciudadanía en un plebiscito popular entre 1957 y 1986, se desarrolló el “Frente Nacional”: un peculiar régimen de coalición bipartidista que consistía en que ambos partidos se obligaban a compartir todos los cargos de elección y por nombramiento, además de que se alternarían en la presidencia.

Sin embargo, este intento de paz tuvo como corolario natural la exclusión formal de terceros partidos del poder político. La pacificación se logró paulatinamente y la tasa de muertes por razones políticas se redujo ostensiblemente. “La Violencia” como conflicto entre liberales y conservadores, con el vórtice del bandidaje por añadidura, había terminado, pero nuevas formas de violencia tomarían gradualmente su lugar. el Frente Nacional pudo atenuar la confrontación por colores políticos, pero además de la exclusión de terceros, ahondó la brecha social que produjo nuevas enemistades en el país.

## Narcotráfico y terrorismo

Mientras los partidos tradicionales se turnaban el poder desde el centro, en el resto del país las guerrillas vivían su propio proceso. En el auge y declive de la Guerra Fría, las guerrillas vivieron una proyección política influenciada por las distintas corrientes marxista y leninista; ante un estado que seguía siendo débil, su expansión territorial y crecimiento militar aumentó. Así, en el periodo entre 1958 y 1982, el país vive la transición de la violencia bipartidista a la subversiva, caracterizada por la proliferación de las guerrillas, el auge de la movilización social y la marginalidad del conflicto armado.

Además, la irrupción y propagación del narcotráfico, desde finales de los setenta, complejizó aún más el panorama. Lo que inició como un negocio al margen de la ley, frente al cual el Estado y la misma ciudadanía tenían una ingenua ignorancia, fue convirtiéndose en un fenómeno económico cuyas dimensiones afectaban las estructuras de poder en todos sus ámbitos. Figuras como Pablo Escobar y su transportista para Estados Unidos, Carlos Ledher, incidieron directamente en la política con su participación en el Senado y el liderazgo del partido “Movimiento Latino” antiextradición<sup>2</sup>.

Así mismo, el crecimiento de las empresas narcotraficantes generó un flujo de capital que irrigó muchos espacios urbanos donde, una vez más, había ausencia estatal. Mientras Escobar y el Cartel de Cali engrosaban sus ejércitos con personas jóvenes y campesinas en absoluta pobreza, “Los Rodríguez Orejuela, por el contrario, construyeron un cuer-

---

2 Según la revista *Cáñamo*, el Movimiento Latino Nacional fue un partido político liderado por Carlos Ledher, apoyaba ideas antiimperialistas, uno de sus principales objetivos era evitar la extradición de colombianos a Estados Unidos (Zaragoza, 2020).

po de seguridad basado en miembros retirados y corruptos de los aparatos de seguridad del Estado. Como se verá más adelante, compraron a los mercenarios que Rodríguez Gacha contrataba y compraron finalmente a los líderes de los grupos paramilitares que conformaba” (Cruz y Rivera, 2008, p. 13).

Punto crucial de esta historia es la primera incursión directa y pública de los carteles en 1981, a raíz del secuestro de Marta Nieves Ochoa, hermana del cartel de los Ochoa, por parte de la organización guerrillera M-19. 223 jefes de la mafia se organizaron en el grupo MAS “Muerte A Secuestradores”, cuyo fin era hacer frente al secuestro. El MAS logró la libertad de la secuestrada sin cancelar un centavo y entregó algunos guerrilleros detenidos a las fuerzas de seguridad del Estado. Esta “colaboración” evidenció para los narcotraficantes la importancia de la “gran violencia” en una disputa por zonas de influencia entre guerrilla y narcotráfico. A su vez, importantes sectores de la Fuerza Pública descubrieron que era posible realizar un trabajo sucio mucho más efectivo contra el movimiento guerrillero, sin comprometer la imagen de sus instituciones.

Tras la toma del Palacio de Justicia en 1985 y la muerte de Pablo Escobar, un nuevo pacto de paz se manifestó en la constitución 1991, en donde finalmente el Estado manifestaba su vocación plural y abría paso a otros partidos. Desde 1986, varios intentos de amnistías para las guerrillas se habían visto teñidos por el asesinato de los desarmados; sin embargo, en la Asamblea Constituyente de 1991 las guerrillas urbanas del M-19 y algunos pocos miembros de la extinta Unión Patriótica participaron con voz y voto.

La esperanza duró poco. Si bien el escenario político se había ampliado, las estructuras de violencia y el panorama económico se adaptarían a los modelos neoliberales que se insertaban en la región a través de distintos tratados de libre

comercio. Además, la era de los carteles daba paso a un negocio del narcotráfico menos mediático, atomizado en una red corporativa internacional. La inyección de recursos por parte del narcotráfico se desplazó de la construcción de barrios y el proteccionismo paternalista, estilo Escobar, a detentar el poder de las armas un actor civil adicional: el paramilitarismo.

El final del siglo XX perfiló la violencia gota a gota que mencionábamos al comienzo. El cuerpo judicial se desmoronó con asesinatos, amenazas y sobornos. Se callaron las voces de quienes ejercían la justicia desde la institucionalidad y de quienes denunciaban desde otros escenarios. En 1995, fue asesinado Álvaro Gómez, exconstituyente e influyente político principal opositor del gobierno de Ernesto Samper, cuya campaña electoral había sido financiada por el cartel de Cali. En 1999, también es aniquilado Jaime Garzón, periodista amenazado por las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia) por intermediar por la liberación de personas secuestradas. Líderes campesinos, jueces, periodistas, ecologistas, la lista de asesinatos es interminable.

Había quedado atrás el tiempo en que las ciudades eran “escenarios seguros”, pues la agudización de la violencia había burlado todos los límites. Los atentados estaban a la orden del día en avenidas, universidades, a plena luz. En el campo, la masacre se convirtió en la principal forma de violencia. Entre 1998 y 2008, fueron asesinadas 215 personas, 102 fueron desaparecidas y 18 000 desplazadas (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013).

En los trabajos de memoria que se han desarrollado en el marco de los más recientes tratados de paz, la voz de las víctimas ha sido fundamental para explicar que el mayor de los daños padecidos es el de la desaparición. Sin cuerpo para despedir, sin explicaciones satisfactorias, la desaparición

condena a una nación entera a quedar suspendida en un duelo que nunca termina.

En razón de su género, las mujeres colombianas han sido víctimas de una violencia particular. De acuerdo con la Primera encuesta de prevalencia de violencia sexual en contra de las mujeres en el conflicto armado colombiano, realizada por la ONG Casa de la mujer, el acceso carnal violento, la prostitución forzada, el embarazo o aborto forzados, la esterilización forzada, así como el acoso sexual y los servicios domésticos forzados son las formas de violencia que enfrentan directamente las mujeres. Todas estas categorías comparten una raíz común, la del cuerpo como botín y campo de guerra. Históricamente, el cuerpo de la madre, la esposa, hija o hermana y su vejación presentans al enemigo la demostración de la fuerza, la forma de humillación de la guerra en un contexto machista, como es el colombiano.

Esta historia de masacres, de fuego cruzado entre guerrilla y paramilitares, de niños y niñas sin piernas por las minas queiebrapatatas, explica por qué el pueblo colombiano es un pueblo migrante. Según los datos del Centro Nacional de Memoria Histórica, en este último período 5 700 000 personas tuvieron que abandonar sus tierras. Son tierras en disputa, ricas en minerales, en biodiversidad, en capacidad agrícola; cintura estratégica entre el norte y el sur, paso entre océanos. El pueblo colombiano es un pueblo en constante lucha, enseñado a hacer fértil el suelo árido, a resistir tanto quedándose como partiendo; las mujeres colombianas traen en su genealogía el aprendizaje de fundar y refundar familias, pueblos, industrias, de reconstruir y reconstruirse allí donde llegan, de sobrevivir a la guerra y crear oportunidades allí donde no las haya.

Por esta historia de violencia es que el pacto más reciente firmado con las FARC, el Acuerdo Final para la Ter-

minación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera, tiene un título tan largo como la esperanza de que finalmente, las colombianas y los colombianos dejen de ser un pueblo que se va de su tierra, amándola.



Relato 1

**MIGRAR PARA  
ESTUDIAR**

*POR YUDI*

## Sinopsis:

*Yudi sabía que entrar a una universidad en Colombia era casi imposible, tanto públicas como privadas eran un sueño casi inalcanzable. Ella hizo todo para estudiar, pero también tenía a su familia como prioridad. Viajó a Costa Rica para reunirse con el padre de sus hijos, quien viajó cuatro años antes por trabajo. Desde que llegó a este nuevo país no ha dejado de estudiar, obteniendo conocimiento de muchas áreas distintas. Yudi decidió separarse del padre de sus hijos, debido a la irresponsabilidad y la violencia que empezaba a sufrir en esta relación. Pese a las dificultades, ha encontrado espacios para seguir luchando por sus sueños, al saberse capaz de estudiar aquellas cosas que le apasiona aprender. Ahora, a sus cuarenta años, se encuentra realizando su tesis en la carrera de Criminología, además de ser repostera, manejar su propia empresa de aseo y tallerista en temas de resolución de conflictos.*

## Ahí donde la gente baila en la calle

Yudi nació en la época de los ochenta en Bogotá, la capital de Colombia. Se crio en el lado sur de Bogotá “del veinte de julio para arribita”, ahí donde la gente baila en la calle, donde escuchan maratones de chistes en los buses, donde las personas amigueras sobran y no hay quien se resista a soltar las carcajadas.

Se crio en un lugar humilde, de una familia de rebuscadores, en los que, si no había de qué trabajar, se buscaba algo para vender. Yudi vendía en la calle y trabajaba en lo que le saliera a primera mano, aprendiendo –sin saber– herramientas para su vida.

Las fiestas de diciembre eran en la calle, yo bailaba salsa, bachata, merengue, con muchos amigos, amigos y familia.

Era hermoso... y como dice la canción, faltando cinco para la doce, me iba corriendo a mi casa a dar el feliz año.

Desde niña le había gustado bailar con todos los ritmos con los que vibra Colombia, siendo parte de una familia a la que tampoco le costaba ponerse a bailar, donde los tíos y tías convocaban y se armaba el fiestón en cualquier momento.

Sin embargo, en la vida de Yudi no todo eran risas y familia. A sus diecisiete años, quedó embarazada de su primer hijo, lo que dificultó sus deseos de estudiar medicina, sobre todo, si se considera que “estudiar en Colombia es durísimo, es casi inalcanzable, sufrir es llorar”. Su padre intentó ayudarla con el proceso, pero el sistema educativo le puso trabas; incluso, intentó entrar en otras instituciones de preparación técnica, como el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), pero no le fue posible y tuvo que seguir postergando sus sueños debido a la falta de estructuras de apoyo para la educación.

Tres años después tuvo a su segunda hija. Durante ese tiempo, Yudi siguió trabajando para mantenerse a ella misma y a sus hijos, trabajaba como asesora de ventas en una empresa, ganaba cerca de 700 000 pesos. Este monto parecía el de una persona titulada; pero no, ella lo logró por ser “chispa” y crecer dentro de la empresa, poniendo en práctica todos aquellos conocimientos de chica cuando vendía cosas en la calle.

En este mismo tiempo, comenzó a trabajar unos días en lugar de su tía, quien laboraba en una empresa de limpieza, para que ella no perdiera el trabajo, ya que no estaba permitido ausentarse. Así, sus vacaciones las pasaba en capacitaciones de la empresa de limpieza y en este trabajo para cubrir a su tía; aún más cuando se dio cuenta de que las ausencias de ella eran por causa de un cáncer gástrico. Para Yudi, esta formación en limpieza sería parte de los conocimientos esenciales que empacaría en su maleta para Costa Rica.

Yudi, durante todos esos años, no olvidaba su sueño de estudiar medicina y sentía esa frustración con el acceso a la educación de su país. Sabiendo esto, el padre de su hija, que había tenido la oportunidad de viajar a Costa Rica, le dijo que se fueran juntos, pues de esa forma su hijo no tendría que prestar el servicio militar y ella podría intentar estudiar medicina allá. Le tomó cerca de cuatro años decidirlo, pero finalmente, movida por las oportunidades, decidió emigrar con su hija e hijo al encuentro de un nuevo país.

Llegó a Costa Rica en el 2005 con la esperanza de retomar su sueño de estudiar, además de brindarles a su hijo e hija un ambiente más seguro y con otras oportunidades de desarrollo. Arribó a un país que le resultaba ajeno, donde no conocía a nadie, donde las personas viajaban silenciosas en los buses y donde si necesitaba dinero para el transporte no había a quién recurrir. Todas esas cosas le hacían extrañar más la tierra de la que venía.

Tuvo que enfrentarse a la adaptación cultural mientras buscaba opciones de estudio y trabajo; sin embargo, algo más preocupaba a Yudi. Cuando llegó a Costa Rica a reunirse con el papá de su hija, empezó a notar ciertas actitudes de su parte: poco a poco fue abandonando sus responsabilidades, al tiempo que iba mostrando un comportamiento violento, lleno de amenazas y empujones. Así se encontró viviendo una situación de violencia intrafamiliar y machismo.

Ya no había gas, ya no había comida, había maltrato, había empujones, casi que obligándome a estar con él. Obviamente iba en aumento todo eso, ya me empujaba el niño, me empujaba la niña, porque se ponía bravo conmigo.

La abuela de Yudi le decía “cosa un bolsillo de tela, guarde para usted y meta ahí su liquidación, mamita, no le vaya a decir a ese tipo que usted tiene plata ni nada; a los

hombres no se les dice todo lo que usted gana, ni todo lo que usted tiene”; entonces tomó la decisión de esconder su dinero y buscar la forma de salir de esa relación.

## **Irse para reencontrarse**

Una colombiana de Medellín apoyó a Yudi cuando salió de la casa que compartía con el papá de su hija, la encaminó hasta otra colombiana en San Ramón que “era como la mamá de todos, una señora de la Guajira, blanca, alta, acuerpada, agradable, fina y de muchos valores”. Ella recibía personas de Colombia y le alquiló un cuartito con una sola colchoneta, que resultó ser más que suficiente, con tal de poder irse de la casa que compartía con el agresor.

Entonces tomé la decisión de irme para San Ramón y efectivamente fue uno de los mejores lugares donde yo pude haber llegado, porque la colombiana que me recibió en su casa, le decían que era la embajada colombiana, donde llegaban todos los días colombianos, de todos lados. Siempre estuvo llena la casa de ella.

Pese a que encontró lugares en los que fue acogida, hubo momentos en los que lo único que quería era volver a Colombia. Yudi quería reencontrarse con su familia y salir de aquel lugar solitario en el que la había dejado su expareja. Fue a migración para que la deportaran, pero esto no era posible si no había cometido un acto ilegal y ella se negaba a cometer algún delito que la pusiera en una situación aún peor o que, incluso, le quitaran a su hijo e hija.

Sumado a esto, ella había entrado como refugiada y tanto su hijo como su hija eran menores de edad, por lo que era necesario el permiso de su padre para regresar a su país. Él no estaba dispuesto a firmar ningún papel, pues la quería

atada al país, sola; pero sin el mínimo interés de asumir su responsabilidad como padre.



*2014. San Ramón de Alajuela. Colombia entró en el mundial de fútbol y se reunió en la casa de una amiga colombiana con aquellas personas que la recibieron en sus primeros años en Costa Rica, en un momento para apoyar, recordar y compartir su cultura.*

Estando en la casa ubicada en San Ramón, ella comienza a buscar trabajo. Justamente en ese momento había un colombiano que tenía una panadería y procuraba dar trabajo a otras personas migrantes, conociendo las dificultades que estas viven. Como Yudi era madre soltera de dos, la eligieron para el trabajo, que si bien era temporal, significaba su salvación en ese momento.

Fue una de las personas que me marcó. Yo dije: 'sí, se puede'. Aparte de todo, me dio el ejemplo de 'este tipo empezó desde abajo, sí se puede, o sea, sí se puede, yo puedo hacerlo acá'.

Durante mucho tiempo, Yudi siguió buscando la forma de devolverse a Colombia, incluso estuvo tentada a cruzar la

frontera. Hubo un periodo de dos años en los que trabajó en Gófito y la idea de cruzar por Panamá le resultaba interesante. Había averiguado con un colombiano cuáles eran los trámites para atravesar la frontera; pero la duda sobre lo que haría una vez en Panamá pesó más. Otro factor decisivo fue lo que le habían contado sobre la frontera entre Panamá y Colombia: una selva profunda, plagada de historias terribles de quienes pasaron por allí.

## **Estúdialo todo**

Ante la decisión de quedarse, Yudi siguió buscando formas de estudiar y de seguir trabajando. De esta forma, llegó a la Universidad de Costa Rica (UCR) y realizó el examen de admisión, pero no obtuvo la nota necesaria para estudiar medicina. Ante esta puerta cerrada, Yudi no se quedó de manos cruzadas; buscó y abrió camino en otros espacios. Así, investigó sobre carreras a distancia en la Universidad Nacional Estatal a Distancia (UNED), donde ingreso a la carrera de criminología y obtuvo una beca.

Yo me meto a todo porque es tanto tiempo y esa cosa de no poder estudiar allá, que tú vienes acá y estudias hasta lo que ni entiendes. (...) Es esa cosa que uno no estudia, pero entonces estúdialo todo (Pulido Martínez).

Yudi, además, pensó que si todo lo que había aprendido en Colombia no le iba a funcionar, al menos estudiaría algo similar para abrirse camino en labores que ya conocía. Así fue como se convirtió en gestora de salud ocupacional estudiando en el Instituto Nacional de Aprendizaje (INA).

En este mismo camino del conocimiento, Yudi se quedó con la espinita de que en Costa Rica no se pueda convalidar su título en técnica de aseo, por lo que está luchando por

un reconocimiento de títulos en esta área. De esta manera, ella podría capacitar a quienes trabajen con ella y brindarles una certificación por ello. Sigue insistiendo en el INA para que le permitan capacitar personas en su empresa bajo el título de “Técnicos de Aseo”, donde los procesos burocráticos son más rígidos de lo que ella esperaba. El camino de Yudi no ha sido fácil, pero ella podido desarrollar resiliencia o, como ella misma dice, ha sido “berraca”.

De ahí en adelante, ha acumulado más de veinticinco certificados de diversas instancias como ACNUR, ACAI, INA, UNED y UCR. Menciona que sabe hacer de todo: tiene un técnico en farmacia, hace repostería, es gestora en salud ocupacional, mediadora de conflictos, tiene conocimientos en habilidades blandas y hasta en siembra de hongos.

Gracias a su resiliencia, fundó su empresa, Aseo Pulido, con la que logró poner en práctica los aprendizajes de Colombia en Costa Rica y seguir sacando adelante a su familia.

Además de estudiar y trabajar, Yudi fue incursionando en el trabajo social con comunidades menos privilegiadas, como la población carcelaria en San Ramón, lugar al que asistía a enseñarles los domingos sobre reinserción laboral, conflicto, violencia y habilidades blandas.

Ella se siente satisfecha de haber logrado metas profesionales y personales, además de ayudar a su hija e hijo a cumplir las propias. Ahora su hija está en la Universidad de Costa Rica y su hijo estudió inglés y aprendió LESCO (Lenguaje de Señas Costarricense).

Yudi piensa que a menudo se habla de las historias de superación de las personas migrantes; pero poco se dice del camino que las ha llevado ahí, un camino difícil, solitario, en el que hay un gran desapego cultural, una tristeza que embar-

ga las vidas de quienes migran para buscar un futuro mejor y una añoranza por el regreso, que muchas veces no desaparece.

“Considero que tu corazón está dividido, porque tus raíces... donde naciste, tu familia, tus amigos, son tu vida... y eso es tuyo, eso nadie te lo quita, y lo extraño”.



*2019, San Ramón de Alajuela. Fotografía tomada por el hijo de Yudi durante la construcción de cajas especiales para empacar su repostería.*

Yudi recuerda algunos momentos dolorosos vividos desde la migración, como cuando murió una persona muy querida en Colombia y no pudo estar con su familia. En su caso, regresó a su patria siete años después de la muerte de una familiar, el dolor estaba ahí: es recordar, es vivir el duelo, sabiendo que se vive en otro lugar, lejos de las pequeñas reuniones con la familia, esperando que su padre la llame para cantarle cumpleaños a través del teléfono y añorando cuando él le llevaba serenata. Migrar es renunciar a los encuentros y a los momentos con la familia y dejar la cultura propia para tener una nueva vida en otro lado.

Yudi traía en su maleta un gran espíritu de lucha que no le permitiría rendirse ni en los momentos más oscuros, y ha seguido aprendiendo.

“... pero es que todo es resiliencia, o sea, la resiliencia de estar solo en un país y el aprendizaje de cómo te desenvuelves sin familia, por ejemplo, ¿cómo lo hace solo?”.

Vivía acompañada de temores, al encontrarse en un lugar que desconocía, sabiéndose vulnerable. Poco a poco, fue buscando redes de apoyo y fue topándose con otras colombianas que le echaban el hombro, aconsejándola e incluso recibéndola en sus casas. Al mismo tiempo, instituciones como ACNUR le facilitaron el proceso de adaptación y la han apoyado para estudiar a lo largo de los años.

Yudi, al momento de contarnos su historia atraviesa trabas burocráticas que no le permiten trabajar como quisiera, pero esto no la detiene. Sigue con su empresa, Aseo Pulido, buscando la manera de que una institución del Estado reconozca esto como un técnico y le permita capacitar personal con su respectivo título. Además, con su otro emprendimiento, Repostería Jhoskayu, logró que sus dos productos congelados (empanadas de papá y carne y deditos de queso colombianos) se distribuyeran en el supermercado familiar más grande de San Ramón de Alajuela.

Sumado a esto, Yudi sigue trabajando con comunidades, mediante la facilitación de talleres de habilidades blandas y salud ocupacional, una de sus especialidades. Además, se encuentra realizando su tesis en Criminología en la UNED, con personas colombianas privadas de libertad y cumpliendo sueños junto a su hijo e hija.



Relato 2

**MIGRAR AL RITMO  
DEL TAMBOR**

*POR ANYUL*

## Sinopsis:

*Anyul se mueve al ritmo de tambor, maracas y música tradicional colombiana, profesora, viajera. No dudó en recorrer varios países del sur de América. En Argentina, estudió música y conoció a un “tico”, llamado Javier, quien fue su amigo durante siete años de universidad y con quien, más adelante, viajaría a vivir y construir un sueño común en Costa Rica, tierra conocida como “Tiquicia”. Al llegar a esta tierra centroamericana, se mudaron a una casa en alquiler prestada por un familiar cercano, ubicada en Guadalupe, Goicochea. En este espacio, Anyul y Javier fundaron la Escuela de Música Popular-La Oropéndola y se dedican a dar clases de músicas populares. Allí, Anyul continúa desarrollando el proyecto pedagógico Tocá el Tambó, el cual fundó en el año 2012 en la Ciudad de La Plata, Argentina. Anyul es egresada de la Universidad Nacional de La Plata en Argentina, en donde culminó sus estudios superiores como profesora y licenciada en música popular. A sus treinta años, sigue su camino al pulso del tambor, haciéndose escuchar y caminando junto a otras compañeras de vida con su música y su ritmo.*

*Soy la luz de un nuevo día, soy portadora de alegría,  
soy la raíz de la santa inspiración, soy la ilusión del amor,  
soy el tambor.*

*Chabela Ramírez-Soy el tambor<sup>1</sup>*

Por allá en los noventas, Bogotá, Colombia recibía por primera vez los ritmos del corazón de Anyul. Una niña que pasaría su infancia en el barrio Favidi en Bogotá, donde aprendió a caminar al son del tambor sin aún saberlo. Allí vivió con su madre, su padre y un hermano menor, lugar en donde aprendió a sortear las pruebas de la vida, con he-

---

1 (Ramírez-Topic, 2016)



*9 años. Colegio Distrital La Merced. Orquesta del colegio. Fotografía por Gloria Inés Acosta Cárdenas.*

ramientas como la fuerza y la convicción, “herencia de la cultura colombiana”.

Ante los problemas económicos que se atravesaban en el país, por el año 2004, la familia de Anyul terminó desintegrándose y perdieron su departamento, al no lograr pagar las cuotas mensuales al banco. Su madre y su padre se separaron, la violencia se apoderó de su relación y su padre abandonó el hogar; sin embargo, su madre tomó las riendas de la vida de ella, de su hija y su hijo y, aún con miedo, decidió comenzar de nuevo.

Desde ahí, su gran inspiración en las luchas y a lo largo de su camino fue su madre, quien fundó en 1996 una empresa de mensajería que lleva por nombre: Alas de Colombia Express S.A.S, junto a su hermano Gildardo Javier.

Ella agarró todo, sus hijos, casa y empezó de cero, a su vez ese año falleció mi tío que era con él que ya había emprendido la empresa. Entonces mi mamá queda sola frente a una empresa con mucha gente y además con nosotres. Entonces

fue el evento más grande que he dicho como: “juepucha, o sea mi vieja ha tenido unos ovarios del tamaño de la luna, más o menos, porque fue tremenda de sacarnos adelante y empezar de nuevo”. Y de ahí para adelante pues ver todo lo que ella ha hecho y ya, creo que para mí es todo, o sea, mi vieja a mí nunca me ha soltado la mano.

Anyul aprendió a caminar con su madre y a marcar un camino, a tener aspiración, a poder abrir sus alas, sintiendo su compañía en cada momento.

Anyul tenía quince años cuando se mudaron a Santa Cecilia, en la localidad de Engativá en Bogotá, un lugar lleno de parques, zonas verdes y de juego.

Pasados dos años, en el 2007, una Anyul de solo diecisiete años se aventuró en su primera experiencia como migrante, en busca de cumplir sus sueños y seguir ese instinto rítmico que en Colombia no se le permitía: acceder a la educación pública no era una opción viable para ella, la oportunidad para ingresar a la universidad a estudiar música era muy poca, dado que los exámenes de admisión eran muy complejos y la cantidad de cupos de ingreso era reducida.



*Universidad EARTH, Costa Rica.*

En ese momento, Anyul supo que no era parte del grupo selecto de personas privilegiadas para acceder a la educación superior en música. Así, inconforme y molesta con los

sistemas de educación superior por ser excluyentes, decidió escuchar su cuerpo, su corazón y sus “sentipensamientos”, guiarse por sus instintos e ir a buscar otras oportunidades y cumplir sus sueños, aunque fuera lejos de casa.

En el año 2005, Anyul había comenzado a estudiar en la Academia Luis A. Calvo, en Bogotá, acercándose poco a poco a las músicas populares de Colombia. Ahí tocó por primera vez el tambor alegre a los dieciséis años y sintió cómo desde ese primer sonido del tambor marcaría una travesía de emociones; de la creación de una nueva melodía en su vida y en cada etapa posterior.

Gracias a este lugar conoció a un grupo de músicos y músicas que viajaban entre Argentina y Colombia, quienes despertaron en Anyul una gran curiosidad por la música como carrera y por la vida en Argentina como una oportunidad para desarrollarse en ese ámbito.

De esta forma conoció a Favio Shifres, un profesor de la Universidad Nacional de la Plata, quien impartió una charla en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas en Bogotá. Él le explicó parte del funcionamiento de la universidad y la oportunidad que podría ser para ella.

Decidí, un poco enojada y triste, irme del país porque dije: bueno, acá no hay oportunidad para estudiar y es muy difícil acceder a la educación universitaria. En ese momento me sentía un poco excluida, al ver a mi familia desintegrada, la pérdida de nuestra vivienda y saber que para mi Mami no sería sencillo brindarme una carrera profesional en una universidad privada, además de ser costosa y porque yo quería estudiar en una universidad pública, entendí que yo no tenía un lugar en el sistema educativo de Colombia, ya que además de estas particularidades familiares, yo no tenía la formación musical suficiente para presentarme a un examen de admisión en una universidad pública, eran demasiado exi-

gentes. Así que me propuse buscar una universidad pública en otros países y encontré la Universidad Nacional de la Plata. Al ver que no había examen de admisión, que la casa de estudios tenía muchos beneficios para los estudiantes: comedor universitario, salud y otros beneficios, decidí irme a vivir a Argentina. Y es así como viví diez años en la Ciudad de La Plata, mi lugar en el mundo, una ciudad que llenó de músicas populares, amigos y vida a mi camino sonoro.

Así fue como Anyul hizo su primera maleta y le dijo hasta pronto a la tierra que la vio crecer. Siguió el ritmo de sus pasos hasta la Argentina, sin saber lo que venía, ni hasta dónde iría a parar con su ritmo, pero con la certeza de que el camino por la música y el activismo la moverían como nunca en su vida. Empacó el único piano de cuatro octavas que le habían regalado a sus nueve años, un cuatro de estudio, casi toda su ropa, los platillos de su batería y un par de golosinas de Colombia para recordar el sabor de su tierra querida.

Argentina le dio la oportunidad de estudiar música y de crecer como persona, como feminista, como activista, como amiga y como soñadora. Cada año que pasaba aprendía algo nuevo, un instrumento, una canción. Diez años de experiencia en este país la hicieron una persona más fuerte y académicamente le permitieron obtener su carrera, una licenciatura y un profesorado en Música Popular, así como tres años de estudios en composición.

En esta etapa también conoció a grandes maestros como John Fuentes, un gaitero, tamborero y maraquero de la agrupación Los Gaiteros de San Jacinto, quien durante el 2009 le enseñó a arreglar su tambor antes de un concierto y con pequeños gestos le transmitió conocimientos de las músicas de tradición oral de Colombia, de gaitas y tambores.

Tras este tiempo, una Anyul más madura empezó a cuestionar los procesos sociales que viven los países latino-

mericanos, especialmente Colombia. Fue volverse consciente de la necesidad de cambios, de alzar la voz y ser activista enlazando su individualidad con las causas colectivas.

En Colombia, la historia no había sido benevolente en términos de violencia, economía y sociedad en general. En los noventa<sup>2</sup>, justamente la época de infancia de Anyul, Colombia estuvo marcada por la guerra y las disputas políticas en el país. La poca acción por parte del Estado sobre el conflicto armado, cuya influencia duraría décadas, había provocado que el ambiente en general fuera tenso y que las personas normalizaran los siniestros acontecimientos sociales que acompañaban las noticias del mediodía.



*Fotografía de Navidad Zampaca, Argentina.*

La sociedad colombiana se acostumbró a ver masacres en los noticieros a diario, a salir con mie-

---

2 Durante la década de los noventa se dieron varias reformas en Colombia, en áreas como la liberalización comercial de (1990-91), campo laboral (1990), régimen de inversión extranjera (1991), el frente financiero y cambiario (1991), sistema pensional y de salud (1993), privatizaciones y concesiones (1991,1994), nuevas reformas tributarias (1990,1992,1995), así como la descentralización fiscal, sin embargo, estas fueron poco profundas en el país y pronto se empezó a percibir una deteriorada distribución del ingreso. Además, en el ambiente se percibía que las conversaciones de paz no estaban teniendo un buen avance, así como el narcotráfico continuaba siendo uno de los principales problemas en el país (Echavarría y José, 2001).

do por los muchos carros bomba, bicicletas bombas y otros artefactos: el territorio estaba invadido por el miedo de los noventa. En el territorio, abundaba la incertidumbre, el dolor y la angustia; Colombia lloraba a sus hijos y no había justicia ante lo que pasaba. Hasta el día de hoy se sigue pidiendo memoria, verdad, justicia y reparación para la no repetición.

Otro evento que sucedió durante esta época fue la Constitución de 1991, de la cual se esperaba que mejorara el estado de derechos humanos de las personas colombianas y reconstituyera procesos a nivel social. Sin embargo, con el tiempo estos cambios no llegaron del todo, perpetuando una sociedad desigual en acceso y discriminatoria para algunos grupos sociales.

## **Un nuevo país, un nuevo ritmo**

Después de haber pasado diez años en Argentina, era momento de tomar una decisión: volver a Colombia o emprender camino hacia un nuevo lugar. No fue una decisión fácil. La música y el activismo, que tanto la movían, sumados a los deseos de poner todos sus aprendizajes dentro de una lucha por la paz y justicia en su país no eran del todo posibles, ya que la inseguridad del ambiente no propiciaba el contexto para que las personas alzaran la voz o marcaran un ritmo diferente.

... me cuesta un poco aceptar la violencia en mi país. Me duele mucho esa realidad, por eso creo que por eso no he podido volver.

Así fue como en el 2018, Anyul, junto a Javier, amigo suyo por muchos años y actual pareja, decidió vivir en Costa Rica un par de años. Aunque no era su primera opción para migrar, representaba económicamente un panorama más

alentador que Colombia. Además, ella lo visualizaba como un paso previo antes de poder volver a su país de origen. Sería un escalón más en su formación como persona y profesional de la música que le daría fortaleza para enfrentar los retos que implicaría volver.

Establecerse con Javi, costarricense que había migrado a Argentina once años atrás, representaba no solo un nuevo viaje, sino también un conflicto interno e ideológico para Anyul, debido a la institución del matrimonio; sin embargo, Javier era una persona con la que había convivido tanto: gran compañero de aventuras, la apoyaba y le daba confianza. Así, decide contraer matrimonio, pues era la mejor opción para poder establecerse en este nuevo país, y migra a Costa Rica.

Bueno, de hecho debo aclarar que una de las paradojas más grande de mi feminismo fue haber contraído matrimonio con Javier (...) fue muy raro al comienzo, como tener que elegir, porque la opción es o te casas verdad o tenés un trabajo estable que te pueda certificar (para un permiso de trabajo). Así que fue difícil la decisión a nivel ideológico, debo confesarlo porque de hecho mi mamá y mi hermano me decían ¿cómo que se va a casar? Y yo: di mae, ¿qué querés que te diga?.

Llegar a Costa Rica fue un proceso lleno de experiencias intensas y diversas; siempre lo es poner pies en tierras desconocidas. Anyul percibía que Costa Rica no tenía una clara definición a nivel cultural como otros países de la región. Javier había viajado unos meses antes, él, como costarricense, tenía su familia acá y sus amistades, por lo que construyó una red de apoyo para Anyul, antes de venir de forma definitiva. De esta forma, Anyul migró sola, pero siendo recibida por Javi y su familia. Pasaron unos meses con el suegro y la suegra, con quienes Anyul siempre se ha sentido muy agradecida.

Mientras se adaptaba, Anyul notó que Costa Rica era un país muy católico y conservador, por lo tanto, fue indispensable que ella pusiera en marcha todo su entendimiento y análisis crítico frente a la diferencia de pensamiento y así poder comprender que las divergencias culturales e ideológicas son puentes para construir una nueva etapa de vida.

En este país los procesos burocráticos para migrar fueron pesados y caros, ni de cerca a la experiencia que Anyul había tenido antes en Argentina. Llegar a Costa Rica implicó que Anyul accediera a trabajos en la música con un salario muy bajo, por lo cual, junto con Javier, decidieron comenzar la Escuela de Música Popular-La Oropéndola, desde donde podía brindar clases y continuar desarrollando el proyecto Tocá el Tambó.

Habitando el país y “habitándose”, se estableció en Guadalupe, Goicochea, junto con Javier. Allí logró encontrar un espacio para seguir haciendo artivismo, para que la música cante las luchas de las mujeres, de donde derivó su proyecto de tesis, un Ensamble de Percusión Feminista-Tocá el Tambo.

Este proyecto la acompañaba desde Argentina y sigue con ella hasta hoy; ahora con mujeres costarricenses de dieciocho a cuarenta años. Es así cómo ha sentido que se materializa el feminismo decolonial, desde el trabajo comunitario, con una inquietud muy fuerte por conocer la región, por romper el esquema europeo y estadounidense y por reconocerse sobre sus cuerpos y vidas como mujeres en la música, en las músicas populares de Abya Yala<sup>3</sup> (Latinoamérica) y sus sonoridades ancestrales.

---

3 Abya Yala es el nombre con el que los Indios Cuna de Panamá llamaban a las tierras americanas de norte a sur y significa “tierra en plena madurez” ([Centro Nacional de Acción Pastoral, 1992; Del Popolo, 2018](#)).



*2019. Tocá el Tambó – Ensamble Feminista de Percusión. Festival Sonora. Fotografía enviada por Anyul.*

Tocá el Tambó se consolidó como un espacio para facilitar talleres a grupos interesados en la percusión y en ritmos latinoamericanos. Ha sido una experiencia de aprendizaje que la pandemia no logró detener. No solo ha significado trabajo y sustento económico, se ha convertido en una forma de activismo social, de hacer voluntariado musical. Ha permitido llevar, con otras mujeres, los saberes musicales de la tierra latinoamericana a aquellas comunidades menos privilegiadas en diversas zonas del país, con la música como un instrumento liberador con la capacidad de sanar, cuidar y edificar, como lo ha hecho con ella.

Estar en Costa Rica le ha hecho sentir el impulso de retomar los encuentros musicales, como las jornadas en las que muchas veces había participado en Argentina. Le comentó a Javier su idea, pero terminaron con una gran pregunta sin resolver: ¿cuál es la música de Costa Rica? Se había acostumbrado a ambientes en los que era fácilmente recono-

cible la música regional, con personas dedicadas a la música autóctona, de tradición oral o popular.

Por ello, le pareció chocante que en Costa Rica los niveles de aceptación de la música regional fuesen tan difusos y, aún más, la creación de este tipo de sonidos y de géneros. Esto solo aumentó el choque cultural, de adaptarse a unas ideas y valores que no sonaban como a lo que estaba acostumbrada en Suramérica. Por ello, tendría que buscar más a fondo lugares y personas que compartieran como ella el amor por la música, el artivismo, el activismo, los feminismos, el trabajo colectivo y otras formas de hacer resonar las luchas de los pueblos que se entrelazan unos con otros al repique-tear de sus tambores.

Buscando el sonido costarricense, colaboró como parte de la producción general y musical del tema “La Cumbia de la Niña” junto a Guadalupe Urbina y Javier Alvarado, además de realizar la dirección musical de Tocá el Tambó-Ensamble Feminista de Percusión. Este fragmento de la canción es quizá una de las mejores formas de contarnos cómo Anyul toca, baila y canta por la vida y cómo ha sido su encuentro como los ritmos “ticos”:

*Hay una niña bailando en mí*

*Con un pandero de lata*

*Casi desnuda por el calor de las tierras de agua baja*

...

*Y cuando bailo sale a bailar, y cuando llora yo la consuelo, sí  
Y le digo sí, que no hay nada mejor que andar de la tierra al cielo*

*Del cielo a los suelos, hay una, hay una niña*

*Hay una niña bailando, hay una niña rebelde<sup>4</sup>*

---

4 Música y letra: Guadalupe Urbina. Producción musical y general del video oficial de La Cumbia de la Niña, Guadalupe Urbina de Casa Madre Monte junto a Javier Alvarado y Anyul Arévalo Acosta de la Escuela de Música Popular-La Oropéndola. Video disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=sxNwhH->

Anyul ha vivido en sí misma una gran evolución y revolución, se convirtió en una de las pocas personas en su familia que logró educación universitaria, se esforzó para salir del país buscando nuevas formas de vida y de experimentar la música.

Para ella, migrar ha sido abrir sus alas, cuestionar sus libertades, encontrarse a sí misma, saberse una mujer que construye su camino sabiendo de dónde viene y que la familia puede ser quien ella elija.

Aunque tampoco Costa Rica era el destino predilecto, se trataba de darse la oportunidad de conocer el contexto, de desarrollarse en otros espacios, tomar sus tambores y llevar su sonido a otros lugares, espacios transitorios, como una nueva canción que empieza, avanza y se mueve.

Migrar ha significado poner en práctica mi concepción de lo que es ser libre, con todo lo que esto conlleva. Me ha permitido sentipensar en que la migración tendría que ser un derecho, ya que es una posibilidad para trascender fronteras: terrestres,



*Grabado por Julieta Warman para Anyul, como una representación de Anyul con sus instrumentos más característicos, en una imagen de libertad de creación musical. Anyul. Grabado enviado por Anyul*

aéreas o personales. Cada vez más aprecio los territorios en los que he decidido vivir, ya que son parte de mi identidad migrante y me han permitido abrazar a seres humanos maravillosos. Elegí viajar por tierra, en dos oportunidades desde Argentina hasta Colombia y entonces, pude comprobar lo que es moverse de un país a otro con la música y con amigos; pude ver distintos contextos y apreciar los diversos modos de vida, comprendí que tenemos muchas cosas en común y eso, me liberó la mente y el corazón.

Anyul es viajera, profesora, compañera, un ser que se mueve al ritmo del tambor para crear nuevas melodías y nuevos caminos, para esparcir voces y compartir con el mundo lo que los ritmos latinoamericanos guardan en su tierra y en su corazón y para mostrar cómo las mujeres son y serán una inspiración para luchar. Anyul seguirá siendo, adonde vaya, una señal de que podemos conectar con lo nuestro, con nuestras almas, con un sonido propio que nos enlaza, como humanidad ¡Y saber que todo empezó con la joven Anyul y sus tambores!

## **El tambor viajero. Relato escrito por Anyul<sup>5</sup>**

— Me siento extraño y quisiera saber ¿por qué estoy aquí? Ya ha pasado mucho tiempo, hace calor y me gustaría salir, ya pasaron ocho horas y me siento incómodo.

— Ah... que bien, al parecer ya me bajarán ¡Qué extraño!, hace demasiado calor, hay demasiados sonidos, porque me mueven tanto.

---

5 Relato elaborado por Anyul durante el taller “Narrativas creativas para Mujeres Colombianas Migrantes”, actividad realizada en el marco de la investigación que da lugar a este libro y en articulación con el proyecto de acción social (extensión universitaria) y el Trabajo Comunal Universitario TCU-636 Voces Comunitarias, el taller contó con la facilitación de la cantante y gestora cultural Nativa.

— Ah... ¡qué bien, ahora sí llegamos! Que fuerte este sol, ¡mirá, viene Anyul!, pensé que nos habíamos perdido, que bueno que ella está aquí. Por fin saldré de aquí, ahora sí a gozar.

— ¡Ay no, no! No tan fuerte, no. Anyul, me dejaste muy apretado. Esto no está bien; bueno daré lo mejor de mí.

— Vamos muy bien, ¡wuepa, wuepa!, qué lindo este lugar, vea que bueno, las personas son muy bailadoras y cantadoras.

— Pra pra, cu cu cu... te lo dije, Anyul, ¡me dejaste muy apretado! Bueno, tranquila, por suerte me queda mi cuerpo de árbol, tan solo nos falta buscar otro cuero. Igual te entiendo y gracias por traerme el sur, nos quedan muchas fiestas por bailar, por suerte salí del estuche.



Relato 3

**UNA HISTORIA DE  
AMOR, DIVERSIDAD  
SEXUAL Y  
MIGRACIÓN**

*POR ILIANA*

## Sinopsis:

*Sinopsis: Porque hay que probar, darse la oportunidad, Iliana siempre ha dicho que si no se sale de la zona de confort, no tendrá forma de experimentar y crecer, de probar todas las posibilidades. “Me enamoré y quería probar”. Se conocían desde hace años; Iliana, una profesional exitosa con una vida tejida en Bogotá, conoció a Maggie en encuentros feministas. Se reencontraban de vez en cuando, hasta que decidieron darse la oportunidad de construir. Se casaron en Colombia luego de la aprobación de la Opinión Consultiva 24 y la noticia de que Costa Rica reconocería los matrimonios entre parejas del mismo sexo realizados fuera del país (Reglamento para el reconocimiento de derechos migratorios a parejas del mismo sexo N° 41329-MGP). Iliana ha comenzado un tejido nuevo con nuevos desafíos profesionales y académicos. Ahora tiene cuarenta y cuatro años, se encuentra realizando una maestría en Evaluación de Programas y Proyectos de Desarrollo y participa en diversas organizaciones sociales como consultora. Atreverse y no tener miedo a empezar de cero es una valentía que solo personas como Iliana poseen.*

Una familia grande, siete hermanos y hermanas, madre y padre, recibió a Iliana en abril de 1977 y le dio un hogar en el Barrio Muzú en Bogotá. Ser la décima integrante se convertiría en broma familiar: ser “el producto terminado después de muchas pruebas”.

Tanto su padre como su madre habían sido desplazados por la violencia en Colombia. La familia de su padre fue desplazada por razones políticas, pues era una familia liberal del pueblo de Susa, en Cundinamarca y la familia de su madre, que era de una familia conservadora de Somondoco en Boyacá, se desplazó por razones económicas. Dos personas que se conocieron jóvenes, en sus veintes, se volvieron em-

prendedores con una empresa de tejido y confección que le dio sustento a sus cinco hijos y tres hijas.

Iliana vivía con pura gente mayor, o así lo sentía por la diferencia de edad con sus hermanos y hermanas, por lo que estar rodeada de gente grande no la intimidaba; por el contrario, esto la volvió más extrovertida. Además, la casa era un entorno de gente que hablaba fuerte, era una competencia de quién hacía más bulla y quien reía más fuerte era quien ganaba.

Estudió en un colegio privado de monjas, cuyo uniforme era, según ella, horrible. Este colegio la vio entrar y graduarse para ir a la universidad. En el momento de tomar una decisión sobre qué estudiar, se encontró persuadida por uno de sus hermanos que había estudiado mercadeo y le vendió la idea. Así fue como entró en la Universidad Jorge Tadeo Lozano en el área de mercadeo.

Cerca del séptimo semestre se dio cuenta de que había hecho una mala elección de carrera, pero aquella universidad era privada y costeadada con gran esfuerzo por su padre y su madre, quienes habían pedido un crédito que le ayudaba a costear el estudio. Tenía solo diecinueve años cuando su perspectiva de vida cambió: descubrió que la academia no era suficiente y había otras formas de vivir, donde lo más importante era seguir mejorando las vidas de otras personas y no solo ganar dinero con su profesión. En su cabeza rondaba la idea de darse un respiro e irse por un tiempo.

En el periódico que leía su padre diariamente, apareció un anuncio de “Opción Colombia”. Este era un programa para personas estudiantes universitarias para hacer prácticas sociales en diversos lugares del país; esa era su oportunidad.

Fue a consultar a la ONG encargada y, cuando formalizó el proceso, le comunicó a su familia que el siguiente semestre se iría para Florencia, Caquetá. Ahí estuvo un tiempo,

trabajando con el proyecto de universidades “Reunirse”, pasó de Caquetá a Neiva, en Huila. Durante ese tiempo, también viajó fuera del país y conoció cuanto quiso por su cuenta.

Luego de los viajes, tocaba volver a terminar la universidad. La terminó aun creyendo que el mercadeo no era la motivación central en su vida. Justo unos meses antes de finalizar los estudios, abrió un bar con una prima y un primo, porque a sus veintidós años pensaba: ¿qué más puedo pedir? Sin embargo, aún ligada a “Opción Colombia” salió la oportunidad de irse para Chile con “Opción Latinoamérica”, por lo que vendieron el bar y con eso logró hacer un viaje por tierra hasta Santiago de Chile, en abril del 2000.

Ahí comenzó a trabajar y fue asignada a las municipalidades de Los Andes y San Felipe, municipios cerca de Santiago, en la quinta región. Estuvo ahí cerca de un año, aprendiendo y trabajando con temas de superación de la pobreza y supervisión de proyectos. Se quedó un par de meses más en Chile, pero permanecer en un país conservador, en medio de un proceso de descubrimiento de su sexualidad como lesbiana, no parecía panorama alentador. Así que, al terminar el trabajo volvió a Colombia.

Yo tenía veintitrés años, era una chiquita. Llamé a la casa de mis papás y les dije: “necesito ayuda para devolverme”. “Pues vengase por tierra”, “no, no puedo, no tengo energía”. “Te mandamos un tiquete”. Mi plan era ir a Colombia, quedarme un mes y volver a Chile y hacer la vida allá, porque además las noticias en Colombia eran terribles, el mundo se iba acabar, no había empleo.

No había pasado una semana desde su regreso y ya tenía trabajo en “Opción Colombia” nuevamente y los planes de un mes se convirtieron en tres años de trabajo. Con su gestión logró dos premios para la organización: El Premio Internacional Joven a la Paz (entregado en Santa Cruz de

la Sierra, Bolivia en 2002) y el Premio Nacional Alejandro Ángel Escobar a la Solidaridad (en 2002).

Estuvo ahí hasta que sintió que era el momento de irse. Poco después de renunciar consiguió trabajo como Coordinadora del Centro de Convivencia y Ciudadanía en San Vicente del Caguán. Este municipio había sido capital de una zona desmilitarizada por el gobierno, bajo el mandato del presidente colombiano Andrés Pastrana Arango entre 1998 y 2002. Este era un lugar en el que las personas sentían miedo. Incluso, dos meses antes de que Iliana aceptara el trabajo habían puesto una bomba en el parque del lugar, que destruyó parte de la alcaldía y la sede de la policía.

Estuvo ahí, en el 2003, en la primera presidencia de Álvaro Uribe Vélez y con un referendo que modificaría la constitución a punto de realizarse. Ante voces de alerta sobre la inseguridad en el municipio, decidió huir del lugar resguardando su propia seguridad y la de otra persona joven que estaba en el puesto de defensor comunitario. Iliana, como trabajadora de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), levantó todas las alertas y lograron salir de la zona.

Pasamos el fin de semana en Bogotá, y ese fin de semana murió el único estudiante de “Opción Colombia” al que han matado haciendo servicio, prestando un servicio para la comunidad. Murió ese fin de semana. No en San Vicente, en la Hormiga Putumayo, porque pusieron una bomba en el Municipio donde él estaba trabajando y él de regalado se había ido a trabajar el fin de semana.

En San Vicente no pudo quedarse mucho tiempo después de eso, por el conflicto social, pero, además, por ser abiertamente lesbiana. Sentía que la estaban sacando del lugar. Le pidieron que se mudara del lugar donde vivía, luego de que uno de los sacerdotes del lugar buscara una “confe-

sión” de su orientación sexual y posterior a rumores sobre una supuesta carta que personas locales enviaron a la OIM para pedir su salida. En dicha carta, se argumentaba que podía ser peligrosa para las niñas que asistían al Centro de Convivencia y Ciudadanía, el cual ella coordinaba.

Posteriormente, trabajó cerca de seis años en asistencia técnica municipal a políticas públicas de infancia y adolescencia. Luego, desde la Presidencia de la República, trabajó con el Fondo Colombia en Paz para la implementación de los acuerdos de paz. Estaba muy enfocada en su trabajo, feliz.

Durante esos años conoció a una mujer costarricense con la que había empatado, pero “lo dejaron allí”. Durante los años que cada una estuvo en su país perdieron el contacto. Luego, cuando estaba trabajando en presidencia, contempló la posibilidad de iniciar una relación, muy distinta a la que habían tenido ocho años antes, al conocerse. Iliana quería trabajar un tiempo más y salir de Colombia, donde el ambiente se le hacía un poco cansado.

## **Me enamoré y quería probar**

Con Maggie, empezó a surgir la idea de venir un tiempo a Costa Rica. Rumió esta idea, pues quería darse un tiempo. Había sido exitosa en su trabajo, había explorado habilidades y lugares. Pensar en tener una relación estable le generaba gran interés, pese a que implicaba irse del país.

Las dudas claramente estaban ahí, de parte de ambas, Iliana tenía un trabajo estable y estaba cómoda con esto, pero también creía que era momento de salir de la zona de confort que había construido y atreverse a hacer otras cosas, además, quería vivir esta experiencia con Maggie. Pronto comenzó a vender sus cosas y a considerar las posibilidades; entre ellas,

traería a Costa Rica un dinero presupuestado para un regreso a Colombia con el corazón roto. Además, como parte de sus consideraciones, no dejó de lado el hecho de que tenía otras personas conocidas en Costa Rica y seis meses de vacaciones no estaban nada mal. Quedarse parecía improbable; ellas habían tenido una relación intermitente, nunca habían estado más de diez días juntas.

Yo creo que también cuando nos encontramos con Maggie, cuando nos descubrimos una a la otra como gente que cree en el poliamor como una alternativa en la vida, pues eso también nos habla de otras posibilidades, y eso nos deja en otros lugares para poder hacer una relación que haga sentido, digamos, a mediano y largo plazo.

Sin embargo, el amor y la decisión de estar juntas era algo poderoso y, en su caso, el interés de migrar y adaptarse a otro contexto para estar con Maggie. Además, Iliana consideraba que no era solo tener una casita feliz, algo que valoraba como bonito, sino el tipo de vínculos y relaciones que se establecen para el futuro.

Algunos meses antes de que Iliana emprendiera su viaje a Costa Rica, en Colombia, se daba la entrada del gobierno de Iván Duque Márquez, donde se echaría atrás parte del proceso de paz, cumpliendo con su promesa de campaña de echar atrás los acuerdos. Ante este panorama, Iliana sentía que el trabajo que había realizado con los diálogos entre el gobierno y las guerrillas, así como la recolección de las voces y la memoria de las víctimas, no iba a ser suficiente; con el paso a un nuevo gobierno el proceso de paz tendría retrocesos.

Justamente parte de las razones que la impulsaron a dejar su trabajo fue la salida del Gobierno del Premio Nobel de Paz, Juan Manuel Santos, y el inicio de labores de Duque. Sin embargo, ni en sus más locos sueños consideró lo que ha pasado en Colombia durante estos años:

Hace una semana la justicia especial para la paz habló de 6402 personas asesinadas como falsos positivos<sup>1</sup> y por las Fuerzas Armadas y mostrados como parte de la guerrilla. Solamente en el período entre el 2002 y el 2008 que fue el periodo de Uribe. Solamente en ese tiempo. Y la declaración de Duque es, hay que salir a... hay que ver qué es lo que está pasando con las violaciones de Derechos Humanos en Venezuela.

Una situación que para Iliana roza lo absurdo: pasar por alto los derechos humanos en su propio país y las autoridades que salen a desmentir hechos históricos. Por los primeros indicios de este panorama, migrar parecía una de sus mejores opciones en aquel momento.

Habiendo ya tomado la decisión de migrar temporalmente a Costa Rica, Iliana se enfermó de neumonía y fue hospitalizada por casi diez días. El personal médico no lograba entender cómo una mujer sana, a inicios de sus cuarenta, había llegado a aquel estado. Ella, por su parte, sospechaba que era el estrés y la presión a la que se sometía en el trabajo. De manera que, a favor de su decisión de hacer el viaje, lo concibió como una nueva forma de relajarse y darle a su cuerpo y mente un respiro. Viajó con secuelas de esta enfermedad, pero se recuperó de buena manera.

Finalmente, llegó a Costa Rica en octubre del 2019. Cuando llegó, Maggie aún vivía con una de sus amigas, ya que parte de la aventura era buscar un apartamento juntas en el que pudieran construir su relación.

Para poder permanecer en el país, Iliana debía salir y entrar cada tres meses, en las primeras ocasiones no fue difi-

---

1 Falsos positivos: nombre con el que se denominó al asesinato de civiles no involucrados en la guerra haciéndolos pasar como bajas en combate en el marco del Conflicto armado interno de Colombia.

cil porque viajó a México y a Cuba entre viajes de activismo y presentación de ponencias. Sin embargo, era necesario encontrar otras estrategias, por lo que desde las primeras semanas se inscribió en un curso de inglés. Los viajes y la estadía en el país implicaban un esfuerzo económico, pero desde su llegada siempre había tenido el apoyo económico de Maggie.

## **Ser una mujer lesbiana y migrante**

El 9 de enero de 2018 la Corte Interamericana de Derechos Humanos notificó a Costa Rica que, como resultado de una consulta que el país había hecho, se emitió la Opinión Consultiva 24 (conocida comúnmente como la OC24). Esta trata sobre el matrimonio entre personas del mismo sexo. El 26 de noviembre de 2018 la Sala Constitucional de Costa Rica brindó un plazo de dieciocho meses para la entrada en vigencia del matrimonio igualitario en Costa Rica, plazo que se cumplía el 26 de mayo de 2020. El 18 de diciembre de 2018, la Presidencia de la República emitió el Reglamento para el reconocimiento de derechos migratorios a parejas del mismo sexo N° 41329-MGP (Decreto Ejecutivo 41329), donde se otorga:

El reconocimiento de los derechos migratorios por parte de la Dirección General de Migración y Extranjería derivados de las uniones conformados por parejas del mismo sexo en los siguientes casos: 1. Cuando se compruebe la existencia de una unión reconocida en el extranjero como matrimonio por así permitirlo la legislación del país donde se efectuó la misma. 2. Cuando se compruebe la existencia de una unión de hecho o cualquier otra figura civil, entre personas del mismo sexo que hayan sido legalmente reconocidas en el extranjero por así permitirlo la legislación del

país donde se realizó tal reconocimiento (Decreto Ejecutivo 41329).

A partir de lo anterior, las parejas casadas podrían registrar sus matrimonios en Costa Rica y avanzar en los trámites migratorios. Este reglamento fue lo que permitió que, más adelante, Iliana presentase documentos, convirtiéndose en la primera persona con un Documento Migratorio para Extranjeros (DIMEX) por vínculo con una persona nacional (por matrimonio) del mismo sexo.

En el año 2020, entró en vigencia el matrimonio entre parejas del mismo sexo en Costa Rica, lo que abrió posibilidades para Iliana y Maggie. Era una situación que facilitaba su permanencia en Costa Rica y resolvía muchos otros problemas que venían con la migración, el costo de cada trámite y la estabilidad de su relación. Ante el anuncio de la Presidencia de Costa Rica, decidieron irse para Colombia para casarse en compañía de amigas, amigos y familias y, en mayo



*Matrimonio de Iliana y Maggie en Colombia. Fotografía por: Leonardo Rodríguez Villamizar*

de ese año, presentaron los papeles para hacer la inscripción del matrimonio en Costa Rica.

La aceptación del matrimonio para parejas del mismo sexo cambió mi vida, en lo personal, y creo que cambia la vida y la forma de relacionarse de un montón de gente que ha sido migrante o que ha migrado.

La aprobación del matrimonio igualitario representaba para Iliana la posibilidad de construir familias de personas del mismo sexo de personas tanto costarricenses como extranjeras, así como mantenerlas unidas; familias que buscaban la forma de sostenerse y esperaban que el país, de cierta forma, las abrazara, pese a lo difícil que había sido el proceso.

A pesar de esta esperanza, los problemas y la burocracia en el país en temas de migración son complejos. Resultó que el procedimiento no era solo de migración, sino también de la Caja<sup>2</sup>; sin embargo, era un proceso sin comunicación entre las instituciones: para realizar la inscripción en la Caja, había que tener la inscripción en migración, pero si esta institución no da la autorización la otra institución tampoco podía ejecutar el trámite. Por suerte, con ayuda del comisionado presidencial en asuntos LGBTIQ+ y una persona de extranjería, se pudo avanzar en el proceso. Este hecho demuestra que las personas hacen una diferencia en la vida de las personas y dan fe de un país que avanza, aunque sea lentamente, en temas de derechos humanos.

---

2 Caja Costarricense del Seguro Social (CCSS).

## Hay puertas abiertas con interiores hostiles

Estando en Costa Rica, Iliana buscó formas de seguir estudiando, para lo cual requería financiamiento. Desgraciadamente, en las instituciones, se encontró con personas trabajadoras que se dedicaron a juzgarla por su nacionalidad en lugar de apoyarla. Fue un trago amargo sentirse menospreciada. Este trato no fue exclusivo con ella, sino que a todas las personas colombianas se les estaba tratando de esa manera.

La respuesta de la funcionaria de CONARE fue: ‘es que ustedes los colombianos todo lo hacen mal siempre’. Y me devolvieron los papeles sin ni siquiera mirarlos.

Tras este suceso, fue directamente a la embajada y al consulado y les habló del proceso de discriminación que había vivido. No era posible que las personas colombianas “lo hicieran todo mal”, solo porque eran migrantes, solo porque no conocen un proceso; tampoco era aceptable que la persona encargada decidiera sin empatía rechazar y devolver todo el esfuerzo realizado. Por esa razón, interpuso una denuncia -que hoy se encuentra activa- buscando evitar este tipo de tratos hacia las personas migrantes. Tuvo que volver a Colombia para realizar una serie de comunicaciones y traer nuevos certificados con la esperanza de que ahora los documentos estuviesen “completos” y poder salir de ese proceso.

Lamentablemente, esa no ha sido la única instancia en la que ha tenido problemas. Abrir una cuenta de banco resultó ser más complejo de lo esperado. Trató de abrir una cuenta en el mismo banco que tenía en Colombia para facilitar los traslados, pero lo que recibió durante los trámites fue una mirada de desconfianza, como estuviera tratando de pasar dinero sucio.

Traté de abrir una cuenta en el mismo banco que yo tenía allá para que fuera más fácil hacer traslados y me miraron como una narcotraficante. O sea, es difícil hacer trámites acá y hacer trámites sin papeles, es muy difícil.

El proceso de venir a Costa Rica y la decisión de quedarse, e incluso de casarse, ha sido un camino lleno de obstáculos; situaciones que le han hecho sentir que no hay nada que traiga en su maleta de Colombia que le sirva. Prácticamente desde que llegó, Iliana ha peleado por la convalidación de su título en el país, para poder ejercer sin preocupaciones y respaldar sus conocimientos en el país. Sin embargo, no siente que sea algo que se vaya a dar. Aceptar estas barreras es un proceso de lágrimas y tiempo, así como de reconocer que, más allá del título, es la oportunidad de ejercer lo que le ha sido negado.

Porque ser profesional en el mercado en un medio con un montón de otras profesiones, pues digamos no es tan importante, yo soy profesional, yo terminé la Universidad, pero lo que yo traje no es útil, no es deseado, yo lo siento así, no es bien recibido acá. Y eso es tenaz, es duro.

Iliana ha perdido la cuenta de cuántas hojas de vida ha entregado. Ha buscado una forma de ubicarse laboralmente; pero, no ha sido posible, pese a que en Colombia tuvo una vida profesional activa, que no detuvo hasta que ella decidió hacerlo. Allá, tenía una red, una forma en la que contactarse con las personas, con trabajos en los que era solicitada; mientras que, acá, no encontró ese arraigo. Ha tenido que empezar de cero, aunque no esperaba que al migrar ese comienzo fuera de tal dimensión. No poder ejercer acá ha sido un proceso inesperado y muy triste.

Antes de haber cumplido los tres años de matrimonio con Maggie, Iliana recibió su naturalización como costarricense. El tiempo de tramitación fue bastante rápido, incluso

al compararlo con el tiempo de trámite que otras parejas binacionales heterosexuales comentan que les tomó.

A lo largo del tiempo ha sentido que la burocracia es desordenada y enreda el camino de las personas migrantes. Un ejemplo de esto fue cuando, al querer firmar un documento ahora con su cédula costarricense, encontró que en el registro aparece no casada con Maggie, sino divorciada de un hombre costarricense que no conoce, complicando aún más los procesos. Iliana reconoce su privilegio de residir en la capital porque no podría imaginar a una mujer migrante de las zonas costeras teniendo que viajar para que se conozca su estatus real.

Pese a esto, cree que hay oportunidades que ella misma ha creado; el no tener miedo a hacer algo, a proponer, son las puertas que ella misma se ha ido abriendo. Esto le ha hecho replantearse las experiencias que traía consigo luego de contener sentimientos tan pesados y encontrar nuevamente su luz.

En este proceso, reivindicarse como profesional va mucho más allá del reconocimiento de su título, significa la validación de del saber hacer, y a su vez, el reconocimiento de la experiencia, el profesionalismo y la forma en que se abren oportunidades.

El haber formado parte del Movimiento de Lesbianas, Gays, Personas Bisexuales, Personas Trans, Intersex, Personas Queer y otras diversidades sexuales y de género (LGBTIQ+) en Colombia le ha facilitado las cosas, porque desde esa identidad se permite conectar con otras personas; no precisamente migrantes, sino personas de la comunidad de diversidad sexual y de género. Además, apoyar en proyectos como la campaña a favor del Matrimonio Igualitario: Sí Acepto, Beso Diverso y El Festival de Cine por la Diversidad: Equal Film Fest. Esto ha hecho que sienta que en Costa

Rica también ha logrado establecer conexiones. Además, se ha sentido apoyada por esta comunidad.

De la misma forma su vinculación con el feminismo le permitió participar como ponente en el II Encuentro: Feminismos, Género y Comunicación y hacer parte de las versiones 2019 y 2021 de las cumbres NOSOTRAS WOMEN CONNECTING en San José, así como acercarse a otras expresiones del feminismo en la ciudad.

### **Migración, libertad y movimiento**

Migrar es afrontar que nacer en un lugar no implica querer quedarse ahí toda la vida. Migrar es algo que significa libertad, es moverse, quiere decir que se puede estar en un lugar y mañana desear ir a otro, es la posibilidad de conocer lugares y de explorar otras formas de vida, mientras se vive la propia. Es moverse o, incluso, decidir quedarse.

Este proceso, que Iliana empezó desde joven, le ha hecho pensar en la validación que tiene el sistema capitalista, donde trabajar y trabajar es la única opción, y lo que implica estar inmersa en él. Liberarse de esta presión, atreverse a viajar y establecerse en otros lugares es también crecimiento personal, el no atarse a una idea de lo que es la vida plena y darse la oportunidad de sorprenderse en otros espacios y con otras actividades.

Está convencida de que la migración es algo que alimenta el lugar al que se llega con nuevas experiencias que traen personas con otras culturas, otras historias, nuevas formas de caminar, otras velocidades y, aunque no siempre son apreciadas, son parte del andar.

## Volver a empezar

Dicen que nadie le quita a uno lo bailado, y sí, nadie me quita lo bailado.

Con su migración a Costa Rica, Iliana siente que ha aprendido sobre la humildad, porque le ha tocado volver a empezar, soltar las cosas que le generaban alguna seguridad, ideas sobre el éxito y la felicidad; vivencias y creencias que ha tenido que reconstruir. Recuerda que su madre le hablaba de que asistir a la universidad le aseguraba ser millonaria, pero no necesariamente. Sin embargo, se ha dado la oportunidad de ser millonaria en otras cosas, que es lo verdaderamente único y valioso.

Recuerda que, estando acá en Costa Rica, tuvo la oportunidad de asistir a un encuentro en Sudáfrica de mujeres, lesbianas, bisexuales, queer, feministas a nivel mundial, el Global feminist LBQ WOMEN'S CONFERENCE, 2019. Para asistir a este evento, obtuvo financiamiento de una agencia centroamericana; algo que quizá estando en Colombia o con un sueldo de allá no hubiese podido costear. Además, es probable que tampoco hubiese tenido el tiempo para ir.

Yo creo que hay que dejarse un poco sorprender, ¿no? No es que todas las puertas se cierran, pues no, se abren otras diferentes.

Iliana sintió que tuvo que aprender a caminar más despacio, a desacelerar el ritmo que tiene Colombia para adaptarse al costarricense, en un proceso en el que también descubrió cosas que no sabía sobre sí misma.

Si bien no ha sido fácil, incluso ha contemplado volver a Colombia, Iliana decidió empezar una maestría, la Maestría en Evaluación de Programas y Proyectos Sociales de Desarrollo, como una forma de seguir avanzando profesionalmen-

te y de crear un ancla en el país, conocer personas y ampliar sus oportunidades; además, como una forma de complementar su perspectiva profesional y personal. Su resiliencia, que le hace amar y amarse, la acompaña para no tenerle miedo a lo que pueda venir y a abrirse sus propios caminos.

### **Alicia. Relato escrito por Iliana<sup>3</sup>**

Esta es la historia de Alicia, que como su tocaya, la de “Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas”, tiene sus ideas sobre la libertad y las obligaciones sociales y morales.

Esta Alicia ya tiene más de cuarenta años, aunque ese es solamente un bonito número que no la define, solo da cuenta de su experiencia. Alicia nació y creció en una ciudad en la mitad de altas montañas, un lugar donde, aceptémoslo, nadie debería haber creado una ciudad fría y lluviosa, con gente con mucha prisa para llegar a cada lugar, donde cada hogar hace su fueguito para mantenerse en calor.

Esos fueguitos pueden ser con música estridente o relajada, con arte, con tecnología, con amigos y amigas, con familia, con bulla, con risas que suenan fuerte en las paredes, con poca sensación de silencio y casi nada de tiempo, ni siquiera para sentir el frío... porque la compañía del propio fuego, del de quienes nos rodean y de la misma ciudad hacen una bulla fuertísima, porque hay crepitantes ruidosos, con estallidos y que chisporrotean.

---

3 Relato elaborado por Iliana durante el taller “Narrativas creativas para Mujeres Colombianas Migrantes”, actividad realizada en el marco de la investigación que da lugar a este libro y en articulación con el proyecto de acción social (extensión universitaria) y el Trabajo Comunal Universitario TCU-636 Voces Comunitarias, el taller contó con la facilitación de la cantante y gestora cultural Nativa.

A veces algo se aviva, brilla y da mucho calor para luego languidecer en la oscuridad. También, hay fuegos tranquilos y apacibles y algunos otros son fuegos de colores profundos que hipnotizan. Y todos brillan y suenan y respiran a su propio ritmo y parece que se acompañan en una gran fogata irreplicable.

Conocía casi de memoria las ramas más veloces para moverse de un lado al otro, los troncos más resistentes para quedarse un largo rato y las hojitas con las que no tenía sentido detenerse mucho, porque se consumían en un abrir y cerrar de ojos, sin dejar nada más que un recuerdo fugaz.

Pero Alicia no quería quedarse a pasar su vida en la misma roca donde había vivido. Hay más bosque en el mundo, pensó. Habrá otros sonidos, tal vez haya silencio en algún lugar, seguro que la misma luna se ve en un clima más propicio, tal vez hasta haya troncos más profundos, hojas débiles para verlas brillar breve e intensamente o tal vez palos de esos húmedos que cuando se están quemando no hacen ruido sino que se ve una pequeña estela de humo y nada más que eso.

Sin caer por ningún hoyo, sino con toda la decisión y la búsqueda del cambio, Alicia emprendió camino; uno largo, difícil y emocionante. La historia parece tener un final feliz, vivía en una piedra, quería moverse y se movió, FIN. ¿Verdad?

Pero... ¿y el fuego? ¿Qué hace Alicia con su propio fuego en un entorno tan distinto a su propia roca? ¿Cómo se ven las hojas que brillan y se agotan casi de inmediato? Peor aún: ¿cuáles son esas hojas que se agotan tan rápido, pero que siempre son entretenidas para calentarse?

¿Será que consumirse en el fuego es necesario siempre para poder existir? O ¿será acaso que el fuego era necesario para alejar el frío en su montaña, pero habrá otras

formas de existir que no necesariamente le consumen a sí misma y a los demás?

Alicia se movió, pero su fuego se resiste a esta nueva existencia, hay noches donde rezonga malhumorada... “aquí no hay suficiente frío para poder brillar”, “aquí llueve mucho y me ahogo en los aguaceros de doce horas”, “aquí casi nadie tiene fuego”, “¿dónde está el crepitar?”, “¿dónde están las muestras de las quemadas?”, “¿dónde están las cicatrices de las lenguas propias y de los demás?”

Del fuego, grata compañía que le mantenía con calor y movimiento en su piedra natal, Alicia quiere quedarse con la luz, la chispa, la iluminación que tiene el fuego en su centro, ama su ardor, su vehemencia y entusiasmo, su pasión que la trajo hasta donde está, pero no quiere la calcinación, la quemadura, las paredes manchadas, el olor a humo, la necesidad de combustible, la destrucción y el sofoco.

El nuevo camino que quiere buscar Alicia es brillar sin quemarse, ni a sí misma ni a los demás, es quedarse fulgurante y con luz, resplandeciendo sin llamas y para eso no hay que moverse de lugar, ni caerse por ningún agujero. Ese es el próximo movimiento. Ese no necesita pasaporte, ni maletas, ni cambiarse de país; pero sí implica dejarlo todo, abandonar lo conocido y confiar en la luz interior, despojarse de las defensas más profundas y sobre todo darse el permiso para transformar y abandonar el fuego conocido para permitirse brillar.

The background is a solid bright yellow. There are several dark green geometric shapes: a large circle in the upper right, a large 'S' shape on the left, and several curved lines and segments scattered around. The text is positioned in the lower right area.

Relato 4

**MIGRAR A LA  
NATURALEZA  
SALVAJE**

*POR DOMITILA*

## Sinopsis:

*Una chica citadina que a sus diecisiete años salió de casa para estudiar. La universidad pública la abrazó como una madre y su trabajo en un restaurante bohemio de la capital, como un padre. A sus diecinueve años se convirtió en madre de una niña, casi al mismo tiempo en el que se fue a realizar una pasantía a Fúquene, un pueblito a unos 3000 metros de altura, donde vivió por primera vez en un entorno rural y logró darse un respiro de la esquizofrenia del padre de su hija. Al graduarse como socióloga, se fue al Amazonas para trabajar con Derechos Indígenas, tres años después volvió a Bogotá y encontró una oportunidad para ir a Costa Rica. Llegó a la zona sur y, allí, con su hija aprendió a vivir en la simplicidad que exige la selva, a convivir y trabajar con la comunidad. Hoy tiene cuarenta y cinco años y la audiencia de sus saberes e historias son niños y niñas de primer y segundo grado, a quienes da clases de español y estudios sociales, mientras orgullosamente señala que su hija mayor, compañera de aventuras, es médica de la Universidad de Costa Rica.*

Domitila nació en la capital de Colombia y vivió en barrios populares, como el Eduardo Santos y Villa del Río. Cuando salió de su casa para estudiar vivía entre la Macarena y la Perseverancia, el Bosque izquierdo, un barrio reconocido y la 24 con cuarta en el centro de Bogotá. Su paso por un colegio de monjas católico fue hermoso, lleno de enseñanzas, valores y experiencias que balanceaban una vida infantil sin padre, con carencias y dureza en el hogar.

Durante su infancia, los fines de semana eran monótonos, tocaba arreglar la casa y ver televisión era la diversión. De vez en cuando, llegaban los primos a jugar, cambiando un poco el panorama. La adolescencia fue algo similar, seguía en el mismo colegio y su amor por el canto le permitió experimentar escenarios que la llenaban de satisfacción, pero

sin el apoyo familiar. A los catorce años, su madre le dijo que se fuera de casa. Empezó a vivir con una de sus tías, quien la recibió y le permitió vivir con más libertad al lado de sus primos. Por exigencia de su madre, volvió a casa para terminar el colegio.

Siendo aún joven, cerca de su cumpleaños diecisiete, tomó la decisión de irse de nuevo de su casa, en busca de una oportunidad de trabajo que le permitiera costear su ingreso a la universidad, ya que su madre, divorciada y sin apoyo del padre desde hacía muchos años, no podría pagarlo. Así comenzó a trabajar como mesera en un restaurante del norte de la ciudad, mientras atravesaba el proceso de ingreso a la universidad. Su canto le permitió obtener una beca y la posibilidad de estudiar Publicidad. Así fue como aun siendo pequeña, salió de su casa y se independizó totalmente de su familia; fue su forma de perseguir sus sueños.

Cantar era algo que la había hecho feliz desde siempre, hasta que cantar se convirtió en una responsabilidad. Las jornadas de estudio y trabajo eran duras, dormía poco y esto producía que estuviera cansada y su voz se afectara, lo que la llevó a tomar pequeñas cantidades de alcohol, creyendo que con esto dominaría mejor el cansancio que afectaba su canto. Pero las cosas se salieron de sus manos y perdió el control, al punto de subir al escenario en estado de embriaguez. Domitila tenía que cortar con eso, no podría aguantar ese ritmo por mucho tiempo, además del daño que sabía se estaba provocando. Así, decidió dejar esa universidad para no volver. La embargaba una gran inseguridad que la haría cambiar de rumbo, porque si bien abandonó la idea de seguir

estudiando publicidad, no olvidaría sus sueños ni por lo que había luchado por años.

Y dije: no, pero no puedo dejar de estudiar en la Universidad, tenía esa obsesión puesta en la cabeza, fuera lo que fuera, yo tenía que estudiar en la Universidad.

Aún no podía sacar de su mente el deseo de estudiar, por lo que tomó la decisión de presentarse a otra universidad, a La Nacho<sup>1</sup>; una universidad pública que sería su mejor oportunidad. Guiándose por la intuición fue a la oficina de admisión, tomó el libro de carreras, y en un acto de confianza en el universo, abrió una página al azar donde apareció la carrera de sociología. Al leer el contenido, sonaba como ella, fue la carrera que llamó su atención y en la que terminaría matriculada.

Ingresé a la Universidad Nacional de Colombia y esta institución me abrazó como la adolescente perdida en el mundo que era y me contuvo como una buena madre. Estando en tercer semestre, quedé embarazada de mi primera hija. Finalicé el semestre, pero no pude continuar estudiando...

Al momento del embarazo y al tomar la decisión de detener sus estudios, la vida de Domitila empezó a tener otros giros. Domitila se había mudado con su novio que conoció en un restaurante, quien durante este tiempo empezó a comportarse de una manera extraña, y, en medio del proceso de embarazo y parto, fue diagnosticado con esquizofrenia. En esos momentos, era como si ella no pudiese contener más las situaciones a las que se enfrentaba.

Domitila siguió trabajando, ahora en un restaurante que la acogió: El Patio. Así como la universidad sería su ma-

---

1 La Nacho: nombre popular para referirse a la Universidad Nacional de Colombia.

dre, este sería su padre. Era un restaurante bohemio en Bogotá que recibiría a grandes personajes, como Jaime Garzón, Shakira, incluso Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, los Pet Shop Boys, y hasta llegó a conocer a Álvaro Uribe.

En ese momento, Domitila no solo trabajaba, sino que era madre, estudiante y se enfrentaba a los episodios provocados por la condición mental del padre de su hija. Siguió con este ritmo hasta que fue insostenible; tuvo que decidir entre separarse o enloquecer al lado de su pareja. Cuando decidió seguir sola con su pequeña hija, solo dormía entre tres y cuatro horas para lograr salir con sus responsabilidades y, aunque de vez en cuando se escapaba para ir de rumba, eran días pesados de controlar. Pese a esto, sentía que cada día su existencia se volvía más robusta a nivel intelectual y eso la hacía sentir feliz.

Solamente había un problema: para este punto, su expareja estaba tan mal que provocaba situaciones que la ponían en peligro tanto a ella como a su niña e, incluso, a otras personas cercanas. Ejercía presión y la hacía pasar penas, hasta que la situación se tornó muy seria y fue necesaria la intervención de la policía. Por esto, un día, al borde de la desesperación,



*Colegio de Nuestra Señora de la Presentación - Centro en 1991, participación en una Zarzuela con la presentación "La ronda de los enamorados" con un amigo del colegio. Fotografía enviada por Domitila*

se dirigió a la oficina del fiscal que tenía asignado su caso para pedirle protección.

Ese mismo día fue a la universidad en medio de la desesperanza, pero encontró un rayo de luz en ese momento tan oscuro: una compañera la invitó a una reunión sobre pasantías dentro de Colombia, donde surgió la oportunidad de ir a Fúquene en Cundimarca. Tras conocer un poco más de este lugar, Domitila decidió que sería su oportunidad de salir de Bogotá y alejarse por un tiempo.

Así, comenzó poco a poco la aventura de migrar para darse un respiro en las montañas frías y tranquilas, andando en burro; en aquella ocasión fueron seis meses, acompañada de su hija, hasta volver a Bogotá para terminar la carrera.

Cuando le faltaban solo algunos requisitos para graduarse y estaba en el trabajo de graduación, volvió al restaurante y también comenzó a trabajar en un periódico llamado El Tiempo, en un interesante proyecto. Sin embargo, el trabajo en el periódico le hizo sentir que ya había aportado lo suyo, era el momento de buscar otros lugares y experiencias, así que renunció.

Domitila dice que “la vida la ha escogido”, en cada situación en la que ha estado más al límite, más que una casualidad, considera que la vida es la que le pone las oportunidades en el camino. La noche en la que renunció al periódico un cliente recurrente visitó el restaurante, un hombre extraordinario que había liderado grandes esfuerzos en defensa de los derechos territoriales de pueblos indígenas en la selva amazónica. Él ya en otras ocasiones le había preguntado a Domitila cuándo se graduaba para que lo acompañara a Leticia, un pueblo fronterizo con Perú y Brasil.

Domitila no lo dudó un instante, habiendo renunciado esa misma mañana y con su carrera terminada era la oportu-

nidad que necesitaba. Así fue como se acercó a la organización encargada, realizó el proceso de selección y en menos de quince días, estaba instalada con su hija allá.

En el Amazonas, experimenté este verde, la entrada a la permacultura, experiencí la vida indígena, la sencillez de las cosas que uno no tiene en la ciudad (...) entonces fue un cambio maravilloso y tuvimos este primer contacto con el verde lindísimo de la selva y un cambio de vida total, pasar de ser una mujer que amaba el olor del smog de los buses de la Caracas<sup>2</sup>, pasé a estar allí, en el Amazonas, divino... Cambió drásticamente mi vida, ya no estaba yo ahí como: trabaja, trabaja y trabaja, solo por maniobrar la cosa como un malabarista, sino que pude estar un poco más tranquila, más estable.

Durante tres años, Domitila y su hija estuvieron en lo que define como una selva maravillosa, pero maltratada y explotada e, incluso, peligrosa a nivel biológico, ya que una picadura del animal correcto en el lugar incorrecto podría ser fulminante. También, el ambiente social empezó a volverse tenso, tanto en el equipo de trabajo como en los territorios, ya que se recibieron amenazas constantes de parte de actores cuyos intereses atentaban contra los derechos de los pueblos autóctonos y sus territorios y, por tanto, veían a personas como Domitila como una amenaza para sus objetivos.

En algún momento yo me comencé a sentir mal por mi hija, porque estaba con miedo, ella tendría alrededor de ocho años y me decía “mamá, pero ¿y si te matan, y si te pasa algo?”.

Esto hizo sentir a Domitila que ese trabajo en aquel lugar tan bello no era en el que quería estar. En ese estado

---

2 Carrera o calle muy importante de Bogotá, similar al Paseo Colón en San José de Costa Rica.

de vulnerabilidad, no le quedaba otra opción que devolverse a Bogotá. Una vez más de vuelta, consiguió trabajo en su alma mater, con el Departamento de Planeación Distrital en temas de participación ciudadana.

Después de dieciocho meses, casi finalizando el contrato, la hermana de su anterior pareja había tenido la oportunidad de viajar a Costa Rica por medio del Ministerio de Cultura de ese país y se lo recomendó para emigrar en busca de nuevas oportunidades.

## **Encontrar un paraíso escondido**

Domitila no tenía claridad de la ubicación exacta de Costa Rica, sabía que era en Centroamérica, pero no dónde con precisión. Era un país poco conocido para ella, pero no por eso la idea parecía menos interesante. Su antigua cuñada le presentó un amigo alemán y con él tramitó su contrato para trabajar en permacultura<sup>3</sup>, aquello que había conocido y experimentado estando en Leticia.

Al preguntarle a su hija, también se sintió atraída por la idea, por lo que ya era casi un hecho poder viajar a Costa Rica. La decisión de migrar no era compleja, la confianza de conocer a alguien, de trabajar en algo que sabía y le apasionaba, la apertura de su hija y la propia por conocer y seguir viajando hizo que aterrizara en el país el 15 de octubre del 2005.

El solo hecho de llegar a Costa Rica fue una aventura, llegaron con 400 dólares en la bolsa. Esa noche durmieron en un hostel y con la ruta memorizada se dirigieron al día

---

3 Permacultura: plantea un diseño de espacios territoriales, profesionales y de vida, en general, partiendo de la naturaleza, creando un equilibrio de ambiente y ser humano.

siguiente a la terminal de MUSOC<sup>4</sup>. Este bus les llevó a otro lugar llamado Pérez Zeledón y, de ahí, el amigo alemán las llevó hasta Uvita, su nuevo hogar.

Recuerda que al llegar a la casa el alemán les dijo que esperaran un momento, mientras él se cambiaría y saldría. Cuando lo hizo salió totalmente desnudo, a lo que una madre bogotana, “católica, apostólica y romana”, criada con estos principios no supo cómo reaccionar. Sin conocimiento previo, Domitila y su hija habían viajado a Costa Rica a un proyecto nudista de permacultura. Era una experiencia totalmente nueva, vivir con un hombre que no tenía problemas con la desnudez y venía de estudiar medicina en China.

Llegaron a instalarse en una casita cómoda, bastante rústica, muy alejada de lo que conocían en Bogotá. Pasaron de estar acostumbradas a comprar un perro caliente en la esquina del apartamento a vivir en un pueblo que apenas tenía dos soditas<sup>5</sup>.

Era un gran choque cultural en muchos sentidos, no interactuaba solo con la nueva cultura costarricense sino con la de una comuna que buscaba la conciencia ambiental. Parte del contrato incluía también ser veganas y crudistas, por lo que el primer paseo en el jardín que les dio el alemán fue el comienzo de una nueva dieta a base de plantas. A cada tramo que recorrían, conocían y comían una nueva hoja.

Sin embargo, la experiencia de vivir en aquel paraíso era fenomenal, estaban en un lugar en el que la catarata cerca de la casa era su piscina personal y donde su hija tenía la

---

4 MUSOC, S.A., es una compañía de transporte de buses de la zona de Pérez Zeledón a San José.

5 Sodas: restaurantes pequeños que en su mayoría venden comida tradicional costarricense.

posibilidad de compartir con personas de diversas culturas. Aprendió a hacer pan y “guarapo”<sup>6</sup>, al que llamaban “vino” para que pareciera más estilizado.

Toda esta experiencia fue bellísima, aquí la comunidad en ese tiempo eran alemanes, gente de Estados Unidos, también, húngaros, suizos, había de todo un poquito, era una mezcla loca, gente joven, gente mayor y allí, a este lugar venía gente interesantísima, y era como un lugar de paso, pero era al mismo tiempo un lugar donde cocinar juntos, hacer yoga, hablar de salud, comenzar a acceder a un montón de temas que parecen esotéricos pero que tienen tanta relevancia en la vida humana, como la salud, la medicina alternativa y la comida orgánica.

Domitila comenzó a notar cambios en su cuerpo y en el de su hija, producto de las fortalezas de la comida vegana y el ejercicio: estaban más fuertes, su cuerpo, su piel e incluso su cabello habían mejorado.

A un mes de haber llegado a Costa Rica, Domitila decidió ir a San José para terminar la documentación de la visa. Al llegar con todos los documentos correspondientes, le informaron que estaba de forma irregular. Pese a todo el miedo y la indignación por el proceso burocrático, decidió quedarse en el país.

Con el tiempo, el alemán se volvió más intenso y desordenado, llegaba borracho y alejaba a las personas, por lo que los pagos mensuales por las labores de Domitila también sufrieron el desorden. Ante la necesidad, y tomando en cuenta todo lo que había aprendido, decidió hacer queques orgánicos y salir al pueblo a venderlos.

---

6 Guarapo: jugo de la caña de azúcar triturada, puede estar fermentado o sin fermentar.

Domitila se sentía parte de la “chancleta”<sup>7</sup> y era feliz, así que poco a poco se involucró también en una pequeña feria de productos orgánicos. Era un cuadro muy pintoresco, ella, su hija y su perro en la playa. En este mismo lugar, conocería y entablaría amistad con una mujer que pasaba por una reciente separación y también buscaba trabajo.

Esta amiga, al ser nombrada gerente en un hotel de la zona sur, se dió cuenta de que necesitaban también una subgerente, e inmediatamente pensó en Domitila para el puesto. Domitila estaba un poco asustada, nunca había tenido un cargo similar, había estado en la escuela de permacultura todo ese tiempo y había aprendido el trato con personas extranjeras, pero no tenía experiencia en algo tan administrativo. A pesar de eso, hizo la entrevista con su escaso inglés y, sin saber muy bien cómo, obtuvo el puesto, que venía con un salario fijo y más tranquilidad para ella y su hija.

Todo el mundo le decía que allá, donde estaba el hotel, no había nada, que era un lugar solitario con inviernos terribles, pero como aún no podía legalizar su estadía en Costa Rica, este lugar le parecía lo mejor para ella. Sin embargo, no era que se sintiera bien al estar de esta manera, constantemente pensaba en cómo devolverse a Colombia, pero no ganaba lo suficiente para comprar boletos e irse y tampoco quería que la deportaran.

Poco después su amiga dejó el cargo, dejándola a ella como la gerenta del hotel, algo que parecía irreal para Domitila en ese momento. Trabajar ahí era maravilloso, nadar

---

7 “Chancleta” es un término que hace referencia a: chancleta m. Estudiante universitario generalmente de una carrera de Ciencias Sociales o con tendencias políticas izquierdista. Asimismo, se relaciona a personas interesadas en las Ciencias Sociales, con estilos de vida relacionados al cuidado del medio ambiente y la lucha por los derechos humanos (Ríos González, 2017, p. 39).

e ir lejos y acercarse a las ballenas, cosas tan bellas que ni en su imaginación infantil se le hubieran ocurrido; era un lugar hermoso, era tan puro que la electricidad se había instalado tan solo un mes antes de su llegada.

Entonces era todo nuevo, no había celulares, no había nada, todo era por radio, la gente andaba descalza por la calle, yo iba a trabajar descalza, esto era divino y una abundancia maravillosa, que ha sido una de las enseñanzas de Costa Rica. Una abundancia y una paz que son el regalo de poder vivir en este país, disfrutar de vivir en paz y en contacto con la naturaleza. Sabes y allá más, porque dejaba allí la mochila con la plata, y alguien la encontraba y me decía: Domitila, aquí está su mochila, se la pasaban a dejar a la casa. O cuando uno llegaba a la casa y tenía un costal de yuca que alguien generosamente dejaba ahí para compartir. O iba caminando y me preguntaban si quería atún y me iba casi con el sushi listo para la casa.

Su hija había pasado de escuelas en Bogotá y el Amazonas con grandes oportunidades de aprendizaje. La educación para Domitila también era un pilar importante y, en el lugar en el que se encontraba, el acceso a las escuelas no era de la misma calidad. Su hija el primer día de clases le comentó que aquello sería un desastre, porque al presentarse y decir que venía de Colombia y había vivido en el Amazonas, el profesor le dijo que seguro venía del Amazonas en África.

A pesar de esto, era una experiencia interesante, además, su hija estaba viviendo rodeada de naturaleza y de muchas culturas, aún más cuando vivían con una holandesa y una estadounidense, por lo que la educación de vida venía también de esas personas y de la vida en general en aquel lugar.

## La frontera del migrante es la burocracia

Pasado algún tiempo de trabajar en el hotel, le comentaron del comercio en Golfito y de la oportunidad de conseguir aparatos y otros artículos a un precio accesible. Cuando tuvo vacaciones se fue para Golfito con la ilusión de comprar esas cosas que hacían falta al mudarse a una nueva casa, como comprar un televisor en el que su hija y ella pudiesen ver una película; esas pequeñas cosas que a veces parecen irrelevantes, pero forman un hogar.

Sin embargo, una vez allá, era necesario adquirir la tarjeta de compra para zona franca y poder acceder a los comercios, para lo cual tenía que presentar un documento de identificación. Le resultó natural entregar el pasaporte; sin embargo, por toda la emoción que le producía salir a comprar con su hija no había hecho la relación entre una zona franca y la migración.

No se hizo esperar que la persona le hiciera saber que se encontraba de manera irregular en el país y sería llevada a la Delegación de Policía de Golfito. En ese momento, Domitila sintió un miedo indescriptible, de pronto el mundo le caía encima y por su mente solo pasaba la idea de que su hija y ella de alguna forma serían deportadas sin más. Conmoción, esa era la línea de pensamientos mientras eran llevadas a la delegación, sin otra opción que seguir el paso.

Llegamos a la delegación, entonces ellos me dejaron en la parte de afuera, que era un parqueadero. Dejaron los pasaportes en una ventanita, al sol de hoy no sé si lo hicieron a propósito o no, yo espero que sí, porque lo que yo hice, como estaban allá adentro llamando la patrulla para llevarnos a Panamá, yo vi los dos pasaportes ahí y le dije a mi hija: “vamos a coger los pasaportes y corremos sin mirar atrás”, y

eso fue lo que hicimos, cogimos los pasaportes y escapamos de la policía.

De vuelta a su casa, Domitila se sentía en una zona segura, en un lugar en el que podía vivir en libertad pese a que para las instituciones del gobierno no fuese así. Por este sentimiento de no poder acceder a determinados derechos y, como gerente, buscó siempre que las personas trabajadoras tuvieran sus seguros, sus vacaciones pagadas y su pago de horas extras, porque si bien ella no podría acceder a muchas de esas cosas, procuraría que la gente a su cargo sí.

En una ocasión, trabajando en el hotel se acercó uno de los empleados a informarle que estaban ahí los policías y que la necesitaban. Pronto se percató que eran oficiales de migración. Por suerte todo estaba en orden, pero su acento colombiano delataba que era extranjera, por lo que le pidieron su pasaporte.

Domitila lo entregó e inmediatamente el oficial le hizo saber que tendría que estar “detrás de ella”, y que debía sacar sus papeles y legalizar su estancia en el país lo más pronto posible. Pese a que el oficial le dio una oportunidad, Domitila no podía evitar sentir que el tiempo de regularizar su situación apremiaba antes de que no pudiese ocultar su condición. Era sentirse vulnerable, algo que aprendió estando en Costa Rica, a vivir con miedo, con la sensación de que debía protegerse, a su hija y a sí misma, sin saber cómo.

Pasaron algunos días hasta que nuevamente sus empleados corrieron a avisar de la visita de la “migra”. Domitila les había comentado su situación y les indicó lo que cada persona debía hacer, todo estaba planeado para salir y no ser vista, debían informar que la gerente no estaba y hasta después llegaría un encargado “tico” a resolver las dudas de los oficiales.

Por otro lado, ella tomó unas gafas de turista y se fue a caminar por la playa para despistar la atención mientras se iban del lugar; por suerte, poco después la llamaron para informarle que eran personas de la Cruz Roja. Pese a que no pasó a más, cada vez el terror era el mismo, como si estuviese esperando un final inevitable mientras se escondía lo mejor que podía.

Muchas personas le dijeron que la manera de solucionar sus problemas con migración era casarse con un costarricense y obtener la residencia permanente. Así fue como, recomendada por otras personas migrantes en Uvita, se acercó a una abogada y se casó con un hombre que nunca conoció. Mientras la abogada resolvía, esperó con paciencia; sin embargo, pasaron los meses, en los que el dinero se mandaba fielmente a la abogada con la esperanza de que el tema se solucionara rápido; pero no fue así, pasaron dos meses, ocho meses, un año y nada.

No quiso esperar más, se fue a San José. Al llegar a migración le dijeron que efectivamente había un proceso, que se había iniciado, pero faltaba la prueba más importante que era la certificación del matrimonio emitida por el Registro Civil. Esto no era bueno, pero al menos pensó que sería fácil de resolver.

La persona que le recibió en Registro Civil verificó un par de veces la computadora antes de pedirle a Domitila que se sentara y le informara que lo sentía, porque el señor que ella afirmaba era su esposo aparecía casado con otra mujer. Durante el tiempo en el que Domitila había firmado su matrimonio, esta misma persona había gestionado otro matrimonio y el abogado de esa otra persona fue más rápido en inscribir dicha unión. En ese momento, sintió nuevamente que se acercaba una nube oscura y su angustia aumentaba, se sentía en ceros, en el aire.

Tocó encontrar una manera de volver a construir el mundo que se le había caído encima. En ese momento consideró que lo más certero sería pedir refugio, considerando que a su salida del Amazonas había sido amenazada de muerte y por esta razón había vuelto a Bogotá.

Fue su propia abogada, preguntando y leyendo incansablemente sobre el proceso. Lastimosamente, no podían recibirla como refugiada ya que tenía tres años en el país y no había solicitado este tipo de protección antes, como otras personas en peligro lo han hecho. Lo único que pudo obtener fue un papel con una fotografía que aseguraba que su proceso de petición de refugio estaba abierto, lo que le permitiría permanecer algún tiempo más en el país.

Durante este proceso conoció a un hombre, un español que había venido para participar como voluntario en un proyecto de protección de tortugas marinas. Se conocieron durante el festival que organizan anualmente para promocionar y concientizar a la población sobre la importancia y cuidado de estos animales; él también quiso quedarse en la zona en busca de un cambio profundo en su vida.

Empezaron una linda relación de amistad que poco tiempo después se transformó en una relación amorosa y desencadenó en que él viniera a vivir a casa de Domitila. Por suerte, la relación con su hija era bastante buena, lo que la alentó a aceptar vivir juntos, y algunos meses más tarde, sin terminar de resolver las apelaciones sobre su estatus de refugiada, quedó embarazada.

Cuando nació su segunda hija, el proceso de documentación fue mucho más llevadero y logró finalmente estar de manera legal ante el Estado costarricense. Domitila decidió llevar el proceso ella misma frente a la Dirección de Migración y acogerse al trámite por el cual una “persona extranje-

ra con parentesco de primer grado por consanguinidad con ciudadano (a) costarricense; se entenderán como tales a los padres, los (as) hijos (as)...” (Dirección General de Migración y Extranjería, s. f.) puede solicitar residencia permanente.

Su hija mayor también le demostraba el valor y la fortaleza de luchar por sus sueños y, al igual que ella en su momento, la valentía de oponerse al sistema que desfavorece a poblaciones rurales y migrantes, por eso debía buscar la manera de acceder a una educación de mejor calidad. Su hija decidió aplicar para una beca en un colegio científico de la zona sur, cuando aún el estatus de ambas era irregular, por lo que, pese a que pasó la prueba, hubo resistencia para aceptar su solicitud de beca; sin embargo, finalmente, fue aceptada y logró acceder a esta institución.

Mi vida está llena de ángeles que aparecen en el momento justo.

La oportunidad de acceder a la beca la obtuvo gracias a una extranjera, que estaba involucrada en la institución y luchó incansablemente para que personas extranjeras como ella tuvieran los derechos que merecen en este país. Años más tarde, Domitila y su hija tuvieron la oportunidad de conocer a esta mujer y agradecerle por ayudarla a entrar y seguir sus metas. Al conocerla, pudo mostrarle con orgullo que luego de graduarse del colegio científico entró a la Universidad de Costa Rica y se graduó como doctora.

## **La vocación a veces llega de lugares poco esperados**

Domitila trabajó como gestora cultural en la zona sur para el Ministerio de Cultura, en proyectos de fortalecimiento de las ferias locales. Además, trabajaba arduamente en la asociación de desarrollo con temas sensibles, como educa-

ción, salud y seguridad. Al desempeñar este tipo de labores, como era de esperar, los problemas comenzaron a surgir.

El ser colombiana le hacía sentir insegura, pues en el área había personas narcotraficantes y, al estar ella trabajando activamente en el ámbito social, atrajo muchos problemas. Incluso recibió amenazas, hasta el punto de que tuvo que salir de ahí. Ella no planeaba dejar este lugar, que la vio nacer de nuevo y pasar tanto por etapas muy oscuras como por las más luminosas de su vida. Dolía dejar aquel lugar, pero las circunstancias y el riesgo no le permitieron quedarse por más tiempo.

Optaron por instalarse en otra zona costera, con dos determinaciones fuertes, la primera: no volvería a trabajar en turismo porque, pese a estar muy agradecida con la experiencia, no era para lo que había estudiado. Ella estaba acostumbrada al trabajo social y a la educación en diversas facetas del trabajo en comunidad. La segunda, se sentía en deuda con la educación de su hija menor, ya que las escuelas públicas rurales podían pasar temporadas esperando una persona profesora o bien, esta iba y venía constantemente, lo que generaba un desfase con respecto a las otras personas menores de su grado.

Al instalarse en este lugar, tanto ella como su esposo buscaron la mejor opción de educación para su hija menor mediante una beca; sin embargo, esto no fue posible. Domitila decidió hablar con la directora y exponerle toda su experiencia y capacidades como docente, con la intención de establecer un trato donde pagaría la mensualidad de su hija con su trabajo. Justamente, coincidió con una época en la que algunas personas del profesorado habían renunciado o simplemente no habían vuelto. De manera que, la directora, tras analizar el perfil profesional de Domitila como socióloga graduada de la Universidad Nacional de Colombia, no dudó en contratarla como profesora auxiliar.

En un momento dado, la directora le informó a Domitila que la necesitaba como profesora de español. Domitila había trabajado en educación antes, pero con personas adultas y muchas veces sobre problemáticas sociales. Pese a esto tomó con responsabilidad la tarea y descubrió en sí misma una nueva vocación. Las niñas y los niños la habían hecho conectar con una parte de su personalidad que no conocía y parecía surgir con fuerza de su interior.

Estoy muy feliz con esta profesión. Es mucho trabajo, mira mi mesa. Ahí estoy, tengo que llegar a seguir ahorita muy juiciosa, pero me encanta. Ahora estoy en el proceso de homologar mi título para poder estudiar. Estoy en eso, porque tengo que ponerme en el orden de las cosas para poder ejercer sin preocupación de que un día me saquen.

## **Migrar es moverse para donde llame la vida**

La migración es parte del ser humano, ya que llevamos muchos más años como nómadas, que estando quietos. Entonces está en el ADN. Las fronteras me parecen, como les digo a mis alumnos, líneas imaginarias creadas por el hombre para separarnos. No se fijen en las fronteras porque son meras líneas imaginarias. Si ustedes ven el planeta desde afuera no se notan las fronteras solo nos las inventamos nosotros.

Migrar implica para Domitila moverse hacia otras oportunidades, otras tierras –con suerte– mejores de las que se parte. Es un proceso de aprender y de avanzar. Domitila, en este recorrido, aprendió que se puede vivir mejor y en paz, a dejar atrás la violencia, no ver policías armados, ha sido “liberarme de todo ese inconsciente colectivo de la violencia, de la violencia y del miedo que habita en cada colombiano”.

Para Domitila hay algo que la persigue, y no solo a ella, sino a todas las personas colombianas que salen del país. Las persigue el estigma que relaciona a Colombia con el narcotráfico. Es común que al llegar a un lugar se mencione, por ejemplo, a Pablo Escobar, relacionándolo con su nacionalidad. Incluso en algún aeropuerto la han detenido abiertamente por ser colombiana.

Esto ha sido para Domitila como si las decisiones de algunas personas colombianas hubieran marcado su cultura y el imaginario colectivo sobre la colombianidad.

Esta experiencia de vida ha sido todo un cambio, porque nunca imaginamos cambiar de lugar, o salir de Colombia para siempre, ha sido un proceso doloroso por el desarraigo, por dejar a la familia, ha sido como desenterrar un árbol que ya está grande para volverlo a sembrar en otro lugar, solo he podido volver a Colombia una vez en dieciséis años.



*Septiembre de 2020, durante la pandemia, Domitila participó en un video para sus estudiantes sobre bailes típicos costarricenses para la celebración del 15 septiembre, de manera remota.*

A pesar de esto, siempre se cuestiona cuántos años necesitará para seguir estableciéndose, para conseguir echar raíces, tener un hogar propio, porque cuesta sentirse parte de un total, ser parte de una comunidad, sin sentir que hay algo diferente dentro de sí. Incluso combatir la soledad de la migrante, de estar en un país con su pequeña familia.

Domitila sigue trabajando como docente de primaria, en proceso de seguir estudiando en universidades costarricenses y cocinando los ricos panes que aprendió a cocinar hace dieciséis años al llegar a Costa Rica. Sigue echando raíces, cada vez más largas y fuertes, con la compañía de su esposo y viendo a sus hijas crecer y desarrollarse en este país.

A large, dark blue circle is positioned in the upper right quadrant of the page. To its left, a dark blue bracket-like shape is partially visible, consisting of a vertical line on the left and a curved line on the right that points towards the circle. The background is a solid, medium blue color.

Relato 5

**MIGRAR PARA  
ENCONTRAR LA  
PAZ**

*POR CAROLINA*

## Sinopsis

*El temor se inserta desde las historias de la abuela, con las guerras entre conservadores y liberales, luego guerrilla y paramilitares; el temor siempre está presente. Cuando llegó a Costa Rica por medio de una pasantía encontró paz, amor y retos laborales. Comenzó como degustadora cuando ya no tenía el apoyo de la pasantía, a sus veintitrés años, luego trabajó en una constructora y en una empresa de cadenas de restaurantes. Primero como repartidora de volantes hasta ser jefa de mercadeo, pero con salarios disminuidos por no poseer una situación migratoria regular. A sus cuarenta y un años, estudia administración de empresas, trabaja duro y, pese a que la pandemia no ha ayudado, ella sigue esforzándose. Carolina sigue disfrutando de la paz que ha encontrado, vive en la provincia de Cartago y pasa sus días con una gran compañía.*

Yo había sentido en mi corazón desde muy niña que no iba a estar mucho tiempo en casa, que lo mío iba a ser estar afuera, o sea, lo sentía.

Diana Carolina recuerda su infancia rodeada de primos y primas, en medio de las montañas de Ibagué, Colombia. Pese a que sus abuelos y tíos no eran de ahí, los nietos y las nietas, las nuevas generaciones nacieron y crecieron en Ibagué. Carolina era hija de una pareja separada. Ella vivía con su madre, una enfermera que pasaba mucho tiempo afuera, por lo que su abuela, Genoveva, tomaba el rol de mamá, quien todos los días la llevaba y la traía de la escuela.

Sin embargo, la violencia estaba presente en cada noticia y se instauraba un miedo permanente en la vida de las personas. En los medios, diariamente, se escuchaban casos de personas asesinadas o secuestradas. Carolina recuerda vi-

vamente que su abuela le repetía una y otra vez que nunca emitiera un juicio de valor sobre lo que pasaba en el país.

Cuidado dice algo, si dice que paramilitar o que, si usted está de acuerdo o no, si dice que guerrilla, usted no sabe nada, que usted no opina... Y si el del taxi le pregunta, usted tiene que decir lo mismo; el del bus, lo mismo; una compañerita o alguien, lo mismo, usted no puede dar a conocer su opinión frente a nadie. Es más, usted no tiene opinión al respecto, y yo decía: bueno; uno le seguía la corriente, pero no entendía el trasfondo.

Su propia familia materna había emigrado por razones de violencia de la zona cafetalera de Salento, a Cajamarca, y posteriormente a Ibagué. Algo similar pasó con sus abuelos paternos, quienes vivían en la región de Arbeláez, cuando asesinaron a Jorge Eliécer Gaitán<sup>1</sup> y porque eran “godos”<sup>2</sup>, tuvieron que salir en el camioncito con lo que pudieron meter e ir de pueblo en pueblo, hasta que lograron establecerse en Ibagué.

Continuamente, era advertida de aquellos temas que no debía tocar, por su bien y el de su familia, a pesar de que en su inocencia no llegara a considerar por qué dichos temas estaban prohibidos; era una niña que solamente obedecía al miedo de su familia.

Dentro de todas las noticias trágicas que recibían, una vez su papá llegó asustado sin poder creer cómo se había sal-

---

1 Jorge Eliecer Gaitán fue un colombiano con gran reconocimiento social y político que luchaba por los derechos humanos y en puestos políticos, luchó por la creación de sistemas de escolarización. Fue asesinado en 1984 en calles del centro de Bogotá (Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, s. f.).

2 “Godo” o “goda”: así se les llamaba a las personas simpatizantes del Partido Conservador Colombiano (Caballero, 2016).

vado del atentado al edificio del DAS<sup>3</sup> en Bogotá. Contaba que solamente llegó a escuchar las bombas, porque se encontraba cerca del lugar haciendo diligencias cuando el caos inició. El peso de la violencia dejó marcas, no siempre físicas, en la vida y la mente de las personas. Durante el colegio y la universidad, escuchaba constantemente testimonios de familias que había sido asesinadas y, pese a que afortunadamente su familia no era una de ellas, era igualmente doloroso ver tantas vidas perdidas.

Yo me sentía afortunada de no vivirla (la violencia) de forma tan cercana, pero sí me dolía mucho las secuelas que tenían ellas, porque muchos familiares inclusive han sido asesinados frente a sus ojos. Entonces mi labor casi que en esas etapas de colegio y universidad, fue más como de empatía y de alguna manera de escucharlas.

Durante esa época, Carolina se dedicó a escuchar. Muchas veces en grupo comenzaban a superar sus pérdidas y continuar con sus vidas como fuese posible.

Carolina empezó a estudiar biología en la Universidad del Tolima. Esta carrera le apasionaba, aunque se sentía nerviosa con las salidas al campo. Ella recuerda claramente a su madre insistir una y otra vez en que, cuando le fuera posible, se comunicara para avisar que estaba bien, lo que reforzaba la idea de que en cualquier momento algo malo le pasaría, que debía estar a la defensiva todo el tiempo y, a su vez, saber que su familia estaría esperando su llamada.

Con los años, como resultado de su crianza, Carolina carga con un peso de sufrimiento, una marca generacional del miedo.

---

3 El atentado al edificio del Departamento de Administrativo de Seguridad (DAS), el 6 de diciembre de 1989, dejó un total de sesenta y tres muertes y aproximadamente 700 personas heridas (Cecchini, 2022).

Los papitos y las abuelitas no se dan cuenta pero sus miedos nos los pasan, uno no está muy seguro de por qué siente tanto miedo hasta que cuando siente la libertad de estar aquí y se da cuenta de que venía cargadísima de temores.



Portada del periódico *El Espectador* para el 7 de diciembre sobre el atentado al edificio del DAS (Cecchini, 2022).

## Encontrando algo que no sabía que buscaba

Cuando estaba en trámites para migrar a Costa Rica, había conflictos con la guerrilla, los paramilitares y el ejército; estaban presentes en la vida y en la universidad. Carolina no recuerda con certeza, pero está segura de que había situaciones con personas universitarias involucradas. Fue una época de asesinatos y secuestros, y “eso tenía a mi mamá nerviosa, yo soy hija única, entonces eso tenía a mi mamá super nerviosa y me decía ‘¿ve? ¿ve lo que yo le decía? ¿ve?’ no recuerdo exactamente qué [pasó], pero eso sí nos llenaba de temor para hacer salidas de campo”.

En ocasiones, las situaciones están tan normalizadas que no se logra vislumbrar un presente diferente y parece que la vida está bien de esa manera, hasta que se exploran otras realidades y se reconoce que la realidad propia podría ser distinta; se validan sentimientos y se abre una ventana de posibilidades. Carolina creía que sentir miedo era lo que debía pasar, aunque su corazón anhelaba algo diferente.

Mientras estudiaba biología, una compañera y amiga había tenido la oportunidad de estar en contacto con una ONG ambiental de Costa Rica y gracias a ella supo que estaban buscando personas para apoyar en el monitoreo de aves rapaces migratorias que viajaban de Estados Unidos a Costa Rica. Ahí surgió por primera vez la oportunidad de salir del país y conocer otros ambientes y culturas. Alentada por su amiga, aplicó y recibió la noticia de que habían aceptado su solicitud.

Llegó a Costa Rica un 15 de julio de 2002, con una pasantía y veintitrés años. Los primeros días fueron difíciles, lloró desconsoladamente cuestionándose si debía volver, si lograría adaptarse a no saber dónde estaba, a no conocer las calles, aquellas que no estaban nombradas ni numeradas<sup>4</sup>. Sin embargo, tomó fuerza y decidió que hacer mapas sería su solución para aquel primer problema de ubicación: anotaba los nombres de los lugares o edificios que le parecieran más emblemáticos y así lograba ubicarse.

---

4 Esta particularidad distingue a Costa Rica de otros países, ya que las calles pese a tener un nombre, no se encuentran señaladas. Se considera que hay dos formas principales de ubicación en el país: por coordenadas geográficas como un plano cartesiano; sin embargo la más utilizada es por señas, o bien elementos característicos de las zonas (incluso se llega a hablar de “el antiguo edificio” cuando ya ha desaparecido pero sigue siendo el indicador de lugar) o se hace referencia rasgos de las calles o espacios como formas geográficas o elementos como estatuas (Ticopedia, s. f.).

Carolina estuvo dos semanas lidiando con el fuerte choque cultural que sentía: no sabía cómo desenvolverse en Costa Rica, pero, a su vez, descubría poco a poco el paisaje que se abría a sus sentidos.

De sus primeras experiencias recuerda estar en el campo y sentir aún un gran temor, estar constantemente alerta porque algo podría pasar, porque aún se encontraba en una etapa de adaptación en la que no lograba asimilar que estaba en una zona segura, sin la necesidad de avisar a su familia que estaba bien con regularidad.

En Costa Rica sintió que de pronto las noticias no contenían tanto dolor; en Colombia las informaciones sobre el asesinato de un actor social eran habituales, mientras en Costa Rica una noticia era el robo de una vaca<sup>5</sup> y que la trasladaran en taxi.

Fue tanto el peso que ya una vez que yo vine a Costa Rica y sentí que no había las noticias tan violentas ni tan cargadas de dolor, empecé a nivel psicológico a sentir como si un peso estuviera muy lejos de mí, pero a la vez tristeza de que mi familia no viviera esa posibilidad de paz mental.

De pronto se sintió golpeada por la realidad, por toda la presión que había sentido en Colombia, ¿cuánto tiempo había aguantado la tensión y el miedo de no saber si volvería a casa?

Pasaron algunos meses desde que llegó a Costa Rica y seguía con sus labores de pasantía. La idea inicial era que ella pudiera capacitarse para replicar el proyecto en Colombia; sin embargo, surgieron algunos problemas con la embajada de Estados Unidos en Costa Rica, al tiempo que la persona que coordinaba el proyecto se fue del país, por lo que ella no pudo recibir la capacitación necesaria para seguir en el trabajo.

---

5 Detienen a hombre con vaca robada en automóvil (La Nación, 2004).

Pues en ese sentido yo dije: bueno, la verdad es que a veces las cosas no salen, me duele, pero yo voy a seguir mi camino en lo que yo siento que estoy segura. Y es que el espacio de Costa Rica me brindaba esa paz que yo extrañamente no sabía que andaba buscando y que cuando la encontré me sentí plena. Pues empecé a concientizar que lo que yo quería era salir adelante en el espacio en el que me sintiera cómoda y eso pues tuvo el sacrificio de la carrera y de todo el tema, de empezar de cero y empezar a buscar mis propios recursos para sobrevivir.

Reunió valentía y tomó la decisión de quedarse en Costa Rica y empezar de la nada en un país al que recién se adaptaba.

La situación de convalidación de sus estudios era compleja. No podía esperar más tiempo, necesitaba de alguna forma cubrir sus gastos. Así fue como comenzó un trabajo como degustadora en una cadena de restaurantes. Nuevamente más obstáculos, en el trabajo le preguntaban sobre su situación migratoria y su documentación. Como ella solamente tenía su pasaporte, pero estaba muy interesada en el trabajo, le ofrecieron 15 000 colones por cada fin de semana.

Este trabajo implicaba estar cerca de once horas de pie, entregando muestras de degustación a las personas que se acercaban al lugar. Durante seis meses Carolina llegaba los lunes a reportar las ventas que había tenido y ellos le pagaban los 15 000 colones. En todo ese tiempo, había hecho una amistad que le permitía quedarse en su casa, entonces el poco dinero que recibía en ese momento estaba destinado a su alimentación.

A los seis meses, una de sus compañeras de trabajo, que estaba en un puesto más estable renunció, por lo que le ofrecieron ese cargo. Como ella aún no tenía los documentos necesarios para ser contratada de manera formal, el gerente financiero, arguyendo ese motivo, le ofreció un monto men-

sual menor al salario mínimo. Además, le prometió que después de tres meses revisarían su condición migratoria para ajustar el monto. Sin embargo, esta situación se alargó por casi un año, no tanto por la situación de los documentos, sino por la poca iniciativa de la empresa para hacer un cambio.

Cuando al fin se dio el ajuste, escaló con rapidez al área de producción de calidad y luego se convirtió en coordinadora de Mercadeo y Ventas. Con el tiempo, decidió retomar los estudios, pero ahora en el área de administración; todo con el objetivo de defenderse de alguna manera en el mercado laboral costarricense.

### **Migración, paz y prejuicio...**

En algunos momentos parece ser que venir de Colombia es traer encima un sello nacional cargado de estereotipos sobre lo que implica ser colombiana, y arrastrar con éstas connotaciones negativas al salir de su país. Además de lidiar con temas de discriminación laboral por ser migrante, por ejemplo, cuando le pagaban un salario inferior, o que desde su llegada al país tuvo que recibir un sinnúmero de comentarios en relación a su lugar de origen, en particular, sobre su género y el narcotráfico.

En varias ocasiones, trabajando en la constructora, le hacían chistes pesados. Una vez tuvo que pedir permiso para viajar a Colombia y un compañero le dijo entre risas “y ¿cuánta coca vas a traer?”. Esa aparente broma hizo que dentro de Carolina surgiera una gran molestia, por lo que no pudo más que responder que, si de verdad estuviera involucrada en ese negocio, no estaría en ese lugar aguantando un comentario como ese. Aunque la respuesta pudiese sonar a la

defensiva, para ella era una reacción a ante los estigmas que vivía dentro de su trabajo.

Mis vecinos, recuerdo que me decían “Ay, ¿pero es que usted no es de pandilla ni nada? porque nosotros hemos escuchado que mucho colombiano es ladrón.” ... En todas partes hay ladrones porque eso es del corazón no es de la nacionalidad, pero no... y creo que ahora lo viven muchos venezolanos, no solo aquí pero, en muchos países latinoamericanos, es como el estigma.

En este mismo lugar, recibió muchos comentarios de compañeros varones, la mayoría con referencias a tener que ocultar la nacionalidad de Carolina o incluso decir que ella era gay. La finalidad de aquellas/esas burlas/mofas era que sus esposas no se pusieran celosas, pues asociaban su nacionalidad con el estigma de “mujer fácil”, “mujer entrometida”, “beauty queen” o “prostituta”

Bueno entonces dígame a su esposa que yo soy gay, yo no estoy buscando como eso y segundo, la nacionalidad no tienen nada que ver con que una porque es colombiana va a ser amante suya... Nada que ver.

## **La burocracia no es amiga de la persona migrante**

Carolina había escuchado de compatriotas que les habían pagado a profesionales del derecho para que les ayudaran en la actualización de los documentos de migración y que habían sido estafadas: perdieron su dinero y aún seguían sin conseguir los papeles. Por esto, tomó una decisión que la llevaría a un proceso lento y desgastante: realizar los trámites por su cuenta.

Eso implicó ir paso por paso, desplazarse a las oficinas de migración para pedir la información, volver, buscar los pa-

peles, encontrar tales documentos y, poco a poco, después de idas y vueltas, conseguir la documentación. Carolina señala que, en ese momento, la embajada de Colombia en Costa Rica no tenía disposición para apoyar ese tipo de procesos, por lo que, en varias ocasiones, le respondieron que no podían hacer nada por ella y que debía resolverlo de otra manera; una manera que resultó ser un camino muy desgastante. Para esas gestiones, realmente no recibió ayuda de ninguna persona o institución, lo consiguió con su esfuerzo y anhelo por permanecer en Costa Rica.

### **Sin miedo a vivir**

Carolina encontró algo que no sabía que buscaba y eso ha aplicado para ella en cada momento de su proceso de migración: encontrar su paz, dejar ir el miedo y el nerviosismo, una maleta pesada que no sabía que cargaba.

La migración te permite conocer, no solamente la gente con la que estás rodeada, sino que también cómo abrirte, y Costa Rica es un país en el que hay muchos migrantes y muchas personas que te llenan también de muchos relatos e historias.

Empatía, escuchar y creer son palabras que habían vivido siempre dentro de Carolina y que, en todo el proceso de migrar la han caracterizado, la han hecho crecer y construirse como persona. Esas características la han ayudado a entender que migrar y abrirse a una nueva cultura, es también una oportunidad para conocerse a sí misma.

Migrar significó cambiar muchas cosas, aprender otras y experimentar la vida desde una nueva perspectiva, construyendo su paz, respirando en calma.

La migración es como un buen paisaje, en el sentido de que, para llegar allá siempre habrá que recorrer, caminar, tomar bus o lo que fuera, pero una vez ahí, si te permites disfrutar de lo que encuentras, creo que te llena de muchos tesoros que puedes tener el corazón por mucho tiempo y por muchos años, y mucha gente, también he encontrado en este caminar, mucha gente valiosa y la persona con la que estoy ahorita creo que es producto de la migración y esa oportunidad de caminar... Me siento feliz con ella y creo que es que no lo hubiera logrado si me hubiera quedado en Colombia con miedo.



Relato 6

**MIGRAR PARA  
ENCONTRARSE**

*POR PILAR*

## Sinopsis

*A los diecisiete años llegó a Turrialba en Costa Rica con su madre y hermanos. Desde que pisó el país, se cuestionó quién era realmente y pasó años encontrándose a sí misma, migrante, colombiana, mujer, Pilar. Durante el colegio, y por medio de la música, conoció a quién sería su esposo. Pilar estudió belleza para apoyar a su madre y también derecho, buscando perseguir sus sueños. Después de casarse, se mudaron a Limón por el trabajo de su esposo. Pilar define su proceso de migración como “volver a reencontrarme conmigo”. Ahora Pilar, con treinta y siete años y más de veinte de haber llegado a Costa Rica, vive en la provincia de Limón con sus tres hijos y esposo, donde ahora estudia Contaduría y Finanzas.*

El padre de Pilar era un joven de Calarcá en Quindío, según lo recuerda, un poco desordenado, pero buena gente y su madre, una “rola”<sup>1</sup>, mucho más estructurada, se conocieron en la ciudad de Cali. Desde ahí, se fueron a vivir a Bogotá muy jóvenes y, en los ochenta, nació Pilar. Tras un tiempo, por las diferencias de personalidades, su padre y su madre tomaron rumbos diferentes.

Al pasar algunos años, su madre conoció a otra pareja y tuvo a su hermana y hermano; sin embargo, este hombre se fue rápidamente ante la propuesta de su madre de una relación más formal. Vivían en el Barrio Siete de Agosto en Bogotá, siempre muy “rola”, apelativo que le encantaba. Sus recuerdos de infancia son entre las caminatas al Parque Nacional, ir al matiné a ver películas infantiles y viajar a Sibaté, donde vivía la familia de su madre, mientras ella le contaba sobre sus años de infancia. En aquella ruralidad, podían meterse al campo y

---

1 “Rola” o “rolo”: es un término que se usa coloquialmente para referirse a una persona de Bogotá.

pasar largas horas caminando en matorrales, oliendo boñiga de vaca y rodeada de muchos animales y naturaleza. Eran los planes de fin de semana que le llenaban el alma.

Durante la adolescencia y por diversos motivos, entre ellos que su madre tuvo que hacerse cargo de ella, su hermano y hermana, se mudaron a Bucaramanga. En este tiempo, por aproximadamente dos años, no fue al colegio. Este lo retomó hasta que volvieron a Bogotá, cuando se establecieron en Suba. Estudió en un colegio que se llamaba Eliseo Elfos, una institución semiprivada, donde estuvo hasta terminar el bachillerato.

Su madre era enfermera. En ese momento trabajaba siempre de noche, porque decía que era una manera de no descuidar a sus hijos ni dejarlos solos. Entonces, en el día realizaba las labores del hogar más el estudio y en la noche trabajaba. Pilar, en ese momento, era una adolescente que no comprendía muy bien la situación ni el esfuerzo de su madre.

Durante esa época, Pilar apenas tenía dieciséis años. Descubrió poco a poco su pasión por la música, no precisamente vallenato, sino rock e iba pensando en sus sueños para el futuro.

La situación en Colombia era compleja. “el presidente de ese momento, Andrés Pastrana, había prácticamente entregado el país a la guerrilla de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia)” y, aunque la violencia había mejorado mucho en el país desde la muerte de Pablo Escobar, para ella la seguridad seguía siendo un tema complicado, pues aún se encontraban células activas.

Pilar aún recuerda con horror cuando murió una mujer adulta a la que le habían colocado un “collar bomba” y, cuando dos oficiales intentaron desactivarlo, el dispositivo explotó, hiriendo de gravedad a las personas a su alrededor. Dos años

después, sucedió el secuestro de Ingrid Betancourt<sup>2</sup>, junto con su acompañante y asesora Clara Rojas. Por desgracia, el secuestro de personas era regular.

Aunado a lo anterior, la situación económica era difícil y su madre tuvo que llegar a trabajar hasta doce horas diarias, en turnos dobles, para poder sostener a la familia. Al ser madre soltera, se sostenían con lo básico, pero no vivieron necesidades.

En uno de los múltiples turnos como enfermera, su madre salió a comer en la panadería que estaba justo al frente del hospital. Esa noche se encontraba allí un hombre costarricense, que rápidamente se le acercó a pedir su número de teléfono. De ahí en más y, por la insistencia del hombre, iniciaron una relación que pronto resultó en una propuesta de matrimonio, una boda en Bogotá y un viaje a Costa Rica.

## **Migrar, cambiar y encontrarse**

Cuando migrar a Costa Rica era ya un hecho, Pilar recordó que un año antes estaba con su madre en el sofá, tomando chocolate y viendo televisión, y apareció un pequeño documental sobre este país. Tras verlo, ella dijo:

mami, Diosito lo debe querer a uno mucho pa llevarlo a un país de esos donde no hay guerra, no hay problemas y no hay nada de eso. Imagínese viviríamos felices, podríamos salir a la calle a cualquier hora, sin temor a que nos pase algo.

---

2 Ingrid Betancourt en febrero del 2002, mientras era candidata a presidenta por el partido Verde Oxígeno fue secuestrada junto con otras trece personas por la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). El secuestro duró seis años aproximadamente ([Infobae, 2022](#)).

Sin saberlo, un año más tarde, en septiembre del 2000, estaría llegando a ese mítico país.

Estar en el aeropuerto en Colombia, sin vuelta atrás, fue un gran golpe para Pilar, quien no podía creer que estaba abandonando su país. Entre lágrimas, pensaba en sus amigos y amigas, incluso en la idea de que nunca volvería a pisar ese suelo.

Era difícil aceptar que debía irse; sin embargo, al llegar a Costa Rica sintió como el olor a verde la inundaba, era una sensación bastante extraña, el olor a selva y el calorcito. Pensaba que venir con pantalones largos no fue la mejor idea y no podía dejar de asombrarse del contraste que era salir de un lugar de polución –como ahora sentía que era Bogotá– para llegar a un lugar de casitas pequeñas.

El cambio fue radical. Pasar de Bogotá, una ciudad imponente, llena de fiesta, color y música, a una Turrialba rural rodeada de naturaleza, muy tranquila y con personas amables, que se referían a Colombia más por sus novelas que por los temas por los que habían migrado; era sentir que eran abrazadas por una comunidad más que desplazadas por su nacionalidad.

Durante mucho tiempo, Pilar sentía que viajar a Costa Rica era como andar en cámara lenta, aquí todo era más len-



*Bogotá, Colombia [Fotografía], por Juan Nino, Pexels (Nino, 2011)*

to. Así era la gente también; vivían en un estado de relajación y ella venía de un lugar donde se hacían mil cosas a la vez y se vivía aceleradamente.

Llegar a Costa Rica te baja las revoluciones, entonces ya piensas de otra manera diferente, ya te adaptas de otra manera.

Pilar fue ubicada en décimo grado. Le esperaba un complejo proceso para adaptarse al sistema educativo del país, en el que los exámenes eran mucho más seguidos que en Colombia, y debía prepararse para bachillerato sin saber nada; se sentía desubicada. Al llegar a quinto año, las cosas mejoraron. Como el año anterior, seguían diciéndole que era el “bichito raro”, pero Pilar tenía en su mente otras cosas, por lo que esto realmente nunca le interesó. Por suerte, en ese proceso se topó con Diego, otro colombiano que le apoyaba en adaptarse y entender la cultura receptora.

## **La colombiana rockera**

Pilar, desde joven comenzó a sentir una gran pasión por la música rock, además que no se le dan muy bien los ritmos latinos o populares de Colombia. Una de sus bandas favoritas era Kraken, una banda colombiana de hard y heavy metal. En los años de auge de la banda, durante su adolescencia, recuerda estar en las calles de Bogotá, en la 19, comprando casetes de su música. En esta misma calle, cuando hacían ferias y personas ecuatorianas vendían ropa tradicional, compraba también aretes de arcilla, bolsos wayuu, bufandas y las infaltables alpargatas. Algunas de estas cosas la acompañaron en su viaje a Costa Rica, como parte de su identidad y de lo que la caracterizaba.

Me traje como unos veinticinco casetes, o sea, yo no traje ropa, yo no traje nada, con la ropa puesta y dos mudas. Pero

yo decía: “yo me vengo con la maleta llena de música”. Eso era más importante para mí, verdad.

Cuando llegó al país, Kraken era uno de los grupos infaltables en las reuniones con sus amigos y amigas. Recuerda incluso cómo un amigo, sintiendo pena por el pobre casete de Pilar que ya no sonaba, y aprovechando el auge de las páginas de internet con descarga de música y quemado de discos, le hizo un disco de música con sus veinte canciones favoritas. Estas canciones, que ella escuchaba hasta el cansancio, luego dieron pie a seguir distribuyendo la música entre sus personas conocidas. Por eso, sentía que Kraken era parte de su marca registrada. Pilar ponía su música en cada fiesta o reunión del colegio en la que participaba; siempre eran “Pilar y su Kraken”.

En cuarto año, sus compañeros y compañeras la invitaron a una reunión donde le presentaron al que, en un tiempo, sería su novio. Era un chico que ya había salido del colegio y lo que los unió fue la música, su amor por el rock. Pasaron unos meses y comenzaron a andar y, aunque a su madre no le sonaba la idea, Pilar estaba muy feliz con su novio.

## **Un nuevo camino**

Al salir del colegio, buscó opciones para seguir estudiando, por lo que sacó un título de inglés conversacional en el INA, mientras encontraba alternativas para cubrir económicamente su proceso de sacar la documentación en migración. Para ese momento, su madre no había logrado convalidar su título de enfermería, por lo que también estaba en busca de otras opciones de estudio. Así fue como Pilar, al terminar el colegio, estudió belleza por sugerencia de su

madre, con la intención de montar un local juntas, pese a que esto no era precisamente lo que quería estudiar.

Poco a poco fueron haciendo su clientela, era un pueblo pequeño, así que la competencia era mucha; pero siempre contaron con la fidelidad de las personas. Se mantuvieron cerca de seis años, hasta que Pilar decidió estudiar derecho en una universidad de Turrialba.

Tiempo después, a sus veinticinco años, decidió formalizar su relación con el novio. A su madre no le pareció la idea, se negaba con vehemencia, pero había poco que pudiera hacer. Finalmente, decidieron tener un matrimonio civil.

Su ahora esposo había estado trabajando en Limón por un tiempo, él había estudiado publicidad y se encontraba en la parte administrativa de una organización, por lo que resultaba más fácil que Pilar se mudara a Limón y, como seguía estudiando, viajaba a Turrialba para asistir a sus cursos.

Un par de meses más tarde y aún en proceso de adaptación al nuevo lugar, Pilar quedó embarazada por primera vez. Esto volvió el camino del estudio un poco más pesado, pero por un tiempo siguió con sus estudios y cuidando a su bebé. Hasta que, cerca de terminar el bachillerato, se dio cuenta de que esperaba a un nuevo bebé. Pese a todo, no abandonó la universidad, con el apoyo de su suegro y de su madre para cuidar a sus hijos, siguió asistiendo a clases. Con la llegada de una tercera bebé, las cosas eran insostenibles y en esa oportunidad sí decidió dejar la universidad.

Cuando sus hijos e hija eran un poco más grandes, decidió iniciar un técnico en Contaduría y Finanzas, para continuar su sueño de estudiar. Pilar es consciente de que a las mujeres les toca atravesar por situaciones complejas simplemente por ser mujeres.

Todas partimos nuestra lucha de diferente manera, o sea, todas de diferente forma. Una de mamá con lo suyo, otras chicas todo profesional con lo suyo, todas libramos batallas diferentes.

## **Migrar es dejar una parte de sí, para encontrar otras**

Pilar, a sus diecisiete años, no habría pensado nunca en migrar. Los proyectos de vida muchas veces parecen estar planificados solo dentro del país, a pesar de las situaciones, no precisamente se piensa en salir. Una vez que toca irse y llegar a otro lugar, aunque la cultura sea similar, hay que luchar, sentir que las puertas a veces se cierran por ser de otro lugar, pagar por los documentos de regularización y seguir nuevas reglas.

Pilar reconoce que ser migrante le coloca en una situación de vulnerabilidad, en donde personas empleadoras pueden aprovecharse de la situación y pagar salarios más bajos. Además, en esa situación depende de instituciones gubernamentales quienes deciden si ella puede acceder o no a garantías sociales, como la salud.

Junto con sus muchos casetes de rock, Pilar traía en la maleta muchas expectativas, cargada de miedos, de ansiedad sobre lo nuevo, preguntándose constantemente si se adaptaría. Temía, además, las percepciones negativas hacia las personas colombianas, que, aunque ella se sintiera orgullosa de su país, siempre cargan con un estigma.

Pilar piensa que ser colombiana es ser luchadora, “berraca”. Considera que en Colombia la gente no les teme a las adversidades y le dan pie a la lucha, no se ablanda, ni se queda varada en nada, le pone el positivismo a todo. Todo

esto venía con ella en la maleta, lo recuerda con cariño y le da fuerzas para continuar.

Para Pilar, la migración está relacionada con la esperanza, quiere decir un nuevo comienzo, como si le dieran la oportunidad de renacer y construir un nuevo yo. La palabra migrante conlleva pasar por un cambio fuerte, reencontrarse en otro espacio y cuestionar constantemente su identidad.

Volver a reencontrarme conmigo porque muchas veces sientes que perdiste tu identidad, al salir de Colombia piensas... “Uy, ya no soy colombiana... No soy ni de aquí ni de allá, o sea, ¿de dónde soy?”. Entonces te replanteas eso.

Sin embargo, pronto se dio cuenta, al analizar esto, que no es de ninguna parte; ella es del mundo, es del momento, del aquí y el ahora. Cuán necesario le parece dejar de limitarse por sentirse de una nacionalidad y sentir orgullo de la tierra en la que nació, y al mismo tiempo, reconocer la afinidad con el resto del mundo.

De esto también aprendió a ser un camaleón, a adaptarse a las circunstancias, que, al salir de Colombia, deja algunas costumbres de esa frontera imaginaria y se camufla para adaptar nuevas.

Pilar siente que sus vidas, la suya y la de su familia, han mejorado en Costa Rica. Principalmente, por las oportunidades que quizá no hubiesen tenido en Colombia. Les brindó seguridad, estabilidad económica y la posibilidad de acceder al estudio, tanto para sí misma como para el resto de su familia, y ahora, para sus hijos e hija. Además, y por sobre todo, un equilibrio emocional y psicológico.

Encontrar a una persona especial, como lo es su esposo, es también algo que siente que le ha regalado este país. Encontrar un apoyo en muchas circunstancias y alguien con quien compartir un proyecto de vida.

La Pilar que llegó hace veintiún años no es la misma mujer de ahora, siendo orgullosamente colombiana, pero “tica” de corazón. Pilar vive con su esposo, sus dos hijos y su hija en la provincia de Limón. Su esposo, por razones laborales, pasa largas jornadas fuera de casa, por lo que Pilar es jefa del hogar y, actualmente, sigue estudiando la carrera de Contaduría y Finanzas.

The background is a solid, bright yellow. On the left side, there are several dark yellow, curved, geometric shapes that resemble stylized lines or partial circles. One large, thin, dark yellow circle is positioned in the upper right quadrant. Another large, thin, dark yellow circle is partially visible on the left edge, overlapping the other shapes. The overall composition is minimalist and modern.

Relato 7

**MIGRAR PARA  
RETORNAR AL  
HOGAR**

*POR SARAH*

## Sinopsis

*Una niña que pasó su infancia metida en el monte, a donde iba constantemente con su familia, comiendo guayabas de los árboles, entre risas y juegos con los vecinos y vecinas. Años más tarde, empezó a estudiar sociología, mientras que su padre temía por la seguridad de sus hijos e hijas, especialmente de sus hijos, quienes tenían que prestar el servicio militar obligatorio. Por esto, la familia tomó la decisión de migrar a un lugar más seguro, eligiendo Costa Rica como destino. Sarah no quería abandonar su vida y su carrera aun sabiendo los riesgos de quedarse. Finalmente, encontró un lugar donde su familia pudo desarrollarse y vivir en paz a pesar de las dificultades. Sarah, ahora con cuarenta y cinco años y más de quince años de vivir en Costa Rica, trabaja para el Estado y vive con su hija y esposo.*

En el departamento del Valle del Cauca está la ciudad de Cali, que durante los años setenta ya había sido absorbida por el ruido de la urbe metropolitana. La vida parecía muy divertida, porque aún quedaban algunas casas con patios enormes que les daban a los niños y niñas la oportunidad de correr por el monte tomando guayabas de los árboles de las personas vecinas.

Sarah nació en la ciudad de Cali, entre juegos con sus hermanos y hermanas en la montaña que aún no había sido totalmente urbanizada. Eran una familia grande de diez hijos e hijas, que armaban trineos para tirarse en las laderas y elevar las cometas en octubre. Recuerda cómo en el patio de la abuela había matas de plátano, yuca, árboles frutales, como guayaba, naranja y aguacate. De vez en cuando, estaba permitido robar una que otra fruta del patio vecino para el antojo.

Pasó la escuela y el colegio, hasta que llegó la universidad. Ella deseaba estudiar comunicación social porque as-

piraba ser una voz de denuncia y poner en diálogo todo lo que estaba pasando. Consideraba que los medios habían sido monopolizados, así que hizo toda su preparación colegial teniendo esto en mente. Sin embargo, el proceso de admisión era muy duro y, la nota acceso para entrar a la carrera de Comunicación era una de las más altas. Sara no logró el puntaje. Pese a eso, no iba a quedarse sin estudiar. Buscó carreras a las que pudiera entrar con la calificación obtenida y encontró sociología, principalmente con la idea de luego cambiar a la primera carrera que quería.

Al tiempo, se dio cuenta de que lo que realmente quería hacer era comprender muchas de las situaciones que se desarrollaban en el ámbito social y político del país, por lo que sociología, pese a no ser la primera elección, había sido perfecta.

Cuando Sarah estaba en el colegio, ocurrieron una serie de eventos a nivel político que significarían un cambio para el país. Luis Carlos Galán<sup>1</sup> fue asesinado, y meses más tarde, Bernardo Jaramillo<sup>2</sup>. Además, hubo una especie de desarticulación de la política colombiana; hecho que no había pasado desapercibido en la vida de Sarah, quien en ese momento

---

1 Luis Carlos Galán fue abogado, periodista y participó en la política colombiana como candidato a la presidencia por Nuevo Liberalismo, y Partido Liberal Colombiano, además procurando el fortalecimiento de la justicia y la vinculación de la política con la globalización. Asesinado el 18 de agosto de 1989 (Gaitán Mahecha, 2009).

2 Bernardo Jaramillo político colombiano candidato a presidente por el partido Unión Patriótica siguiendo ideales del socialismo democrático, asesinado el 22 de marzo de 1990 (Lozano, 1990).

consideraba que el periodismo crítico era la herramienta que se necesitaba en Colombia.

Una de las personas claves que inspiraron a Sarah a estudiar Comunicación fue Carlos Pizarro Leongómez<sup>3</sup>, quien sería candidato a presidente y había instaurado un ideal de paz. Ella misma sentía que todo aquel horror que había vivido podría acabar con él, hasta que fue asesinado antes de iniciar la campaña política como candidato presidencial. Recuerda también a Félix de Bedout<sup>4</sup>, quien realizaba periodismo investigativo y destapó parte de la realidad colombiana en su momento.



*Madre, hermanos y hermanas de Sarah, desde la parte alta de la ciudad, loma cercana a su casa en Cali, Portada del Mar, lugar donde solían despejarse en familia del ruido de la ciudad. Fotografía enviada por Sarah.*

Entonces dije: es que yo quiero periodismo, esta es mi oportunidad de hacer una denuncia de lo que está pasando en este país. Y claro entonces no entro a periodismo, estoy muy decepcionada, me meto a sociología y en mi primer

---

3 Carlos Pizarro Leongómez fue el último comandante de la guerrilla M-19 y posiciona grandes ideales de paz y democracia que fueron la basa fundamental para consolidarse como candidato presidencial, sin embargo a poco más de una mes del inicio de la campaña, el 26 de abril de 1990 fue asesinado en un avión en pleno vuelo (Martínez, 2014).

4 Félix de Bedout es un periodista colombiano que trabajó en el Noticiero Nacional durante la época de los asesinatos de Luis Carlos Galán y Bernardo Jaramillo, así como en la guerra entre paramilitares, la guerrilla y el ejército durante los 90s, caracterizado en sus noticias por las polémicas y la violencia de la época (Samper, 2019).

año de carrera en sociología de los problemas colombianos, me enamoré.

La universidad fue una época de participación en manifestaciones, de pronunciarse ante las injusticias. Recuerda entre risas y nostalgias como en una ocasión había una manifestación en la que las personas estudiantes estaban siendo reprimidas con gases lacrimógenos. En esa ocasión, ella se encontraba en un edificio cercano recibiendo clases, cuando el viento trajo consigo parte de estos gases, paró la clase para decirle al profesor que se iría a ayudar, tomó sus libros y se fue.

### **Migrar para conservar a la familia segura**

El padre de Sarah estaba preocupado desde hacía tiempo por sus hijos menores, quienes entraban en una etapa en la que podrían ser llamados a prestar servicio militar. En esa época, él meditaba si estaba realmente dispuesto a dejar que eso ocurriera e, incluso, llevaba tiempo considerando movilizarse fuera de la ciudad y del país. Además, durante los noventa, debido al narcotráfico y la guerra, había recrudecido la sociedad colombiana, con lo que había crecido la inseguridad y el miedo, más que nunca. El papá consideró que lo mejor sería sacar a su familia de ese contexto.

Sin embargo, cuando uno de los hermanos menores de Sarah termina el colegio, al hacer el examen de finalización del colegio (ICFES), salió seleccionado para prestar el servicio militar en Medellín. Durante un año, la familia vivió el miedo de que resultara herido o muerto, por ello cada fin de semana viajaban a dicho lugar para verlo. Cuando salió, su padre se dijo a sí mismo y a la familia que este sería el primer y último hijo suyo que tendría que pasar por esto y tomó la decisión de salir del país.

Sarah estaba en su último año de universidad, por lo cual irse y dejar su carrera y su vida no parecían una opción. Recuerda claramente que sus padres se sentaron una noche a pedirles que, como familia, tomaran la decisión de salir del país, pese a todo lo que implicaba, para huir de la violencia.

En julio de 1999 decidieron migrar. Sarah había tenido que buscar en el mapamundi dónde estaba Costa Rica. Para el momento en el que iban a migrar, su hermana y el esposo de esta, un estadounidense, vivían allí. Él, como Gerente para Latinoamérica de una gran empresa, había sido quien le recomendará a su padre el país, con la frase mágica “aquí no hay ejército”. Esa frase fue suficiente para que lo eligieran como punto de llegada, además con la posibilidad de solicitar asilo político.

Entonces hicimos lo que hace toda familia migrante, sale a cuenta gotas. Primero salimos mi hermano, que acababa de salir del ejército, y yo. Luego llegaron mis otros hermanos y finalmente llegó mi papá. Fue una migración en tres tandas, porque somos una familia enorme.

Tuvo que ser así, porque, pese a ser una familia joven, eran diez hermanos y hermanas. En ese momento, algunos estaban ya en Estados Unidos, por lo que al momento de migrar no quedó nadie en Colombia. Incluso, se volvió una broma familiar contar cómo “pagaron” un avión completo para migrar.

## **La primera impresión no siempre es la definitiva**

Sarah viajó primero con su hermano, quien recién había salido del entrenamiento militar. Cuando se bajaron del avión, tomaron un taxi al que le indicaron que se dirigían a un hostel en San Pedro de Montes de Oca, uno que les había

conseguido su hermana. Sin embargo, este señor les llevó a todos los lugares menos al que le habían indicado, argumentando que no sabía dónde estaba el lugar que le dijeron. De esta manera, luego de un largo viaje y una tarifa exorbitante, terminaron con maleta en mano en el centro de San José.

Desde ese primer momento, sintió que las personas “ticas” no eran buenas y que el país no la iba a recibir con brazos abiertos. Por suerte, a su hermano se le ocurrió la idea de llamar al hostel, que ofreció recogerlos en el lugar en el que estaban, cerca del Teatro Nacional.

Su hermano, desde que llegó, tenía la intención de acercarse a la Universidad de Costa Rica. Él había hecho algunas investigaciones antes de viajar, tenía contactos gracias a profesores de la universidad en Colombia. También, su hermano sabía cómo buscar un lugar para alquilar antes de que llegara la familia. Algún tiempo después de su llegada, Sarah se dio cuenta de que estaba embarazada de una niña, que nació en el 2000.

## **El anhelo de volver**

Sarah, incluso antes de migrar, tenía algo muy claro, iba a regresar a Colombia, por lo que en el año 2001 volvió a su país con el objetivo de terminar sus estudios. Viajó con su hija a terminar la tesis que estaba realizando sobre desplazamiento forzado en Colombia, tomando en cuenta las prácticas que se daban por las tensiones de las poblaciones que se desplazaban entre ciudades y el proceso de recepción de esta población.

Para ese periodo apenas el gobierno había reconocido el desplazamiento como un problema y había creado una ley para atender a la población desplazada que fue una ley más;

en términos generales no generó muchas acciones, y a los desplazados les tocó aprender a vivir en medio de la marginalidad en las ciudades.

El objetivo de la investigación era entender cómo las personas campesinas que habían sido obligadas a salir de sus lugares de origen llegaban a la ciudad y trataban de insertarse. Teniendo en cuenta las habilidades de esas personas y conocer sus experiencias, Sara quería visibilizar que no contaban con un apoyo real del Estado, y que la suya era una realidad de salidas forzadas y de búsqueda de la subsistencia en la ciudad.

Cuando Sarah supo que su familia debía migrar a Costa Rica, siguió trabajando en su tesis, mientras su director le mandaba literatura y ella iba revisando y construyendo. Gracias a ese primer avance, cuando volvió pudo finalizar la problematización de su investigación. Volver a Colombia significó reconocer que sus redes de apoyo ya no eran las mismas. Quienes estaban con ella en la Universidad ya se habían graduado y estaban trabajando; la ciudad había cambiado mucho, el espacio que creía conocer y en el que tantos recuerdos conservaba, no estaba.

Cuando volví lo que encontré fue una ciudad deprimida, llena de grafitis, como quedada en el tiempo, se notaba como toda esta historia de asimetrías sociales, ya se veía reflejada en las vidas de la gente... Vi que los residenciales se habían convertido en comercios, y pensaba: emprendedurismo no, pobreza.

Cuando las personas se van siguen pensando en su lugar de origen, congelado en el momento y lugar que lo dejaron, para Sarah el retorno implicó la contradicción entre la “sociedad utópica” que ella extrañaba y una ciudad en donde las redes de amigos y la vida eran otras.

Sin embargo, se acomodó en esa nueva ciudad con su hija y nuevos retos. Sus padres le dijeron que sí al viajar, pero no esperaban que estuviera cerca de cuatro años en Colombia antes de instalarse definitivamente en Costa Rica.

## **El “tico” está muy de puertas para dentro**

Después de su primera experiencia en Costa Rica, tenía la perspectiva de que la gente no era solidaria. Ese primer encuentro con el taxista que los llenó de miedo, le hizo pensar en la indiferencia de quien no tiene intenciones de ayudar, y marcó su vida como migrante. Por mucho tiempo se sintió expulsada de esa sociedad. Sentía que en Cali la solidaridad era parte de la cultura y de la gente.

Al regresar a Costa Rica, le tomó mucho tiempo poder confiar en las personas, le parecían de poco fiar e incluso eso influyó en que las primeras redes de apoyo que tuviesen en el país fueran también personas extranjeras. No fue hasta seis meses más tarde, al buscar trabajo, que comenzó a relacionarse más estrechamente con costarricenses.

Desde que llegó, tenía la certeza de que no estaría en Costa Rica por mucho tiempo, ya fuese que volviera a Colombia o migrara a otro país, pero estaba segura de esto. Pese a todo, al instalarse nuevamente en Costa Rica, sintió la oportunidad de percibir también lo bueno del país y las ventajas que tenía en relación con Colombia.

Traía habilidades consigo que hicieron que el proceso de adaptación y de construir un nuevo proyecto de vida fuera más llevadero. Ella destaca como una habilidad la “parla”, esa capacidad que tienen las personas colombianas, que son buenas para contar, para crear historias y convencer a la gente.

Con el tiempo ella aprendió que las culturas pueden enriquecerse y que no solo se puede fiar de la malicia que se trae desde el país de origen. Esto implica desestructurar una violencia que ha estado presente, interiorizada y que se proyectaba en su forma de vivir la migración. Así, empezó a cuestionar esa sensación reaccionaria e incluso de rechazo a otros ambientes y sociedades. Fue difícil dejar esa posición de poder en la que se sentía, pese a que esto evitaba que tuviese miedo a enfrentar obstáculos en esta sociedad, para ganar empatía y apertura a conocer y a vivir con otras culturas.

De esta forma tocó puertas en una ONG de estudios de América Latina, una organización que trabaja en el fomento de prácticas democráticas, así como la formulación de investigaciones y servicio de asesorías para los países latinoamericanos. Allí solicitó una pasantía, comentando sobre su experiencia académica en Colombia, y de esta forma obtuvo una oportunidad de trabajar por cuatro meses. En el quinto mes, valorando su buen desempeño, le dieron un trabajo formal.

## **Dolor, ruptura y pequeños triunfos**

Cuando uno migra uno no solamente está dejando su tierra, como que está dejando su vida, y empieza a construir una nueva. Y dejar la vida implica dejar también todo lo que marcó tu esencia social y cultural.

Para Sarah, migrar no era parte de sus planes de vida. Ahora, piensa en su relato de migración como una historia, que parece aquellas contadas por su padre y su madre en las noches o en las tardes de café, cuando les llegaba la nostalgia y recordaban su infancia. Pese a que a veces no entendía esta nostalgia o por qué lloraban, ahora siente que lo vive en carne propia y lo entiende plenamente.

Yo creo que uno deja guardado en algún rincón del corazón el dolor que significa lo que dejó ¿cierto?.

De pronto se normalizó la migración, pero Sarah no siente que sea así. Es una constante rememoración de la ruptura con lo que se ha vivido antes, el tener que adaptarse a una nueva sociedad es complejo y difícil de superar. Principalmente, porque las personas que migran no lo hacen por querer, sino porque se ven en la obligación de hacerlo.

Sarah dice que quisiera, de cierta forma, tener las posibilidades de volver a los suyos. Cuando vuelve a Cali, puede hablar como caleña y, por eso, durante un largo tiempo hablaba de su migración desde la rabia, de no poder permanecer en donde pertenece.

A pesar del dolor de no poder volver, vivir en Costa Rica ha mejorado la vida de Sarah y la de su familia. Siempre piensa cómo estando en Colombia pensaba que estaba viviendo bien, pero al cambiar de entorno se dio cuenta de la violencia y la incertidumbre que vivía en su país.

Esa famosa relación de amor y odio con una persona que te hace daño pero que no se es capaz de dejar. En nuestro caso no fue que no fuimos capaces de dejar a esa persona que nos hacía daño, nos expulsó. Nos arrinconó tanto que nos expulsó. Y nos tocó empezar de nuevo.

Empezar de nuevo era darse cuenta de la realidad, de que las condiciones del país no eran favorables, el acceso a garantías empezaba a ser inalcanzable y estudiar costaba millones. Por eso, al llegar a Costa Rica, sintieron que obtener garantías como salud y educación era un gran logro. Asimismo, con los años se daba la posibilidad de construir redes en las que el entorno se iba sintiendo cada vez más seguro y estable.

El tiempo te permite conocer y comprender el entorno en el que estás, y darte cuenta de que todas estas visiones que

tenías de tu sociedad realmente eran tan erradas, que ha habido también todo un proceso de recalibración de la realidad, que se ha afincado en vos desde que naces, el tema de la construcción social de tu realidad se derrumba cuando entras a otra.

Darse cuenta de que hay una naturalización de la violencia, que no solo la volvió parte de su vida, sino de sus formas de ser y actuar. Además, al darse cuenta de que había otras realidades, pasó por un proceso de aculturación, que fue emocionalmente intenso. Entender que hay que quedarse con lo bueno de una cultura y soltar las experiencias poco gratas o negativas.

Al reconocer las garantías que tiene viviendo en Costa Rica, Sarah hace una reflexión sobre los procesos políticos de cada país y considera que los temas sociales deberían tratarse con más seriedad, porque “esta no es una lucha por conservadores y liberales o socialcristianos y liberales. Esta es una lucha por el bienestar común”, y en la necesidad de romper con paradigmas o estructuras sociales cerradas.

## **Ser “ilegal<sup>5</sup>”, sin derecho a quejarse**

Los trámites burocráticos en Costa Rica, siendo una persona migrante, parecen no acabar. La familia de Sarah pidió primero residencia como inversionistas, el trámite fue complejo y la respuesta fue negativa, principalmente por falta de asesoramiento de la política del país. Luego, intentaron por la vía del asilo político; sin embargo, este proceso fue

---

5 Se utiliza el término “ilegal” dado que la protagonista emplea este para definir su situación migratoria en el país. Se aclara que el concepto sugerido por instituciones como la OIM es condición migratoria irregular.

agotador y tardó varios años, incluso sus padres estuvieron viviendo algunos años en Estados Unidos para obtener primero una visa y residencia allá antes que en este país. Su padre, por desgracia, murió en Costa Rica a causa de un cáncer de colon siendo “ilegal”, ya que los trámites nunca llegaron a una respuesta positiva.

Sarah siente que cada vez es más difícil gestionar la legalidad en los países, el derecho a permanecer y las fronteras parecen estar cada vez más cerradas. El país de llegada pone cada vez más requisitos que hacen que muchas personas migrantes vivan de manera dolorosa su permanencia en la nueva tierra, sintiendo que cada vez que un trámite está listo, se le agrega un papel más, pese a que la virtualidad permite registrar documentos digitalizados. Además, se necesita dinero y condiciones para poder acceder a esto. Por eso, a muchas personas les toca vivir en condición migratoria irregular, escondidas y con miedo.

Vivir en un constante miedo a que les devuelvan de forma repentina a sus países, a sentir que están en una tierra en la que no tienen derechos, sin poder sentir que tienen un lugar al cual pertenecer. Lugares en los que, por estar como “ilegales”, sufren abusos físicos y laborales, sin lograr estabilizar su situación, recibiendo salarios injustos y siendo explotados en muchos casos.

Por muchos años su familia tuvo que vivir de manera “ilegal”. Aún tres de sus hermanos, luego de veinte años, no han logrado regularizar su situación en el país. Lo más duro para Sarah ha sido sentir que, por ser migrante, hay una sensación de pérdida de las dinámicas sociales en el pasado, en el lugar que ha dejado, que son difíciles de reconstruir, porque hay un quiebre con los canales de comunicación que se dejaron y que impide vivir con plenitud las experiencias en el país de llegada y en el país de origen.

Saber que su padre y su madre salieron de Colombia renunciando a la posibilidad de volver a ver a sus familias, de perder también a sus padres y madres sin despedirse y sin dar un último adiós, ha sido lo más difícil; sentir que hay algo que quedó en el pasado y que no se puede volver a tener.

Siempre queda como la nostalgia de lo que dejaste y cuando tú regresas te das cuenta que no eres ni de un lugar, ni de otro. Yo no sentía que era “tica”, pero tampoco sentía que era colombiana. Me sentía como una apátrida, una persona sin tierra, sin lugar, donde poder desarrollar mi identidad.

Veinte años después, Sarah es residente en el país, sin realizar el proceso de nacionalización porque en el fondo siente un gran anhelo de regresar de nuevo a su patria, pese a haber construido una nueva vida. Siente que el vínculo con esta tierra costarricense se hace más fuerte por el hecho de que su padre está enterrado en este suelo y el de estar casada con un “tico”, pero para sí misma, siempre será extranjera.

Recuerda cuando entraba en alguna manifestación y se enfrentaba a la policía con autoridad, porque se sentía como parte de algo, con el derecho de pelear, de hacer reclamos, porque hay un suelo que le acuerpa, aunque haya sido solo una construcción ideológica. Ese ha sido principalmente el reto, sentirse parte de algo más, de construir en otra tierra sus vínculos.

Al pasar de los años, y con la muerte de su padre, como sin querer y de forma natural, el liderazgo de la familia está en Sarah. Recibir ese legado de ser a quien las personas acuden por consejo a ser un lugar seguro para la familia, siendo mujer es algo que la llena de orgullo. Actualmente, Sarah trabaja en una organización del Estado y vive en San José con su hija y esposo, además se encuentra realizando su tesis de maestría en el ámbito social.



Relato 8  
**MÁS ALLÁ DEL  
AMOR ROMÁNTICO,  
AMOR PARA  
SOBREVIVIR**  
*POR LILIANA*

## Sinopsis

*Liliana se enfrentó desde niña a un mundo hostil en el que tuvo que huir de la violencia y la indiferencia del ambiente. Mientras se encontraba en Colombia, tuvo dos hijas y un hijo, por quienes siempre ha luchado. Su historia de migración comenzó al conocer un “tico”<sup>1</sup> del que se enamoró y terminaron casándose. Sin embargo, Liliana atravesó una historia de amor cruel y fue víctima de violencia doméstica. “No me voy a dejar vencer” es su lema de vida. Liliana es una guerrera dispuesta a resistirlo todo, por eso ha trabajado en enfermería, haciendo chileras, en belleza y hasta pintando casas. Ese espíritu de amor por la vida y por sus hijas e hijos ha hecho que se reinvente y crezca constantemente. Liliana, ahora con cincuenta años, sigue viviendo en Turrialba con algunos de sus hijos menores. Está orgullosa de seguir creciendo, contando cuentos y viendo desarrollarse profesionalmente a sus hijos e hijas.*

Liliana nació en Bogotá, de una pareja boyacense. Siendo muy pequeña, su madre y su padre se separan y este exige que se “repartan” hijos e hijas. En esta repartición, ella es entregada al padre. Su infancia se acabó pronto, el tiempo que pasó con su padre fue poco porque este no tenía las condiciones para educarla y cuidarla, ni moral ni psicológicamente. Fue enviada a un internado de monjas en el campo a cargo del Instituto de Bienestar Familiar y, pese a que estuvo separada de su familia, agradece haber estado en ese internado.

Cursando quinto de primaria, salió del internado en busca de su padre, pues era la única persona que tenía. Él tomaba mucho alcohol y tenía una serie de comportamientos irresponsables; sin embargo, Liliana se quedó con él hasta el

---

1 “Tico” o “tica”: forma coloquial de referirse a las personas de Costa Rica.

bachillerato, estudiando en un colegio llamado La Merced, en el que conoció el voleibol e incluso tuvo la oportunidad de participar en múltiples campeonatos y ganar varios premios.

A los quince años, decidió fugarse porque la situación con su padre se tornó insostenible. Sentía un gran terror al vivir bajo el mismo techo. Su padre la empezó a mirar con otros ojos y la mejor opción era irse. Empezó a rodar por el mundo; un mundo en el que siendo niña tenía que ser una adulta, sin conocer bien la ciudad y pensando que tal vez encontraría personas buenas para ayudarla.

En esta época se enamoró, pensó en construir una familia, pero los planes no siempre resultan como se quieren. Con esa pareja tuvo dos hijos, el primero tuvo que entregarlo a su madre porque ella con solo dieciséis años no sabía cómo cuidarlo y venía otra bebé en camino. Volvió a retomar los estudios para terminar el bachillerato y se presentó con expectativa a la Universidad Nacional. Pese a prepararse durante dos años para entrar a la carrera de medicina, no logró entrar.

Tomó la decisión de presentarse a la Universidad del Rosario con la idea de solicitar una beca. Fue recibida en la carrera de enfermería con una beca de patrocinio. Para ese momento, ya tenía dos hijas y un hijo. No vivía con ninguna de sus parejas, pues no quisieron formar parte de la vida de sus hijas e hijo. Como tenía que trabajar y estudiar al mismo tiempo, sus jornadas no eran fáciles: debía trabajar de día y estudiar de noche. En ese momento, la universidad no brindaba cursos de noche, por lo que acomodar horarios era un caos.

Debido a la beca, sus calificaciones debían ser altas. Le faltó un año y medio para poder graduarse; pero la exigencia fue tanta, en todos los aspectos, que tuvo que decidir entre sus hijas e hijo, su hogar y el estudio, así que ahí paró su carrera.

En 1999, conoció por casualidad a un señor costarricense, que trabajaba como cónsul de Costa Rica en Bogotá. Liliana tenía treinta y seis años y encontró nuevamente la ilusión tras vivir por tantos años sin pareja y dedicada a sus criaturas. Vio en él una persona amable y pensó en la posibilidad de cambiar su vida.

## **Vivir en la incertidumbre de una tierra que llora**

Liliana tuvo que vivir la guerra del narcotráfico. Cuando Pablo Escobar les declaró la guerra a los colombianos, era un momento de tensión en el que en cualquier momento y lugar podían ser víctimas de una bomba.

Recuerda una ocasión en la que iba al supermercado y se topó un grupo de niños jugando, corriendo alegremente en las calles. Diez minutos después, escuchó una bomba cuando aún se encontraba cerca del lugar. Con algunas cortadas por las esquirlas, tuvo que pasar por encima de los cuerpos de aquellos niños que solo momentos antes corrían felizmente. Liliana no podía creer lo injusta que era la guerra en la que se encontraban, era espantoso vivir con aquel miedo y el dolor de ver tantas muertes. Había asesinatos en las calles y bombas en aviones para matar a un candidato presidencial, era un ambiente inseguro en el que las personas vivían con miedo de que algo podría pasar en cualquier momento. Siempre con precaución, sin confiar en nadie, sin hablar con nadie.

Además, vivir en Colombia como madre soltera era muy difícil. Tenía dos trabajos para sobrevivir económicamente con tres personitas a su cuidado y salía sin saber si volvería, por lo que la incertidumbre era dolorosa también.

## De la ruidosa Bogotá a la apacible Turrialba

Liliana había tenido un acercamiento con Costa Rica, aunque fuese nada más una coincidencia. Durante su juventud, en visitas a su madre y hermano en Santander, conoció a un joven, Jorge Luis Pinto, quien años más tarde sería contratado en Costa Rica como técnico de la selección nacional de fútbol. Liliana no sabía nada del país más que lo que le enseñaron de geografía en la escuela, como la capital y la bandera.

Al saber la noticia de que su viejo conocido había sido contratado y mientras hablaba del país, un lugar sin ejército, que vivía en paz, le dijo a su hija “Dios tiene que querer mucho a las personas y permitirles vivir en ese paraíso”. Sin saber que luego tendría la oportunidad de viajar al país.

Pasados unos meses de relación, decidió casarse con el costarricense que había conocido, abriendo la posibilidad de vivir en Costa Rica.

Antes de migrar definitivamente, en la Semana Santa de 1999, tuvo la posibilidad de conocer Costa Rica. Pensando principalmente en sus infantes, al valorar la posibilidad de traerles a este lugar quería averiguar cómo funcionaba lo relacionado con los estudios. Ahí se dio cuenta de que la escuela era gratuita y que había acceso a universidades públicas, el seguro social era muy accesible y le parecía imposible que todas esas oportunidades bonitas estuvieran en un solo lugar. Por esas razones le parecía que era un pequeño paraíso.

Al año siguiente, en el 2000, ya casada y esperando el primer bebé de ese matrimonio, deciden migrar a Costa Rica. Liliana además venía con muchas esperanzas y expectativas de vivir en paz y rodeada de naturaleza.

Venía de Bogotá, que es un monstruo de ciudad con edificios gigantes, con actividades culturales en cada esquina,

cine, ópera y circo, e iría a vivir a Turrialba, un lugar pequeño sin edificios y con apenas algunas casas; en ese momento Liliana se preguntaba qué hacía la gente para divertirse.

Se negaba a morir del aburrimiento, por lo que poco a poco fue mezclándose con las personas para conocer sus actividades diarias y de ocio. Le tomó el gusto a las caminatas en la naturaleza. Cada tanto salía con sus hijas a recorrer montañas cerca del CATIE<sup>2</sup>, además, estas caminatas le hacían bien a su hijo Ernesto, una persona con autismo.

Liliana recuerda que estas salidas le ayudaban a no aburrirse ni pensar en la soledad de la migración. Llegar a un lugar sin el resto de su familia y sin amigos, a un escenario nuevo, donde ser quien recién llega es llamativo, y, sumado a esto, ser una persona colombiana trae consigo mala fama y desconfianza. Por esto, generar vínculos no fue un proceso fácil.

Cuando uno emigra no conoce a nadie, y la gente te ve como bicho raro, porque diay<sup>3</sup> colombiana, y tenemos mala fama en todas partes: “seguramente viene a hacer alguna cosa indebida, quién sabe por qué vendrá”, entonces lo que hice fue refugiarme, porque además estaba embarazada, no era mucho lo que podía hacer, más que nada caminaba alrededor de la casa donde vivo, al parque, a dar una vueltica para conocer, pero sí siempre prevenida.

Pilar, su hija mayor, estaba ya en etapa colegial y Laura, en etapa escolar. La segunda pasó por una etapa de acoso escolar, por ser nueva y extranjera, pero de alguna forma logró

---

2 CATIE: Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza.

3 “Diay” es un vocablo informal costarricense que se utiliza para expresar una afirmación, interrogación, admiración, ignorancia o desconocimiento, por lo que se puede utilizar con diferentes entonaciones o signos y en determinados contextos.

que esto no la afectara. Liliana sentía temor por ella y le dio su apoyo incondicional durante ese proceso.

Fui enseñándola a ser fuerte y entender que estábamos en un nuevo lugar, y que teníamos que buscar la manera de involucrarnos un poco y dejar de ser solitarias, y hacer amistades, ella pronto hizo amistades porque era muy amigüera, y se le facilitaba mucho eso.

## **Romper una ilusión para construir una vida**

Cuando Liliana llegó a Costa Rica esperaba recibir el apoyo de su esposo para realizar los trámites migratorios, pero al parecer sus planes eran otros. Él no tenía intención de que ella tuviera su legalización y su cédula, a las que tenía derecho por su matrimonio. Por el contrario, esperaba que ella dependiera totalmente de él y que, incluso, no tuviera la oportunidad de volver a Colombia.

Ahí Liliana conoció a una persona totalmente distinta, no era precisamente el hombre con el que se había casado. De pronto, se volvió violento e irresponsable, por lo que Liliana tomó fuerzas, lo alejó de su vida y empezó a luchar sola en este país.

Yo recibí muchas veces agresiones de su parte, golpes, malos tratos, malas palabras, insultos, humillaciones. Irresponsabilidad, se hizo el ciego con toda la responsabilidad de mis hijos. Nunca se hizo cargo de la familia, entonces fueron muchas cosas que me hicieron quedarme sola, luchando sin el apoyo. (...) Él lo que quería era que yo no tuviera papeles, quería que yo dependiera absolutamente de él, entonces yo viví muchos años aquí sin documentos, sin mi cédula costarricense.

En ningún momento, a pesar de la soledad y de la adaptación, pensó en volver a Colombia. Para ella, Costa Rica era una madre calurosa, un lugar en el que se respiraba la paz, donde las noticias eran sobre accidentes de tránsito y no sobre personas asesinadas constantemente en las calles; de ninguna forma estaba dispuesta a volver a ese tipo de ambiente.

Hasta que necesitó trabajar se enfrentó a la realidad de regularizar su situación migratoria en el país. Recuerda con tristeza el desafío de vivir sin cédula, porque en ningún lugar le daban el apoyo que necesitaba. Además, el reto que representaba tener que hacer todo sola en un nuevo país con sus cuatro hijos e hijas. Necesitaba tomar la situación en sus manos, así que decidió estudiar belleza para sustentar los gastos de la familia e ir mejorando su situación.

Habían pasado muchos años y ella no podía seguir sin sus documentos. Fue a migración y le dijeron que por estar casada con un costarricense el proceso sería más fácil. Parecía lógico contratar un abogado; sin embargo, muchos la estafaron y no le ayudaron en los trámites. Tomó todo en sus manos: conseguía los documentos y, cada cosa que le pedían, la iba adjuntando. Tras años de años de espera, pudo obtener su cédula, la regularización y los derechos de ciudadanía para sus hijas e hijos.

Recuerda claramente este proceso porque su hija Laura tampoco tenía documentos cuando realizó el proceso de inscripción a la Universidad de Costa Rica, por lo que tuvo que pasar un tiempo con la incertidumbre de saberse sin apoyo.

Detrás de obtener la ciudadanía, había una gran felicidad. Sabía que ahora podría pedir un trabajo y cuando le pidieran la cédula podría entregarla sin problema; le abría un mundo de posibilidades.

Liliana sabía que no podía dejarse vencer ante nada y descubrió dentro de sí que podía dedicarse a muchas labores. Con sus estudios de enfermería, se dedicó a cuidar pacientes, además estudió belleza especializada en realizar cortes y tinturas. Como si eso fuera poco, también hizo chilleras, jaleas y tamales; una mujer multifacética.

Además, en el año 2015, participó en la organización de un proyecto llamado “La palabra nos une”, en el que trajeron personas cuenteras y artistas de diversas regiones que, durante una semana compartieron, en Turrialba su música, bailes e historias. Ahí descubrió Liliana un gran amor por la escritura y la cuentería. Incluso, ha llegado a hacer presentaciones por el puro placer de ver las caras de los niños y las niñas iluminarse por una buena historia.

Todo esto era parte de lo que Liliana traía en su maleta, sin saberlo. Sabía que era hábil con los negocios y que tenía una gran facilidad para acomodar la vida ante las dificultades, que había empacado ese rebusque que tiene la gente colombiana de no dejarse morir y que si no funciona una cosa, habrá otras soluciones.

Yo he sido muy hábil para los negocios y para acomodar las cosas, entonces yo decía, si no me sirve eso voy a intentar esto, y como ese rebusque de la gente de Colombia, eso de no dejarse morir. Yo me he ganado la vida de muchas formas, porque aprendí a hacer bien los tamales, entonces eso me ha pasado, eso traje de Colombia, las agallas, las ganas de hacer las cosas.

Esta fortaleza también ha salido muchas veces a flote en el cuidado de Ernesto, ya que no solo tiene una condición de autismo, también tiene una discapacidad neurológica y esquizofrenia, por lo que en ocasiones ha tenido ataques de ira que son descargados en Liliana, sufriendo heridas u otras lesiones graves. Liliana ha visto el sufrimiento de su hijo al

ser internado en instituciones mentales, por lo que prefirió ser ella quien lo cuide mientras le sea posible.

## **Ser abrazada por una madre calurosa**

Aquí me han tratado bonito, aquí me he sentido feliz, me he sentido apoyada, he sentido que como que yo tenía una madre patria ya, pero que esta madre adoptiva ha sido mucho mejor que la que tenía.

Liliana siente que la migración es la oportunidad de una nueva vida, de encontrar nuevas experiencias, de ser feliz y de aprender a amar lo más simple de la vida.

Encontró cosas que no sabía que le hacían falta, como el apoyo de un país, un Estado, sentirse protegida, estar en un lugar que la reciba con los brazos abiertos, que le brinde oportunidades, el ser ciudadana y acceder a derechos. Estar en un sitio que le permita a sus hijos e hijas estudiar, que les ayude si necesitan una casa propia, un Estado que le ha permitido acceder a un centro de salud y apoyo para cuidar de mejor manera a su hijo Ernesto. Su hija pudo entrar y graduarse de la Universidad de Costa Rica; ahora su hijo menor tendrá la misma oportunidad, algo que quizá en Colombia no sería posible.

Además, vivir en un lugar en el que instituciones como el Ministerio de Cultura le dan la oportunidad de expresarse. Tantos aprendizajes y logros que siente que son innumerables.

Actualmente Liliana vive con sus hijos Ernesto, Julio y José en Turrialba, mientras que sus hijas Pilar y Laura viven con sus familias en otras provincias del país. Sigue contando cuentos, haciendo jaleas y panes, feliz a pesar de las adversidades y agradeciendo cada día por las pequeñas cosas que la

rodean. Liliana está muy orgullosa de ver a sus hijos e hijas surgir en el país y de poder apoyarles. Julio y José en estos años han logrado iniciar sus estudios en universidades estatales en las que podrán seguir sus sueños.

A large, stylized number '9' is rendered in a dark red color, occupying the upper right portion of the page. It consists of a thick circular stroke for the top loop and a shorter, curved stroke for the stem.

Relato 9

A large, stylized number '5' is rendered in a dark red color, positioned to the left of the main title. It features a thick, angular stroke for the top bar and a curved stroke for the bottom.

**MIGRAR PARA  
SALVAR LA  
VIDA**

*POR AMANECER*

## Sinopsis

*Amanecer, una niña que creció en un pueblo rural en Santander, entendió a corta edad las injusticias de género y fue reprendida por ello. Esto marcó el inicio de una mujer que lucharía desde la ternura y la valía por los derechos de las mujeres. Ser maestra, líder, y parte de una organización de empoderamiento femenino en tierras donde el conflicto armado entre las FARC, paramilitares y ejército se vivía con intensidad, provocó que fuese perseguida y obligada a huir de su país, dejando atrás una vida de esfuerzo y trabajo. Así se marcó su llegada a Costa Rica, una esperanza de vida lejos del miedo, empezando de cero con su esposo e hijas, vendiendo empanadas sin saber muy bien cómo hacerlas. Luego de un arduo trabajo, se reencontró con su profesión. Actualmente, a sus sesenta y dos años trabaja como maestra con niños y niñas, que al igual que ella, son migrantes.*

En Santander se encontraba un pueblito, clavado en las montañas, con calles e iglesias de piedra, hechas quizás hace más de quinientos años. Amanecer recuerda claramente que muchas calles terminaban en caminos de mulas que difícilmente eran transitables de otra manera. En ese momento, no había transportes y, para viajar entre un pueblo y otro, podrían tardar de ocho a nueve horas a caballo.

Amanecer creció caminando por ahí, nadando en los hermosos ríos de Santander. Nacer en una provincia comunera<sup>1</sup> marcaba la fortaleza que había que tener para llegar a

---

1 En este lugar se llevó a cabo la Rebelión de los Comuneros, un levantamiento armado en la Nueva Granada durante 1781, debido a las políticas de aumento de gravámenes y el intento de rematar tierras indígenas a favor de las élites. Aquí nacieron personajes importantes de la historia colombiana como Manuela Beltrán, ícono revolucionario durante la época (Biblioteca Nacional de Colombia, s. f.).

ser personas revolucionarias. Es el lugar donde nacieron las heroínas y rebeldes contra el imperio español. Eran pueblos rurales, en los que se sobrevivía; pero, aunque la pobreza pasaba factura, vivía en un pueblo de gente alegre que mezclaba la fiesta, la cerveza y los domingos de misa.

Los domingos en mi pueblo eran unos días especiales, la gente del campo venía para vender sus productos y para ir a misa. Entonces los campesinos tomaban mucha cerveza, se emborrachaban, y daban tiros, porque era muy al estilo mexicano, era gente ganadera que escuchaba rancheras y para ellos era muy importante el caballo y el revólver para poder ir al pueblo.

Desde muy pequeña, Amanecer estuvo en un internado de monjas salesianas, lugar de miles de historias y aventuras. Ella era una revolucionaria desde pequeña. Pronto le pareció injusto que algunas niñas que pagaban el internado recibieran un trato diferenciado, principalmente en la comida. Ella y otras niñas estaban cansadas de recibir una alimentación pobre y escueta.

Un día yo organicé una huelga. Entonces amarramos todos los panes del desayuno con una cabuya, y empezamos por todo el corredor exigiendo una mejor alimentación y la cosa terminó en que me echaron.

La expulsión solo duró unos meses, pues Amanecer tenía una tía que era quien cosía los hábitos de las monjas, por lo que tenía cierta influencia dentro de la organización, así que, al cabo de un tiempo, fue recibida nuevamente.

Para ese momento, Amanecer era una adolescente de unos quince años y como era normal, en la convivencia obtuvo grandes amigas. Una de ellas temía a la oscuridad y a las tempestades, que por desgracia eran habituales en el pueblo e incluían grandes rayos y relámpagos. Amanecer no podía

soportar ver a su amiga sufrir todas las noches por el miedo, sintiendo que grandes monstruos estaban sobre ella, así que algunas veces se escabullía para acostarse junto a ella y consolarla. Una desafortunada noche una de las monjas entró a la habitación y, al levantar las cobijas, las encontró en la misma cama, les gritó improperios muy cristianos y las culpó de ser pecaminosas y tener “desviaciones sexuales”. Esa fue la última vez que la echaron del internado.

Sin oportunidad de volver, su tía le ayudó nuevamente, pero esta vez para irse a Pamplona en el Norte de Santander, lugar en el que estudiaría para ser maestra y labrar una profesión. Una vez allá, y antes de terminar sus estudios, se enamoró; iba a cumplir diecisiete cuando se fue a vivir con él.

Dos años después de entrar a la universidad a estudiar literatura y lingüística, junto con su pareja abrió un restaurante, que si bien no era algo que les apasionara, significaba un ingreso importante. Se dedicaron a ese negocio hasta que decidieron irse al campo, comprar una finca y empezar un nuevo estilo de vida.

Ahí se convirtió en una mujer rural en un pueblo que aún no contaba con electricidad u otros servicios, comenzó a tener ese vínculo con la tierra y la gente de este lugar, poco a poco conoció las problemáticas de las personas campesinas y sus familias. Amanecer se fue integrando a la Junta de Acción Comunal y lideró procesos para mejorar las condiciones de vida en su pueblo. No paró ahí, después se unió a una organización campesina llamada Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), donde fue nombrada secretaria y luchó por derechos de vivienda digna.

Pese a esto, los problemas, cuando son culturales, suelen estar solapados. Amanecer descubrió que aún en estos espacios la mujer era considerada persona de servicio, la secretaria

porque escribía bonito y la encargada de hacer el sancocho para la fiesta, nunca para la toma de decisiones.

Así que finalmente en el año 1991, se vinculó con la organización de su vida, la Asociación Nacional de Mujeres Campesinas e Indígenas de Colombia (ANMUCIC). Durante estos años, trabajó sin cesar en la capacitación de mujeres rurales en casi todo el país, con temas de liderazgo, organización y la planificación de la campaña sobre la ley 160 de reforma agraria, y, por sobre todo, en materia de derechos y dignidad para esta población.

Ver que son voces apagadas realmente dentro de un estado colombiano que es muy centralizado, muy poco los programas se extienden hacia las zonas más apartadas, siempre se focalizan en ciudades. Al sector rural llegaban los programas cuando ya la gente se enfurecía y hacía marchas, entonces se decía que esas marchas eran apoyadas por las FARC, o por la guerrilla; y que estábamos siendo cómplices de ese Sector Armado. Sin embargo, en la organización nunca tuvimos miedo de participar en diferentes lugares en donde había este tipo de sectores armados.

Amanecer estaba consciente de que la meta de la organización eran las mujeres campesinas, indígenas y afrodescendientes del sector rural, nunca el establecimiento de vínculos con otros sectores y menos el armado. Su trabajo se enfocó en la lucha por el acceso a la tierra y la participación política de las mujeres. Para ello, había que capacitarlas para que pudieran defender sus derechos en espacios y con sectores mayoritariamente machistas.

Parte de su trabajo era capacitar a mujeres que vivían la violencia en sus hogares; sin embargo, muchas mujeres eran encerradas por sus maridos para que no asistieran a los talleres o a las actividades organizadas desde la ANMUCIC. En algunos casos, llegaban primero ellos a ser capacitados para

ver si las dejaban asistir o del todo les prohibían participar con el argumento de que era un movimiento antihombres.

Durante estos años la acompañó su esposo, sus hijas e hijo adoptivo. En ese momento su hija mayor estudiaba en Pamplona, un municipio en el Norte de Santander, su hija menor era una bebé aún y su hijo, un chico revolucionario que la acompañaba en sus labores. Uno de sus últimos lugares de trabajo con esta organización fue en el Catatumbo<sup>2</sup>, una subregión colombiana ubicada en el noreste del departamento de Norte de Santander, con mucha presencia de las FARC.

Allá nos llamaron las mujeres para que las ayudáramos a organizarse. Yo fui y vi que era una zona donde se podía trabajar porque la lideresas estaban políticamente muy bien preparadas para las luchas por sus derechos. A mí me gustaba cuando la mujer opinaba, cuando la mujer se levantaba, cuando la mujer peleaba por sus derechos, cuando era autónoma, cuando le gustaba su independencia y no ser omitida todo el tiempo.

Durante su trabajo en el Catatumbo, las mujeres estaban interesadas en apoyar algún grupo, lo difícil era decidir a cuál dentro del complejo conflicto armado. Ese fuego cruzado entre ejército, guerrilla y paramilitares, que desde los años sesenta con las guerrillas y los noventa con los grupos de autodefensa, traza la historia de Colombia. Aun así, todas ellas tenían algo en común: el miedo a los paramilitares y al ejército.

En esa zona había algo muy marcado, y era que las mujeres estaban... Digámoslo, no divididas, pero estaban como muy pendientes de apoyar a algún grupo. Entonces era muy di-

---

2 El Catatumbo es una región que ha mantenido conflicto armado desde los años 70 y 80, además de situaciones de desplazamiento forzado desde la década de los cuarenta (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2017).

fácil unirlos totalmente mientras tuviesen en su mente a qué grupo iban a apoyar. Y lo único que nos unía a todas era el miedo a los paramilitares y al Ejército, eso era lo que sí nos unía, pero el resto, los otros sectores, las mujeres, tenían sus simpatías porque bueno, para nadie es un secreto que las familias campesinas tienen hijos en el Ejército, en la guerrilla y también, lamentablemente entre los grupos paramilitares.

Para Amanecer el trabajo con mujeres era fundamental, desde su activismo político aportó a la organización de las mujeres rurales, con la bandera del campo, para ella “el feminismo en el campo no es fácil, el feminismo es una bandera, más que todo de las ciudades y de otros espacios, pero en el sector rural se lleva en el alma, pero no se expresa muy claramente, no de una manera tan abierta.”

El trabajo fue incesante, pronto las mujeres comenzaron a organizarse, hasta que en mayo de 1999 hubo una incursión paramilitar en Gabarra en la que asesinaron a cien personas campesinas, algunas fueron desmembradas y tiradas al río<sup>3</sup>, sembrando el terror en la comunidad.

Amanecer había salido de ahí tan solo tres días antes y no lograba imaginar el pánico de las familias que conocía de cerca y todas aquellas personas que no volverían a ver el cielo. Allá sus compañeros y compañeras lideraron una marcha hacia Venezuela con las familias campesinas que huían de la masacre. Su hijo, que había estado acompañando su trabajo durante algunos años, fue uno de los líderes de la marcha: una caravana de personas desplazadas por la violencia.

---

3 Masacre ocurrida en el pueblo Gabarra el 21 agosto de 1999 cuando 150 paramilitares entran en la comunidad que asesinaron a cerca de 100 personas, descuartizaron a varias de estas y las arrojaron al río, esto además de violaciones y más asesinatos por varios meses, provocando que la comunidad tuviese que desplazarse forzosamente (Rutas del Conflicto, 2019).

Por otro lado, la organización comenzó a buscar alimentos y otros artículos de higiene personal que pudieran ser necesarios en el estadio de Cúcuta, donde se recibía a las personas que marchaban. Amanecer les entregó a las personas encargadas del lugar una tarjeta de presentación con su nombre, su relación con la ANMUCIC, su dirección en Bogotá y su teléfono. Al otro día una de las señoras encargadas la llamó para advertirle que unos hombres en camioneta negra y polarizada le habían quitado la tarjeta con sus datos.

Amanecer sintió terror, era una señal clara de que tenían todos sus datos y forma de rastrearla, además, cabía la posibilidad de que fuera secuestrada u otra cosa peor. A los diez días su hija la llamó para decir que habían dejado en la casa un cartel gigante con la leyenda “Fuera, fuera guerrilleros de esta zona, treinta días de plazo para desalojar” Las letras AUC (Autodefensas Unidas de Colombia) firmaban el cartel, registrando el origen de la amenaza, además, los símbolos del martillo y la hoz característico del Partido Comunista, acompañaban el texto reiterando el mensaje. Amanecer tendría que salir de su casa por ser señalada como guerrillera y comunista.

Recordó todas las veces que personas líderes de organizaciones campesinas se negaron a moverse en el plazo establecido y fueron asesinadas en reuniones o en sus casas. La gente que no creía en los plazos era castigada.

Su primera opción fue salir de Bogotá. Luego de la amenaza su esposo puso la maleta en la sala y le dijo que echaran solo lo más importante. Así fue como en 1999 decide migrar al Amazonas en Brasil. Allí tomó un trabajo relacionado con investigación en pueblos indígenas y vivió escondida junto con su familia.

Amanecer tenía mucha comunicación con sus compañeras en Bogotá, hasta que un día llegó su esposo con un recado: “Le dejaron un mensaje, que ya saben dónde están y que el negocio no ha terminado”. Con esto, decidieron volver a Bogotá, solo de paso, para buscar un lugar aún más lejano para huir.

Tenían como opciones España, Canadá o Suiza, pero Amanecer pensó en Costa Rica porque tenía algunas amistades allí y porque, debido a un problema médico, su esposo no podría soportar los inviernos de esas partes del mundo.

Tomar la decisión de migrar no era fácil, implicaba dejar la organización y las compañeras con las que había trabajado tanto tiempo. Una compañera le decía que cómo iba a tirar la bandera de la organización, pero Amanecer estaba consciente de que lo hacía para salvar su vida y que, además, habían más mujeres que mantendrían viva la lucha. A los tres meses de esta conversación, esa misma compañera fue asesinada junto con su esposo.

Antes de irse, Amanecer quemó todos los documentos que pudiesen tener relación con la organización, no quería que de alguna forma, si se metían a la casa encontrarán evidencias de su ideología o su participación como líder. Tenía miedo de que si encontraban sus lecturas del Che Guevara u otra cosa que sonara a revolución, irían a los lugares donde había vivido y podrían asesinar a quienes quedaban en Colombia.

### **Tres maletas, una caja y una nueva vida**

En marzo del 2000 llegaron a Costa Rica, solamente con 250 dólares, cada uno con su maleta y una caja, Amanecer, su esposo y su hija pequeña. En esa caja, su esposo traía una olla alemana que se había negado a dejar y, dentro de

esta, una licuadora. Habían llegado con lo poco que podían cargar, no habían podido vender nada, todo había sido una carrera de once días para salir del país.

Amanecer había estado en Costa Rica antes, pero cuando había venido la hospedaron en un hotel, así que no conocía de la vida diaria en el país. A su llegada, se alojaron en un hotel cercano al centro de la ciudad, en la Sabana, solo se quedaron allí un fin de semana. Costa Rica es un país caro para vivir, por lo que pronto los 250 dólares se habían gastado.

Le habían dado el contacto de una mujer que formaba parte de la Asociación de Trabajadoras Domésticas, Astradomes, quien fue a conocerles y les ofreció a ella y a su hija un lugar donde quedarse, pero su esposo no tendría esa opción, por las reglas del lugar. Sin embargo, la mujer, ante la desesperación y el llanto del esposo, no pudo dejarlo abandonado, entonces le recibió y estuvieron allí cerca de un mes.

En ese momento, gracias a un taller para esta misma asociación y el apoyo de ACNUR, lograron conseguir una casa. Llegaron a un lugar en el que el dueño acababa de divorciarse y la casa estaba limpia, casi sin muebles y aceptó alquilarla incluso sin depósito.

Se aproximaba la Semana Santa y viviendo a solo cinco cuadras de la Basílica de Los Ángeles<sup>4</sup>, les pareció una buena idea vender empanadas, cosa que ni Amanecer ni su esposo habían hecho nunca. Gracias a un vínculo que logró establecer con la Fundación Arias para la Paz, con quienes había

---

4 La Basílica de los Ángeles es uno de los puntos de referencia de la Provincia de Cartago, y el principal Santuario de Costa Rica, en la plazoleta frente al templo se concentran gran cantidad de actividades sociales, religiosas y comercial, ya que recibe a miles de personas al año, aún más durante el día de adoración a la Negrita el 2 de agosto de cada año (Basílica de Los Ángeles, s. f.).

trabajado antes, una buena amiga le facilitó un horno. Con ello su casa empezaba a llenarse y a tener otras oportunidades.

Las primeras empanadas resultaron un caos, había pollo regado por todo el horno, pero cada vez salían mejor. Tenía que levantarse a las tres de la mañana y volver a casa a las cuatro de la tarde. En algún punto, el esposo aprendió a amasar, ya que las manos de Amanecer se hinchaban mucho. Ella recuerda que con el trabajo de mucho tiempo pudieron comprar un carro.

La venta de empanadas en la Basílica no era fácil, era un lugar con mucha competencia. Además, el cura perseguía y condenaba a toda aquella persona que vendiese comida en el sector. Un día le gritó a una mujer nicaragüense con ocho meses de embarazo y, resultado del ataque, las cocadas que ella vendía cayeron por el suelo, donde en otros días la comunidad piadosa costarricense se reúne para venerar a la santísima Virgen.

Amanecer siguió buscando otros trabajos, hasta que tiempo después, gracias al vínculo con la Fundación Arias para la Paz, empezó a trabajar en un proyecto. De esta forma, obtuvo más dinero para comprar una buseta Volkswagen, con la que también se facilitaría la venta de empanadas.

Luego, Amanecer tuvo otra oportunidad para trabajar con una ONG en la asesoría de mujeres, volver al trabajo que tanto le apasionaba. Allí encontró una dirigente que la apoyó con comida, pero no le reconoció económicamente todo su trabajo como tallerista.

Si bien lograron encontrar varios trabajos por temporada, fue una época muy dura, en la que se quedaron sin un lugar donde vivir. Estuvieron un tiempo en una casa prestada hasta que escucharon de una casa abandonada en Río Celeste y decidieron habitarla, un poco por desesperación de

no tener un hogar y con la esperanza de que, con el tiempo, les adjudicaran el terreno; sin embargo, esto les convirtió en objeto de críticas y juicios de sus vecinos. Durante este tiempo, su esposo empezó a vender en la calle nuevamente dulces y otras cosas.

Resultó que la casa era de una pareja que hacía más de dos años se había divorciado y no había vuelto al lugar, porque ninguno de los dos aceptaba que el otro viviera allí. Finalmente, luego de meses de arreglar la casa y de ponerse a sembrar, la policía llegó y les echó de la propiedad. Nuevamente estaban en el desamparo.

Mientras tanto, su hija pequeña tenía cuatro años y medio y su hija mayor, que también había migrado a Costa Rica, vivía en la provincia de Limón. Fue ella quien le comentó que en el lugar en el que ella vivía necesitaban una maestra, por lo que sin pensarlo demasiado y sin ser un trabajo seguro, decidieron irse.

Nos vinimos, los trasteos, todos los hacíamos en la Volkswagen. Yo no sé cómo hacía mi esposo para el espacio, pero nos cabía todo, o era que no teníamos nada. En todo caso, llegábamos con el trasteo a todas partes.

Fue entrevistada y el director de la escuela le dijo: “Listo, Amanecer, la quiero como maestra en mi escuela”. En esa escuela fue docente durante siete años y ahora trabaja en otro centro educativo desde hace diez años.

Amanecer quiso establecerse y seguir el trabajo con comunidades en Costa Rica, porque en otros países centroamericanos como Guatemala y El Salvador, en los que había tenido la oportunidad de trabajar antes, había sentido una recepción muy positiva. Sin embargo, en Costa Rica sintió que había cierta soberbia por parte de los grupos, de por qué una campesina les iba a capacitar, por lo que no tuvo mucha

aceptación en el país. Por eso y por la estabilidad económica, decidió parar y dedicarse solamente a la labor de maestra.

Amanecer traía en la maleta todas las experiencias de trabajo en ANMUCIC, las capacitaciones para el liderazgo rural, los vínculos con organizaciones como la Fundación Arias y una historia de trabajo por toda Centroamérica con mujeres campesinas. Haberse empapado de todas las luchas de la región le permitió conocer diversas realidades, enfoques diversos, sobre las tierras, el agua y la herencia material y cultural. Además, ser docente la ayudó a saber cómo dirigirse a los grupos; esa es una de sus mayores fortalezas.

Ella, además, reconoce que tener un compañero muy identificado con las luchas ha significado un gran apoyo, porque así pudo tomar proyectos y desarrollarlos con éxito.

## **Cuando salir del hogar es la única opción**

La migración forzada para mí es un desarraigo desde las entrañas. Realmente es algo que te obligan a hacer y que tú no quieres hacer. Porque te queda medio corazón en el lugar de donde, de donde te han sacado. No es la voluntad, es la obligación que otro te impone de irte de ahí.

Cuando se sale de manera forzada del país, surge una nostalgia que envuelve la vida. Amanecer cuando comía un melón o cualquier fruta siempre pensaba “en Colombia son más dulces”, que el frío era más frío, que el calor era más caliente, aquí todo era menos. Y no porque odiaba el país, era su manera de expresar cuánto extrañaba la tierra colombiana bajo sus pies, poniendo resistencia a que le gustara Costa Rica, aunque aún el gallo pinto es algo que no puede comer.

Parte de aprender a vivir en Costa Rica, como docente y amante de la literatura, fue leer autores y autoras “ticas”.

Ahí se enamoró de Joaquín Gutiérrez. También recuerda que, en sus primeros años como docente, prohibieron Cocorí por contener un personaje racista, pero para ella era uno de los mejores libros para niños y niñas, lleno de metáforas, símiles y, más importante aún, de ternura, algo que no se puede perder en la educación.

A pesar de todo, leyendo sobre migraciones en textos hermosos, como los de Cristina Peri Rossi, y trabajando como docente en una escuela con más de dieciocho nacionalidades, piensa que ser migrante le ha ayudado a entender y empatizar con quienes han pasado por situaciones como la suya.

Amanecer, enamorada de las letras, conoció este país, Costa Rica, de la mano de escritoras y escritores costarricenses como Carmen Lyra, Fabián Dobles y Fernando Contreras, “y entendí que en Costa Rica no todos son de una mentalidad pro gringa y conservadora, que también hay gente intelectual en la oposición, pero lo sacaban rapidito del país, como les pasó a todos estos escritores”.

A lo largo de sus años como docente, ha coleccionado historias que le han hecho darse cuenta de que el lenguaje puede ser traicionero. Recuerda que palabras como “picha”, que para los colombianos significa que algo está podrido o incluso aplastado, o frases como “mamar gallo”, que en términos coloquiales es burlarse de alguien o hablar sarcásticamente para provocar una determinada reacción y mofarse de esto, en Costa Rica significan insultos. Por estos giros en el lenguaje, los niños y las niñas de la escuela la acusaban de grosera y era constantemente malinterpretada.

## Construir una nueva vida

Migrar es difícil. Al migrar con su familia, Amanecer aprendió que lo más importante es la unidad, que no hay mayor fortaleza que mantenerse juntos y juntas ante las adversidades, acompañándose y construyendo poco a poco una nueva vida.

Su esposo regresó a Colombia en el 2009. Amanecer siempre bromea diciéndole que se separó de ella. Él nunca pudo superar la salida del país, además, para él la tierra es muy importante, por lo que cuando fueron avisados de que alguna gente estaba en su finca este se fue diciendo “yo no voy a perder... tras de que he perdido tanto, no voy a perder la tierra que es lo único que tenemos allá”.

Sin embargo, no dejan de comunicarse día con día, se apoyan cada uno en su lugar, de vez en cuando él vuelve y pasa tres o cuatro meses y se devuelve a Colombia. Aun así, se sienten unidos.

Siempre él me ha dicho que es muy importante, más que una fidelidad física, la lealtad.

Ocurre algo similar con sus hijas, ambas ya fuera de casa, pero igualmente se mantienen unidas. Ahora Amanecer vive en Limón y ejerce como maestra en una escuela con muchos niños y niñas que, como ella, son migrantes. Es un lugar en el que ella les entiende y también la entienden a ella, trabajando desde la ternura, al igual que lo hizo en Colombia.



Relato 10

**MIGRAR Y  
DANZAR EL  
CAMBIO HACIA  
LA LIBERTAD**

*POR DIANA*

## Sinopsis

*Diana nació en Medellín como la esperada niña de un matrimonio. Dulce y dedicada, hasta que la adolescencia trajo consigo enojo y rebeldía, en una sociedad conservadora antioqueña, pero que también le brindó el placer del baile. Encontró en Costa Rica una oportunidad de estudiar lo que siempre la había hecho feliz, el baile. Con personalidad libre, serna, que no teme tomar la iniciativa, que ha sido juzgada por sus raíces y su conocimiento sobre el baile. En Costa Rica, conoció a un colombiano y tuvo una hija y un hijo, pero pasó a vivir sola, a abuscar un ambiente en el que pueda conectar con la naturaleza. No ha sido fácil construir una identidad sin ser catalogada, una vida que fluye y reconoce disruptiva ante la “normalidad”, por lo que Diana sigue en una danza que libere y ame. Ahora con cuarenta y cuatro años, más sabia y más libre, sigue dando clases, incursionando en el clown, ensambles feministas y otras aventuras.*

La clínica del Rosario era el lugar donde todas las “paisas”<sup>1</sup> de Medellín le daban la bienvenida al mundo y Diana no fue la excepción. Había llegado a una familia con dos hermanos mayores extremadamente traviosos y revoltosos, así que todo el mundo esperaba que la niña fuese una dulzura y no fuera un problema. Diana se comprometió con esa imagen desde pequeña, a ser adorable, una niña que se llevara bien con todo el mundo y a quien todas las personas quisieran sacar a pasear / una niña que se llevaba bien con todo el mundo y a quien todas las personas querían sacar a pasear.

Pero llegó la adolescencia, y con ella, un enojo y una rebeldía interminable; no era más la niña buena alabada por

---

1 “Paisa”: forma coloquial de referirse a las personas de Medellín, en general las regiones de Antioquia como son Caldas, Risaralda, Quindío y algunas regiones del Valle del Cauca y Tolima.

todo mundo. Proveniente de una familia fiestera, le encantaba salir y bailar, conocer personas y disfrutar la vida.

Me gustaba mucho las fiestas porque se bailaba, y se podía ser libre y como la gente a veces se emborrachaba, pues había una libertad de ser, no había juicios.

Estudiaba en un colegio de mujeres llamado San José de Las Vegas y vivía en una urbanización con muchas jóvenes, especialmente chicas, por lo que sentía que tenía que tomar una decisión: ser bonita o ser inteligente. Diana no se sentía bonita, así que eligió ser inteligente, que además parecía más divertido y fácil, porque la cultura de la belleza era un lugar competitivo y costoso en Medellín.

Con la decisión de ser inteligente, empezó a cuestionar y descubrir el mundo. Como por arte de magia, encontró un casete de música de Silvio Rodríguez. En su familia no se escuchaba nada de eso, eran cosas de guerrilleros y por tanto algo peligroso. Sin embargo, a Diana le encantó su poesía, era como una forma de abrirse a otro mundo que no podía alcanzar desde su entorno, pero que Silvio le contaba.

Yo ahí me empecé a meter en un viaje muy profundo para darme cuenta de que había otro mundo posible. Pero no, no era posible ahí.

Empezó a hablar con las empleadas domésticas, que le contaban sus experiencias desde la humildad y lo rural. De esta forma, se daba cuenta de que había una gran separación entre los mundos, entre las clases sociales.

Cuando llegó el momento de entrar a la universidad no estaba segura de lo que quería hacer, no había carrera de danza en Medellín y su madre no la dejaba estudiar educación. Por otra parte, la psicología le llamaba la atención, pero no quería leer tanto. Su padre era ingeniero civil, por lo que había sentido seguir el legado y así lo hizo; comenzó su camino

en esa carrera. Con su apoyo todo iba bien, hasta que llegó un semestre en el que debía cursar la materia sobre pavimentos y Diana se dio cuenta de que eso no le gustaba para nada, no quería dedicarse a pavimentar el planeta.

Mientras tanto, su padre y su madre pasaban por una separación muy fuerte, en la que cada quien se desahogaba con Diana, y le hacían creer que la otra persona era la peor del mundo; claro, nunca cuestionado el papel de la paternidad y la maternidad. Este problema y el ambiente del país la hizo querer huir, necesitaba salir de ahí.

En paralelo, había estado asistiendo a una academia de danza y quería continuar aprendiendo. Le contó a su padre sobre esta aspiración, pues él siempre la había apoyado en sus deseos. Así, se fueron a Bogotá a investigar embajadas de países en los que se pudiera estudiar danza; pero, finalmente, fueron a una única embajada, Costa Rica. Ahí mismo se dio cuenta de que el país no tenía ejército, lo que no le parecía real, además, la mayoría de seres no eran humanos, había muchas áreas de conservación natural. Era un país que cumplía con lo que estaba buscando.

Antes de pensar en este viaje, Diana no había salido nunca del país. Eran una familia grande por lo que les resultaba carísimo. A veces sentían que vivían rodeados de personas adineradas, mientras que su familia tenía muchos problemas de dinero.

Diana recuerda que, antes de migrar a Costa Rica, no podía ver las noticias colombianas porque sentía ganas de llorar, le parecía una realidad que no podía digerir. Era una situación que intentaba entender con la poca información a la que tenía acceso. También era darse cuenta de que nunca le habían contado la historia completa, ni en las escuelas ni en los colegios, Lo que decían estaba basado en intereses y

no precisamente en hechos: había una guerra en tres grandes bandos y con muchas diferencias.

En general, sentía que en Colombia había una gran diferencia entre los estratos socioeconómicos<sup>2</sup> y grupos sociales, además de la diferencia entre grupos sociales, además del miedo que había en las personas frente a la inseguridad y la posibilidad de ser asesinadas o violadas.

Recuerda vivamente un grafiti que decía: “en caso de violación, relájate y disfruta”. En ese momento, Diana no había tenido relaciones sexuales, por lo que asumía que estas eran las experiencias que le esperaban. La sexualidad era un tabú y una forma de reprimir el placer en las mujeres, que no podían ni hablar o preguntar. Desde la perspectiva de Diana, la sociedad colombiana normalizó la violación y ella no podía creer que ese silencio y esa aceptación fuera posible.

## **Bailar con un nuevo aire**

En 1998 y con solo veintiún años, Diana llegó a Costa Rica. Venía con todo el entusiasmo para construir una nueva vida y una carrera en lo que le apasionaba realmente. Como venía sola, su estilo de vida era muy humilde, siempre pensando en no gastar demasiado, desde la escasez, como muchas otras personas de universidades públicas.

Llegó a su primera clase en la carrera de Danza en la Universidad Nacional (UNA); pero, desde el inicio, surgió un problema: le pareció aburrido. Sentía que el conocimiento

---

2 Según el Departamento de Planeación Nacional, los estratos socioeconómicos en los que se pueden clasificar las viviendas o los predios son seis: Estrato 1: Bajo-bajo, Estrato 2: Bajo, Estrato 3: Medio-bajo, Estrato 4: Medio, Estrato 5: Medio - Alto, y Estrato 6: Alto (InfoPa'lante, 2020).

que impartían era muy básico, aunque Diana tuvo una corta formación en Colombia, esto le parecía de principiantes y no tenía paciencia. Ella quería bailar y sentía que en ese lugar no lo lograría.

En busca de un desafío mayor, Diana decidió dejar los cursos de la UNA y buscar un espacio en Danza Universitaria, la compañía de la UCR; un mundo en el que ella era aprendiz, no sabía nada en medio de profesionales. Ahí encontró a Rogelio López, quien dirigía la compañía y a una bailarina también de origen colombiano, de Bucaramanga, quienes se tomaron el tiempo para enseñarle. En la compañía, Diana gozaba bailando y, aunque la técnica era algo que le hacía falta, sentía que iría llegando con el tiempo.

Pronto Rogelio se fue de la compañía para viajar fuera del país y quedó a cargo otro señor, quien casi de inmediato le dijo que no podía continuar ahí porque le faltaba técnica e incluso podría lesionarse a ese ritmo. Diana se sintió herida, de pronto sentía que no era buena en nada y que debía abandonar el sueño.

Pasaron tres meses de enero a marzo, cerca de Semana Santa, estaba estancada, sin poder hacer nada. Llamó a su novio de Medellín para que viniera. No le importaba tener que pagarle el boleto, pero él se negaba a venir si no era con su propio dinero. Los problemas de depresión en Diana solo iban en aumento.

En esa Semana Santa fue con una amiga a Montezuma, un lugar costero, con la idea de quitarse la vida, sentía que no podía seguir así. Entró al mar caminando decidida; sin embargo, el mar tenía otros planes para ella, en lugar de arrastrarla a lo profundo, lanzó una ola que la regresó a la tierra. En ese momento Diana se quedó allí, tirada, lastimada por la ola en la orilla de la playa, mientras decidía seguir viviendo.

Justo en ese momento pasaron dos muchachos, a quienes había conocido un poco antes, por ser amigos colombianos de un colega bailarín, eran unos biólogos marinos bastante alocados. Uno de ellos, oriundo de Ibagué, había conectado de una manera particular con Diana. Ella sentía dentro de sí que ese sería el padre de sus hijos, pese a que tal declaración pareciera una locura para otras personas, ella lo sentía y estaba segura.

Así inició una relación romántica, pensada desde lo fugaz, desde lo prohibido, porque mantenía su relación con el joven que vivía en Colombia. Diana estaba en una etapa compleja, sintiéndose fuera de lugar, no estaba en la universidad, no podía seguir en Danza Universitaria y no se encontraba preparada para manejar otras situaciones emocionales.

Meses más tarde dejó de tener la menstruación, por lo que pensó que estaba embarazada. Tenía mucho en sus manos: este nuevo amor, tenía miedo, había engordado y no tenía la menstruación. A pesar de que le gustaba la idea de tener hijos con este chico, a sus veintiún años y en esas circunstancias, no era lo mejor. Luego se dio cuenta de que lo que tenía era un problema de estrés y ansiedad que había suspendido su ciclo menstrual. Estaba agradecida porque no estaba segura de poder lidiar con la maternidad en ese momento.

En junio, llegó su novio de Medellín y revolió su vida de nuevo. Se encontraba en una situación compleja de depresión y con un nuevo amor. Diana decidió devolverse a Colombia, ya no daba más. Necesitaba retornar a la estabilidad de la vida que llevaba allá, así que se reintegró a la universidad y a la academia de danza en la que estaba anteriormente. Pasó seis meses dando clases de danza en este lugar y mandando cartas al que sabía sería el padre de sus hijos, era como un amor por correspondencia soñado.

En el año 2000, quiso volver a Costa Rica, entonces habló con su amor por correspondencia para saber si podría quedarse con él, dividiendo gastos. Así fue como retornó a Costa Rica y, como era estudiante, la situación migratoria era más fácil. Esta vez la vuelta a la universidad fue distinta, iba de oyente a todas las clases, por lo que aprendía y se sentía en total libertad, estaba danzando con una gran luz sobre sí, como una nueva oportunidad.

Desde la primera vez que estuvo en Costa Rica, sintió que era un lugar en el que podía caminar con paz por la calle, en las líneas del tren con música bailando con el viento, le recordaba que en Medellín no había viento y eso la hacía sentir agradecimiento con la vida.

Migrar a un nuevo espacio tiene un encanto, que a veces duele, pero que libera; Diana sentía que en esta tierra no era la hija de nadie, ni la hermana, ni la amiga, sentía que era incógnita y que no debía cumplir con un rol determinado como el que le habían asignado al nacer. Empezó a llamarse Diana de nuevo, porque en Colombia ya solo la conocían con un apodo. Sentía que podía ser ella misma, libre.

Estando en el segundo año de carrera, salió una oportunidad con el Taller Nacional de Danza. Era una propuesta llamada “El Barco”, un conservatorio de danza contemporánea con personas que venían de Europa que danzaban no tanto desde la academia, sino más desde el sabor, desde las emociones. Por esta oportunidad, nuevamente, hizo un cese en sus estudios en la universidad.

En el último año quedó embarazada y, así, llegó su primera hija con el chico que efectivamente se convirtió en el padre de sus hijos. Él, después de un tiempo, tuvo que admitir que a veces no entendía las cartas que ella le mandaba estando en Colombia, pero aun así fue un amor por correspondencia.

La danza la salvó en este proceso de maternidad. Como era su primer embarazo, no se le tenía permitido bailar y la dejaron en la parte de filmación, aunque esto implicara subirse a un techo, asustada, pero dando lo mejor de sí.

Su primer parto fue en la casa, quería darse la oportunidad de confiar en sí misma y en la labor que seguiría de ahí en más como madre, saberse capaz de cuidar la salud de sus hijos e incluso de su educación, aunque también un poco por el miedo a los hospitales. Con el nacimiento de su hija pensó que el tema de migración y documentos sería más sencillo; sin embargo, las filas eran más largas y los procesos más complejos. Por eso empezó a alejarse de las instituciones y del aparato burocrático del país.

Habían pasado dos años y nueve meses cuando llegó el segundo bebé, un niño. Pero este embarazo fue distinto, con su hijo llegó también la oportunidad de ser directora del grupo de danza contemporánea de estudiantes de la UCR y ella no de-



*Muestra final del Conservatorio de El Barco, noviembre 2005. Con nueve meses de embarazo, viviendo la maternidad como un proceso creativo danzado. Fotografía enviada por Diana.*

jaría de moverse como con el primero. Así, siguió bailando con locura, haciendo giras y participando de cuánta actividad podía.

La educación de ambos hijos fue siempre desde la danza y la naturaleza, se habían ido a un lugar de montaña en el que, durante los primeros años, su hija mayor fue educada en casa, hasta que ella expresó su deseo de estudiar música con la orquesta sinfónica, por lo que se mudaron a un lugar más cercano a la ciudad.

Años más tarde, Diana sintió la necesidad de cambiar el lugar en el que vivía. Quería volver a vivir en la montaña, lejos de todo, incluso de la luz eléctrica, deseaba un cambio radical. Su experiencia de ser madre había sido muy pesada. Para ese momento, el niño tenía siete años y la niña diez. En medio de las labores de cuidado, se había olvidado de sí misma y lo que la mantenía en pie era su trabajo como directora de Danzú, el Grupo de Danza Contemporánea de estudiantes de la UCR<sup>3</sup>.

Sin embargo, su familia no estaba dispuesta al cambio, además, dentro de la pareja habían surgido algunos problemas. Diana sentía de nuevo las presiones de ser siempre la madre de los hijos de su pareja, la nieta de sus abuelos, de que también otras personas asumieran lo que ella debía ser o hacer como mujer y la propiedad con la que otras personas opinaban sobre sus decisiones de crianza, cuestionando su rol como madre.

Así fue como vivió un tiempo en la montaña, yendo y viniendo para estar con sus hijos que vivían con su padre, convirtiéndose en una mamá nómada. Pese a que vivió en la

---

3 Grupo de Danza Contemporánea de la Universidad de Costa Rica (Danzú UCR, s. f.).

montaña por poco tiempo, era fascinante encontrar el baile en la naturaleza, en los pájaros, árboles, ríos e incluso gallinas.

Cuando volvió, tomó un trabajo en el Centro Cívico por la Paz como formadora en danza del Taller Nacional de Danza, utilizando el baile como vía para caminar hacia la paz. Porque la misma energía que usan las personas para disparar, para ejercer violencia es la que tiene el cuerpo para danzar en la paz; solamente está en las personas decidir cómo mueven esa energía.

## **Dejar que el sabor y el baile marquen el camino**

Cuando Diana llegó a Costa Rica traía consigo unas inmensas ganas de aprender y de explorar su ser, de tener un espacio en el que sintiera que encajaba. La maleta venía desbordada de una ilusión de libertad, de naturaleza y de movimiento.

Además, nunca dejó el ritmo, el sabor, el interés y la proactividad, que irían aportando a la técnica que iba a adquirir. Incluso los estudios en Ingeniería civil que recibió en Colombia complementaban su conocimiento de las estructuras de peso durante sus coreografías y en el manejo de su cuerpo.

Trabajar por tanto tiempo con personas universitarias le dio la oportunidad de crecer, no solo en el baile, sino en la capacidad de enseñar, la confianza y el amor a la pedagogía que no sabía que tenía consigo. Dejar que el amor al movimiento y la capacidad de entender el cuerpo la convirtiera en una artista que se siente como tal con confianza en sí misma.

## Un impulso hacia una vida más sabrosa y lumínica

Migrar para Diana es impulso, una fuerza que lleva a las personas a buscar otras partes de sí mismas que quizá no hayan encontrado un lugar para ser recibidas o aceptadas. Por suerte, no tuvo que migrar por problemas, o tal vez sus problemas no eran visibles para otras personas, pero vio en viajar la oportunidad de buscar otros espacios para lograr ser ella misma.

Por otro lado, migrar le mostró que en todos los lugares hay una manifestación de paz y una de violencia, que el problema en realidad es más global. Recuerda que, alguna vez, caminando hacia su trabajo en un preescolar, le sacaron la billetera sin que se percatara y, cuando llegó a la institución a comentarle a una compañera, esta le contó que siempre llevaba consigo un arma, lo que la dejó desconcertada y decepcionada: aún en los espacios más inesperados se puede encontrar paz y violencia o, incluso, paz en la violencia, y que se manifiesta de diversas maneras.

Me di cuenta como que hay violencias distintas pero que existen y están en distintos lugares y que, por no haber ejercido, tal vez esa violencia está ahí, guardada, en las casas o en los imaginarios.

Esto finalmente la hace pensar en que realmente las fronteras no existen, son líneas que se han establecido por la violencia y que estas fronteras son situaciones que quedan pendientes para resolver en el mañana, en el futuro de las personas y los pueblos.

Siento que las fronteras no tienen sentido, me parece que... es más desde tiempos inmemoriales, eso ha sido como los problemas bélicos y de control.

La libertad y la capacidad de ser luz en momentos de oscuridad hacen que Diana sienta que por migrar aprendió que siempre hay amor, encuentros con personas que llegan a agrandar la familia, que están más en conexión con los sueños y las razones por las cuales se migra.

Más allá de que migremos o no migremos, la casa está en nosotros y a veces conocer un lugar distinto nos ayuda a conocernos.

Una de las cosas más valiosas de su proceso es reconocer que, aunque exista la violencia, se puede existir en paz. De la misma forma, pudo darse cuenta de que su historia personal y su identidad son lo más valioso que posee y que, cuando más se siente en paz es cuando más puede ser ella misma.

Muchas veces la paz está en el interior y es esa pequeña luz que puede sacar lo mejor cuando la violencia está alrededor, cuando se encuentra una trampa en la que se accede a la presión de ser otra persona, que la búsqueda por la paz empieza desde adentro y que bailando la vida es más sabrosa.

También ha logrado ser soberana de sí misma, a conocerse y ser libre. A crear en lo que cree, que de la incertidumbre se puede aprender, como el cosquilleo en el cuerpo cuando se está pasando por un cambio en el que ha dejado de ser la hija de alguien o la madre de alguien sino solo ella misma, Diana.

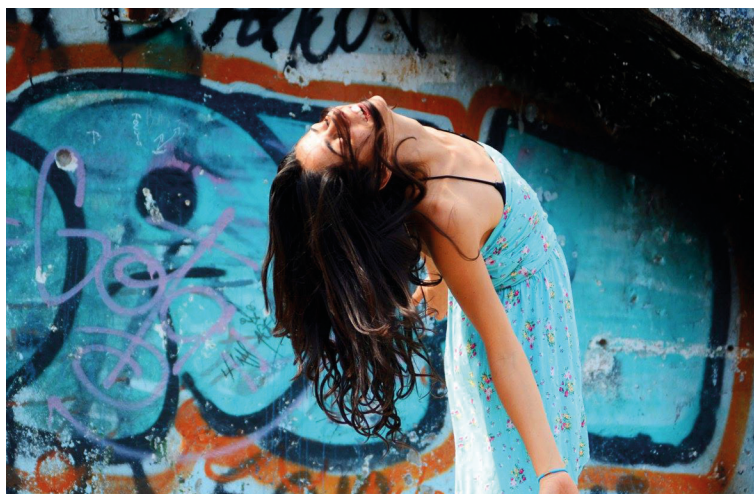
Tuvo que aceptar el desafío de dejar los privilegios que se tienen al vivir con la familia, lo que implicó enfrentarse a la soledad sin la contención de sus seres queridos, de adentrarse a la vida adulta aceptando los retos de la burocracia y del tiempo mismo.

## Los nuevos bailes de Diana

Actualmente, Diana vive en Tres Ríos, en un lugar hermoso llamado el Taller del Artista, junto con otras personas artistas a quienes les tocó vivir la pandemia en este lugar. Por otro lado, viene y va para ver a su hija e hijo, que ahora son adolescentes y viven con su padre.

También, ha empezado a ser payasa, con lo que ha abrazado lo “paisa” y ese legado antioqueño, porque se volvió parte de la performance de su personaje y una forma de dejar salir a sus ancestros.

Siempre la música había sido la que yo seguía bailando, ahora estoy como ahí, las mujeres libres riendo es como sanar, es un trabajo del humor antipatriarcal, trabaja mucho las risas sanadoras con ellas es eso. IMPayasos un performance. Performance como muy elaborados a nivel filosófico y me gusta, me toca como jugar con personajes que siempre he



*Marzo, 2014. En medio de la libertad de danza. Fotografía de Esteban Richmond.*

negado y como que me llega la oportunidad de abrazar lo que niego, a través de la escena.

Forma parte de un ensamble de percusión feminista, un espacio para el estudio de música de Abya Yala<sup>4</sup>, es un lugar donde Diana ha conectado con esa energía y ha aprendido que la sociedad ha sobrevivido gracias a la música, el canto y el baile.

Ha empezado a dar clases, como un emprendimiento, en el que también ha tenido que aprender a hacer negocios, situación que no era de su agrado, mientras sigue trabajando tiempo completo para el Taller Nacional de Danza. Enseñar le ha permitido ejercer desde la empatía con estudiantes que se vuelven familia, porque, al final, todo lo aprendido es un intercambio, así como ella enseña, aprende de quienes asisten.

Ser uno mismo es el mejor camino para el bienestar, para la paz, para el gozo, para salvar el mundo, pero no hay que salvarlo, cada uno se tiene que salvar, cada uno desde su propia luz.

---

4 Abya Yala es el nombre con el que los Indios Cuna de Panamá llamaban a las tierras americanas de norte a sur, y significa “tierra en plena madurez” (Centro Nacional de Acción Pastoral, 1992; Del Popolo, 2018).

The image features a solid blue background. On the left side, there are several white, thick, curved lines that appear to be part of a larger, partially visible graphic element. In the upper right quadrant, there are two concentric white circles. The text is positioned in the lower right area of the page.

Relato 11

**MIGRAR Y  
OTRAS  
HISTORIAS**

*POR LUISA*

## Sinopsis<sup>1</sup>

*Luisa creció en una finca de clima caliente cerca de Bogotá, la gran capital. Su historia se tejió como en tierras de Macondo, es hija de dos primos. Aunque nació en los Estados Unidos, creció en Colombia donde pasó sus años de colegio y luego estudió Sociología en la Universidad Nacional. Desde esa época, vivía entre contradicciones: ser de aquí o allá; las derechas y las izquierdas; la familia y la universidad. Enfrentó múltiples contrariedades al pertenecer a una familia orillada a migrar por el conflicto armado. Cuando llegó a Costa Rica a sus veinticinco años, comenzó la vida migrante trabajando en la panadería de su familia, luego con organizaciones sociales y, finalmente, entró a su segundo hogar, de nuevo en la universidad. Poco a poco y con mucho esfuerzo ha ido construyendo su propio destino.*

### Los años ochenta: Macondo se lleva en el corazón

Mi mamá y mi papá son primos segundos y cuentan que fue amor a primera vista. Esto hace que por poco nosotros tengamos colita de cerdo, pero también reconoce algo de realismo mágico alrededor del apellido Ochoa. Aunque mi madre hubiera querido que tuviéramos más de Chaves, del abuelo Norberto, su papá.

La hermana de mi abuela, la tía Livia, decía que del apellido Ochoa siempre salía gente loca, apasionada, impaciente, a menudo explosiva e inteligente... y nosotros teníamos el Ochoa por los dos lados, por mamá y por papá.

---

1 A diferencia de los otros relatos, éste es el resultado de una autoetnografía de la investigadora, por ello está escrito en primera persona.

A Mamá Marta, la mamá de mi mamá, no le gustaba que le dijéramos abuela. Ella fue un amor platónico adolescente de mi padre.

Mamá y papá se conocieron cuando ella fue a recogerlo al aeropuerto con la curiosidad de conocer un primo, posiblemente, gay. A mí mamá le habían contado que mi padre,

en esos tiempos y con una intensa vida en Estados Unidos, utilizaba colonias y otras vanidades.

A su llegada, él le dio a mi mamá un paquete de manimotos (maníes), que venían en la cajita de comida del avión. Ella guardó el paquetito vacío en una caja que tiene aún hoy en su clóset.

Mi vida es un entramado de historias que se recuerdan permanentemente mientras cocinamos en la casa de Atenas, Alajuela, Costa Rica. Siempre me he preguntado por qué repetimos estas historias una y otra vez, supongo que es una forma de recordar quiénes somos, de dónde venimos y de lo que somos capaces, porque venimos de una pareja de primos poderosa, valiente, inspiradora y migrante.

Por asuntos del trabajo de mi papá, yo nací en Fort Lauderdale Florida, Estados Unidos. No duré mucho por allá porque a los meses volvimos a Colombia y pasé toda mi vida tratando de aprender inglés. Tengo un pasaporte



*Fotografía enviada por Luisa*

gringo y un acento español con acento colombiano que se resiste a ser perdido.

Nací en 1982 y ese mismo año me llevaron a Colombia, fui migrante desde chiquita.

Los primeros años los pasé en Bogotá. De esa época recuerdo los conjuntos cerrados de apartamentos con parquecitos interiores y algunos chicos y chicas con los que, a mi hermano, Iván, se le facilitaba conversar. Mientras yo prefería mis libros, la música y la tele.

Luego nos fuimos a vivir a una finca a dos horas de Bogotá, en Anapoima. Cuenta la leyenda que Ana y Poima se enamoraron. Ella era hija de un español mientras él era un cacique. El pueblito donde me crié se llama Anapoima en honor a su amor. Además, este lugar es famoso por salir en alguna enciclopedia británica como el segundo mejor clima del mundo, se ubica a seiscientos metros sobre el nivel del mar.

Eso marcaría mi vida como “calentana”: demasiado extrovertida para ser de la capital, con poco entrenamiento y poca ropa para la fría Bogotá.

El viaje a Europa en carro-casa, el sueño de mis papas, se convirtió en una finca lechera en Anapoima. Por eso, la finca donde crecí, desde el segundo



*Luisa 10 años, Cierre de cabalgata con el club de Caballos El Lamparazo, entrevista con medios.*

grado de primaria, se llamaría “Mi Pequeña Europa”, donde tenía potreros bautizados como Francia y Suiza. Era una casa grande con piscina, corredores alrededor de paredes blancas, techos rojos y líneas verdes en sus contornos, como la casa donde nació mi papá en algún puerto del río Magdalena. Tenía un establo para al menos cien cabezas de ganado Jersey, caballos y perros. En esos años, aprendí estadísticas de sobre la producción de leche, de ganado, a presentar terneras en exposiciones y, según yo, me convertiría en administradora agropecuaria.

### **Los años noventa: Entre el cole y la finca**

La vida en la finca pasaba lentamente entre libros, tele, música y el colegio. Grababa cuanta canción salía en la radio en mis casetes, creando antologías roqueras y románticas, tanto en inglés y español.

Durante ese tiempo, leía mucho gracias a una buena biblioteca que mi mamá trataba de mantener con suscripciones a libros, colecciones y enciclopedias ofrecidas por mi abuelo. Leí muchas novelas, algunas de ellas con imágenes demasiado sugerentes para mi edad (desde El padrino hasta Como agua para Chocolate). Leí muchas biografías, pasaron por mis manos personajes tan diversos como el Che Guevara, Gandhi y Juana de Arco. Algo del profundo deseo de cambiar al mundo quedaría siempre en mi pensar. Y, por supuesto, los libros de brujería blanca de mi mamá y los de mi abuela Mamá Marta, quien tenía dones, o al menos eso decían. Más bien, tal y como pensaba la tía Lucía, podría ser un efecto del apellido Ochoa.

Años después, en mi adolescencia, abrimos una planta de procesamiento de lácteos con venta al público. Tenía



*Finca Mi Pequeña Europa, casa y parador*

capacidad para transformar 8000 litros de leche, de los cuales producíamos mil, mientras que el resto lo comprábamos a la gente vecina. Allí se procesaba yogur, kumis, queso, cuajada, arequipe y más. Cuando armamos la parrilla y el restaurante, todos y todas trabajábamos vendiendo lácteos, carne con arepa, costillas y frijoles...Y cuando digo todo el mundo trabajaba era todo el mundo, era todo el mundo. Cuentan que Juan Esteban, mi hermano menor, a los seis años, se subía al lavaplatos y se volvió buenísimo lavando. Luis Carlos también trabajaba muy duro, desde chiquito era negociante. Iván, mi hermano más cercano en edad, me lleva / le llevo un año y quince días, era un parrillero experto y hacía queso, yogurt y arequipe a sus trece años.

Yo apoyaba la parte de atención al cliente y a veces me encargaban la caja, la cual había que contar cada noche. En general, era casi siempre mesera y la primera que enviaban a solucionar “broncas”, la carne salió mal, la arepa salió quemada, el pedido está tarde. Una iba y ponía la cara, les llevaba algo para picar, presionaba a la cocina y ... Creo que fue

en esos días cuando desarrollé las habilidades que tengo de atención al cliente.

Hasta mis amigos y amigas del colegio trabajaron en Mi Pequeña Europa. No fueron pocas las veces en que la casa grande estaba llena de adolescentes: Iván, yo y nuestros amigos con quienes de día trabajamos “mesereando” y de noche nos tomábamos la montaña de fiesta. Los corredores de la casa serían testigos de muchas alegrías, risas, bailes y algunos amores y desencantos.

En esas noches estrelladas, en la cima de una montaña donde estaba la casa, creamos un grupo experimental de cuentería. Digo experimental porque realmente era un experimento y una excusa. Yo adapté algunas historias de Jalil Yibrán en esos días. Nuestro escenario era la casa y luego el parque o la casa de la cultura del pueblo, donde usábamos técnicas de interpretación que habíamos aprendido de oídas, y a veces, recogíamos algunos pesos, los cuales eran reinvertidos en el vino nocturno para la inspiración. Con el pasar de los años, algunas de nuestras amistades se convirtieron en gestores culturales y profesores de teatro del pueblo.

El colegio lo recuerdo como una cuestión que ocupaba todo mi tiempo. Estaba en un cole departamental en tiempos de Margarita, la rectora. En su época, la institución era usada como piloto para procesos de innovación educativa, entre ellos, la doble jornada (mañanas académicas, tardes de énfasis). En el énfasis únicamente había dos opciones: el comercial y contable o el laboratorio químico.

Sería la primera vez que redactaría una carta y recogería firmas para un tema de comunicación, pero no la última. Con una carta firmada por un poco de gente que no se hallaba en ninguna de las dos opciones, como yo, en conjunto con adolescentes aspirantes a músicos de rock, poetas en pro-

ceso, gente de teatro y otros personajes se abrió el énfasis de arte y comunicación por solicitud estudiantil, con dieciséis estudiantes. Las materias de este énfasis eran teatro, comunicación, danza y gestión de proyectos. Allí pasé mis últimos años de colegio, en una bohemia rural, alimentándonos de los pedazos de culturas juveniles y urbanas que llegaban de la capital Bogotá.

Era buena estudiante y, si me dejaban, prefería adelantarme sola trabajando con los libros y presentar exámenes antes de tiempo, eso dependía de la profe o el profe. En último año, tuve el mejor puntaje ICFES<sup>2</sup> del colegio y del pueblo, además de la mención de graduación de honor. Aunque he



*Luisa en el colegio, séptimo grado.*

de confesar que a veces tenía faltas disciplinarias: vendía dulces en el colegio (una empresa en crecimiento en séptimo grado), llegaba tarde, me salté la tapia, festejé con el uniforme puesto, me dormí en los jardines detrás del edificio, pero no una mala nota.

Fuimos una generación de fin de siglo, graduada en 1999. A pesar de mis dificultades para la interacción social, puesto que siempre me sentí o me

---

2 Icfes es la forma en que nombran los exámenes de educación que se realizan al final del curso de bachillerato. Se refiere a la empresa estatal de carácter social, vinculada al Ministerio de Educación Nacional que se encarga de realizar los Exámenes de Estado de Colombia.

creí diferente, me adoptaron grupos de amigos y amigas en distintos tiempos. Primero, las hermanas Triviño y Andrés, que me ayudaron y acompañaron desde noveno grado hasta que se graduaron. Luego, la gente del énfasis de arte y comunicación me acercó a la vida de la Nacho<sup>3</sup>, con anhelo de bohemia, cuentería, teatro, rock, trova y ska.

Reconozco que era una niña-joven “terrateniendo” con piscina, vacas y caballos, pero en la práctica cotidiana había que esforzarse. Para evadir el trabajo de la familia yo me concentré en los estudios, las buenas notas justificaban las horas que me dedicaba a mis cosas; y así mi destino se volvió más académico. Aunque al comienzo iba a ser administradora agropecuaria, luego, cuando elegí la sociología en medio de la crisis económica y política, nadie en mi familia entendía nada.

## **Cayó la roya: la caída de Mi Pequeña Europa**

Mientras los ochenta parecían tiempos de apogeo, en casa había cosas finas y costosas que se cuidaron tanto que hoy en día mi mamá y papá siguen conservando algunas de ellas en Atenas, Costa Rica.

A partir de la segunda década de los noventa, aquella luminosidad se fue perdiendo lentamente, las navidades eran menos bulliciosas, la piscina se volvió verde y estaba llena de sapos, mis papas trabajaban más y había menos liquidez. Con los años, todo se fue desgastando poco a poco, la “roya” llegó y duró diez años. Las deudas crecieron y todo empezó a verse viejo.

---

3 Una forma coloquial de llamar a la Universidad Nacional de Colombia.

La vida en la finca se había vuelto peligrosa. Teníamos muchas deudas con bancos, el negocio no se movía, y la gente ya no viajaba a sus fincas en Anapoima por temor a las pescas milagrosas<sup>4</sup>. Las casas de recreo y mansiones de un pueblo de clima caliente cercano a Bogotá parecían casas fantasmas y crecía la maleza. Nosotros vivíamos del turismo nacional, de la gente de la capital que iba de paseo al pueblo en búsqueda del calor, un eterno verano y las piscinas. En medio de esa nueva realidad, el sueño de Mi Pequeña Europa se quebraba.

La falta de circulación de dinero en el pueblo hizo que cada vez los préstamos bancarios fueran más impagables hasta el punto de tener que negociar la mitad de la finca para pagar hipotecas. Además, estábamos rodeados: un grupo de la guerrilla estaba acosando a mi familia con “vacunas”: pagos para ganar el derecho de vivir y mantener el negocio. Una vez mi papá “se les voló” (se escapó), cuentan que llegaron a preguntar por el patrón y mi papá con su pantalón desgastado y pinta obrera los recibió. Hace tiempo que no teníamos empleados porque las deudas no daban para pagar y mi papá, mi mamá e Iván asumían mucho del trabajo. Entonces, ante la consulta de los dos señores del Frente X de la guerrilla, mi papá les respondió que el patrón estaba fuera del país y así esquivó a la guerrilla ese día.

Ya habíamos tenido algunas experiencias con el conflicto armado. También, teníamos una finca en Barrancabermeja, en el medio valle del río Magdalena, abandonada desde hacía muchos años por el conflicto. Se vendió en el marco de los procesos de negociación con grupos paramilitares en

---

4 Las pescas milagrosas fue una estrategia terrorista de la agrupación Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP) entre 1998 y 2002 durante el Conflicto armado interno de Colombia, que buscó crear zozobra en el Estado colombiano y a la vez aumentar sus ingresos por medio del secuestro, la extorsión y el robo (Wikipedia contributors, s. f.).

2001. Los compradores eran parceleros reinsertados para el cultivo de palma africana. Eso permitió recoger la plata para el viaje y guardar la vida en un contenedor.

La idea de emigrar estuvo mucho tiempo en la cabeza de mis padres, fue un proceso preparado con detalle. Cuando llegó el momento, yo ya había terminado el colegio y había viajado a Bogotá para seguir estudios universitarios. Mientras tanto en la finca se empacaba la vida en cajas: la ropa, las ollas, la vajilla, las camas y hasta el carro de mi papá. Así, cual *La Estrategia del Caracol*<sup>5</sup>, todo meticulosamente empacado para que sobreviviera el viaje en un contenedor que llegaría a Costa Rica un año y medio después, con la esperanza de dormir en una cama de nuevo.

Cuando llegó el día, viajaron mis papás y mis tres hermanos. La idea era que yo terminara la carrera en Colombia. Habían comprado un tiquete solamente ida, pero no los dejaron abordar, así que tuvieron que comprar unos nuevos y costosísimos. Esos tiquetes nunca se usaron y mi papá nunca regresaría a Colombia.

## **Fin de siglo: Mamá Marta, Bogotá y la Nacho**

La salida del colegio fue “brutal”, allí donde era tan inteligente y era fácil que me fuera bien, en la universidad me costaba mantener el promedio. En esta nueva etapa había un grupo interesante de compañeros y compañeras de colegios

---

5 La *Estrategia del Caracol* es una película colombiana-italiana que versa sobre un grupo de personas inquilinas que se ve amenazada por el desalojo, por lo que en un intento por evitarlo, deciden unir fuerzas para crear una estrategia en la que cada persona actuará de manera contraria a su verdadera personalidad y condición social, descartando luchar por la fuerza pero utilizando el ingenio para confrontar el desalojo ([Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, 2023](#)).

públicos y privados capitalinos, con los que a veces me costaba congeniar. Una no conocía muchas cosas del ser joven en Bogotá y era un poco torpe con eso de las interacciones sociales, pero con los años me adoptó un grupito.

En Bogotá durante los años de universidad, viví en Suba con mi abuela, Mamá Marta. Suba era un pueblo tragado por la capital con una única vía de ingreso. Tomar bus para salir de allí era una aventura a campo traviesa, colgarse en la puerta de un bus apretujado era una imagen normal. La U quedaba a una hora o dos horas dependiendo del tráfico.

Allí me adoptó una nueva familia compuesta por mi abuela, mi tía María Eugenia, la prima Juliana y el primo Eduardo. Junto a ellos pasé fiestas y viajes, me convertí en una más de grupo con sus maravillas y responsabilidades implicadas.

La vida con mi abuela era increíble, discutimos pocas veces y siempre por mi culpa. Yo la acompañaba en las noches al llegar a casa; ella al comienzo me hacía comida, luego dejó hacerla por mi poco gusto por la verdura. Hablábamos en la noche o a veces no, porque prefería escuchar la novela, yo me acostaba a su lado, junto con Greta la perrita y Lira la gata, todas cándidamente



*Con Mamá Marta en la finca de Sasaima*

pegadas al calor de Mamá Marta. Ella me llamaría su gata negra, porque Lira era blanca.

Mamá Marta siempre estuvo pendiente de mí, no era precisamente una mujer amorosa, aunque lo era conmigo. Antes era muy activa, y aunque los años la aquietaron, pasó sus últimos tiempos en la finca de Sasaima. Justo en el periodo en el que yo hacía la tesis, ella se fue a vivir a un clima más amigable: una finca a dos horas de Bogotá. Fui a visitarla muchas veces y allí terminé mi tesis de licenciatura sobre el uso de internet en la vida cotidiana, el caso de tres bibliotecas públicas de Bogotá.

Cuando Mamá Marta se fue a Sasaima, me uní más a mi tía María Eugenia, y hallé en ella una mujer inteligente. A veces tomábamos vino en las noches y hablábamos de música, amores e historias.

La vida universitaria fluía entre los cursos, el grupo de amigos, y al final, la tesis. La universidad me abrazó y en esos espacios me fui transformando.

Sociología era una carrera cargada de historias, fundada por Orlando Fals Borda y Camilo Torres en una universidad pública donde la plaza principal se llama Che Guevara. Sociología estaba asociada a veces con semilleros de grupos revolucionarios y, según las historias, algunos heredados y conectados con los grupos guerrilleros y partidos comunistas.

Confieso que no me concentré en los grupos organizados en sí, aunque años después una amiga me contó que decían que nosotras éramos parte del Grupo Clandestino, una línea estudiantil de un grupo guerrillero. Para mí, lo que me unía a las amigas y amigos de la universidad no era el activismo político sino la fiesta, los cursos y los viajes fuera y dentro del país. Fuimos a Ecuador al Congreso de estudiantes de Sociología y a Cuba a un encuentro de solidaridad con



*Plaza Che Guevara Universidad Nacional de Colombia (Las2orillas, 2016)*

la Revolución cubana. Aunque al comienzo yo no tenía muy claro de qué se trataba el evento, el tema era conocer Cuba. Allí, tuve noches de muchas reflexiones a las que ahora puedo ponerles nombres, aunque suene cliché: “¿Cuál y cómo sería el otro mundo posible?”

Con los amigos y amigas bailé, bebí, me peleé y me reconcilié. No nos unían tanto los asuntos políticos, era más un espacio para estudiar, divertirnos y tomar cerveza cerca de la universidad. La vida con ellos y ellas era como aprender a ser adulta entre pares. Este grupo particular de jóvenes tenía más experiencia que yo de la vida, la ciudad, las lecturas, la música, la rumba, y a fin de cuentas de ser joven en Bogotá.

De esa época, tengo un cariño especial por Saraya, quien aceptó ser mi amiga y yo estaba súper contenta porque no me era fácil conseguir amigas en Bogotá. Yo me sentía un poco rural, ingenua, ignorante y calentana. Recuerdo que en una de tantas marchas por la defensa de la educación pública,

caminábamos juntas; yo con estatura de metro y medio y ella con metro setenta y resto, cuando tiraron una bomba de fragmentación, cuyos artefactos hacían volar pedacitos de metal. Ella me abrazó mientras estuvimos agachadas en el suelo. De ese día, todas y todos quedaron con marcas en la piel; yo no tenía nada gracias al abrazo de Saraya.

Sociología es una carrera que configura lógicas de pensamiento científico en la mente, pero además promueve una mirada romántica hacia los autores fundantes de la disciplina. Estudiamos a Marx, Durkheim, Weber y otros como un catecismo que se inserta en la piel y modifica la forma en que vemos el mundo, aunque luego nos peleamos con esa visión, occidental, racional y colonial de la sociedad. Recuerdo especialmente los dos cursos dedicados a Marx, y otro de miradas contemporáneas... En esa época, muchos temas no eran parte de mi vida: no conocía el feminismo, tampoco la revolución mediada por las tecnologías y no sabía que uno de los problemas de la sociedad era la desigualdad social y la lucha de clases.

Dentro de la universidad, yo era percibida como un poco “paramilitar”, facha y de derecha, terrateniente, dueña de finca, con ideología conservadora y capitalista, por herencia de la familia. En cambio, para mi familia, era un poco “guerrillera”, hablaba de muchos asuntos tales como la desigualdad; la reforma agraria que nunca se hizo en Colombia; la existencia de una élite que siempre había mandado y sigue siendo la misma de siempre; la importancia de la educación pública; el asesinato de líderes sociales; la muerte de Jaime Garzón, el estado narco paramilitar, etc.

En mis últimos días en Bogotá, sin cursos y con la tesis, pasé en las bibliotecas públicas de El Tintal, El Tunal y Virgilio Barco. Para llegar al Tunal tenía que atravesar la ciudad,

así empecé a salir de la burbuja universitaria y de Suba con el fin de recabar datos sobre el uso de Internet.

Me entregué a la ciudad, comencé a perderme en las calles bogotanas y a ir a la biblioteca Luis Ángel Arango. En los últimos meses, hasta novio conseguí y aprendí el placer de escuchar y bailar salsa clásica en los clubs del centro de Bogotá.



*Edificio Orlando Fals Borda, Sociología-Universidad Nacional (Estévez, 2012).*

Aunque estaba muy contenta de volver a ver a mi familia en Costa Rica, irse era duro, había ganado libertad, autonomía y anonimato (a diferencia de cuando residía en Anapoima). Convertí la contradicción que me provocó el abandono de mi tierra en una serie de “fiestas patronales” para que fuera más suave. Según la familia, parecía un poco perdida en la ciudad, la universidad y la vida, pero yo solo me estaba despidiendo.

## **La fractura 2005: Dejar la vida, construir una nueva.**

Migré con mi familia, mis tres hermanos, mi padre y mi madre, pero llegué tres años después que ellos debido a que estaba terminando mis estudios universitarios en Bogotá.

La situación en la finca era muy complicada: teníamos muchas deudas y la situación de seguridad en el pueblo, donde ya estábamos fichados por la guerrilla porque no habíamos pagado la cuota, estaba al límite. Cuando no había mucho de dónde escoger, mi papá, que había migrado ya muchas veces, consideró nuevamente esa posibilidad en su camino, con cincuenta y resto de años, su esposa, una hija y tres hijos.

Él ya conocía el país, porque en los años ochenta había llevado ganado Jersey de Costa Rica a Colombia, por sus cualidades de ser una raza adaptada a un clima caluroso. Mi papá también tenía unas primas del lado materno que habían emigrado treinta años atrás y que residían en San José. Las Valencia nos recibieron como personas cercanas, aunque no nos conocían y nos apoyaron mucho, sobre todo, en la primera etapa migratoria.

Mi papá y mi mamá decidieron emigrar a Costa Rica cuando yo iba por la mitad de la carrera universitaria. Duraron poco más de un año armando el viaje, empacando todo, cada plato, cobija, ropa, electrodoméstico y hasta el carro; todo se envió a Costa Rica y duró en aduanas poco más de un año. Mientras tanto, mi madre, por dicha, había empacado una olla eléctrica y algunas cobijas en el equipaje de mano: no sabía que eso sería la salvación mientras llegaba el menaje. Mi cama en Anapoima hoy se ha convertido en el sofá de mi casa en San Pedro de Costa Rica, y aún conservamos sábanas y cobijas de esa época.

Llegué a Costa Rica en el 2005, la verdad no recuerdo muy bien en qué momento exacto del año –tengo que preguntarle a mi madre, quien tiene muy presente todas las fechas e hitos del proceso–, solo sé que fue justo cuando terminé mis estudios de Sociología en la Nacho. En aquel entonces culminé la tesis y me despedí de la facultad y de algunos de mis profesores y profesoras. El título de sociología llegaría meses después a Costa Rica en un sobre de papel manila.

A los días de entregar la tesis, tomé un avión con las cosas que puede cargar sin pagar sobrepeso. Los libros, los casetes de rock grabados de toda la vida y hasta algunas evidencias de niñez, como las muñecas, que se resisten a ser tiradas, quedaron cargadas de polvo debajo de una cama, tapándose de olvido. Años después, supe que los libros de sociología pasaron a una prima socióloga. De esa experiencia, me quedó el tratar de no llenarme de cosas y siempre empacar de más cuando viajo, para que no se quede nada.

Cuando llegué de Colombia, mi familia me recibió en una casa en Guadalupe, San José. Era la casa de doña Irma, una casa antigua que pertenecía a una amiga de las primas y donde estuvimos los primeros años migrantes, sin pagar alquiler. Mis papás cuentan que eso nos salvó la vida.

En ese entonces, la vida consistía en ir a trabajar en la panadería de mi papá y mi mamá ubicada en el centro de San José. En ese lugar aprendí lo que significaba ser migrante: Manuelito, colombiano gran amigo de mi papá, vendía celulares frente a la esquina donde se horneaba el pan; Javier, el de la sodita de al lado, también era colombiano y en la otra esquina un señor colombiano se encargaba de los parques y nos hacía precio.

En esa esquina, donde no solamente se encontraba un pedacito de colombianidad, también llegaban otros y otras

migrantes: algún profesor norteamericano con quién hablaba de mis sueños de universidad y algunas clientes frecuentes que conversaban con mi mamá sobre cómo había sido el día... Si alguien llegaba a la panadería con algún problema o dolor de cabeza, madre le daba una pastilla de las que guardaba en el cajón; un buen consejo; un tip de trámite migratorio o una palabra de alivio. Ella acostumbra a decir que “siempre hay que ayudar a la gente” y hay personas que le escriben de vez en cuando y la visitan para darle las gracias.

La panadería fue un reto; por dicha ya yo tenía experiencia de mesera en la época del parador en Anapoima. Aprendí a hacer empanadas dulces y seguía atendiendo gente, –se le tiene el pan de canela, el pan salado, el pan baguette... ¿por qué no se lleva un postrecito a la casa o un paquete de arepas colombianas para más tarde con queso encima?, “se le tiene”–.

Los primeros meses pasé de la casa a la panadería y viceversa. Si bien eso era ayudar a la familia y sobrevivir era la prioridad, había una sensación de pérdida de objetivos, un esfuerzo por entender mi destino migrante. Durante la universidad, pasé soñando con maestrías en el exterior, trabajar en la academia o con organizaciones sociales. Sales de Sociología con el título en mano, pero ahora estás en otro país y no conoces a nadie y primero hay que sobrevivir.

Agradeceré siempre a la panadería, pero en el fondo sentía frustración por no poder ejercer mi carrera. Cuando necesitaba aire, algunas veces me iba a la Universidad de Costa Rica, me sentaba frente al edificio de Ciencias Sociales para rememorar mi vida anterior, de quedarme en los pastos de la Universidad Nacional de Colombia, en el Parque Freud al lado del Edificio de Sociología. En San José me sentía desorientada, de camino a la panadería, a cien metros del

Automercado del centro de San José, me perdí varias veces dándole vueltas a las cuadras, dándole vueltas a la vida.

En los primeros meses de mi llegada, me reconecté con Mónica, mi ángel de la guarda que me acompaña hasta el día de hoy. En los tiempos de frustración me costó mucho llamarla. La había conocido, durante unas vacaciones que pasé en Costa Rica un año antes de viajar definitivamente a este país, en una biblioteca donde sacaba libros para mi tesis de licenciatura y dejaba como documento mi pasaporte.

En una de esas noches de escape del destino migrante, de reencuentro universitario y bohemia con Mónica, llegué muy tarde a la casa de mi madre, Entonces, ella me dijo enojada que si vivía en su casa, debía seguir las reglas. Yo en cambio, venía de una Bogotá con muy pocas reglas y no estaba acostumbrada a ese seguimiento porque hacía tiempo que mi abuela se había ido a vivir a la finca.

En una acción estratégicamente planificada y aprovechando que una nueva amiga, mi querida Jenifer, me ofreció una habitación en su apartamento del barrio Aranjuez, armé maletas. Mi papá me ayudó con el trasteo. Ese día unos mechudos buena nota, amigos de un nuevo compañero de apartamento, bajaron y me ayudaron a subir las cosas.

A partir de esa decisión, comencé de nuevo a soñar con ser y vivir como socióloga y, cada vez más comunicadora, gracias a la maestría, el trabajo con organizaciones sociales y las nuevas amigas y amigos; era un delicioso cóctel.

## La autonomía: días de organizaciones sociales, academia, lucha y rumba josefina

La frustración migrante se convirtió en acción: investigué y armé una lista de organizaciones sociales que trabajaban el tema de tecnologías. Alguien respondió a mi correo donde ofrecía mi trabajo voluntario. Código Sur sería mi primera casa, “Desde el Centro y el Sur, tecnologías para las luchas de la América Latina”.

Me enamoré del proyecto: se trataba de una organización social que trabajaba haciendo sitios web y capacitación en tecnologías para y con otras organizaciones sociales de América Latina. Compartí el sueño durante cuatro años, luego me sentí muy agradecida cuando me salió una oportunidad de trabajo en la Universidad de Costa Rica.

En Código Sur aprendí a conocer San José a partir de sus organizaciones sociales, sindicatos, organizaciones ambientalistas y otras muchas que teníamos que atender. Apoyaba haciendo de vínculo entre organizaciones y el equipo de diseño y programación de sitios web. Hice mis primeros pasos redactando una noticia y desarrollé habilidades para el soporte técnico, lo cual uso todo el tiempo.

Además, tuve la oportunidad de viajar por algunos lugares de Centroamérica. Conocí hasta a la maestra Berta Cáceres<sup>6</sup>, la entrevisté y caminé con ella en una marcha que se realizó en el marco de un Foro de Desmilitarización frente a una base militar gringa en Honduras. De la mano con estas

---

6 Berta Cáceres fue una líder indígena hondureña, feminista y activista defensora del medio ambiente, que lideró luchas principalmente por la defensa del territorio indígena en Honduras y El Salvador, y fue cofundadora del Consejo Cívico de Organizaciones Indígenas Populares (COPINH). Berta fue asesinada el 3 de marzo de 2016 (Comisión Nacional de los Derechos Humanos, *s.f.*).

y otras historias, iba rearmando mi camino en Costa Rica. Desde siempre tuve la certeza de que vinimos a cambiar al mundo: hacerlo más justo, equitativo y bonito.

La utopía tiene resistencias, “sin cacao no hay chocolate”, repetía Santiago, mi jefe de Código Sur, quien citaba al padre Marco de la Radio Santa Clara de San Carlos.

El trabajo desde las organizaciones sociales es precario, teníamos angustias. Lo que ganaba en Código Sur no alcanzaba para pagar el apartamento ni la comida. Conseguí otro trabajo en la Iglesia Luterana Costarricense (ILCO). Comencé asistiendo a la campaña “Luteranos dicen NO al TLC”. pero trataba de ser útil: ayudaba en informes de labores, me inventé unos talleres de Internet para el personal de la iglesia y asistí a una misa inclusiva, hice lo que pude y me lo gocé. En esos días, no desarrollé una práctica, pero sí un “corazón políticamente luterano”.

También comencé una maestría en comunicación en la Universidad de Costa Rica, la cual fue mi ventana para colarme, poco a poco, en la academia. La maestría era para mí un escape de la panadería. Conocí a mujeres maravillosas que fueron mis maestras y, mejor aún, hoy son mis amigas.

Mi paso de la vida universitaria al mundo laboral vino acompañado de amigas y amigos, compas de fiesta en “La Chicha”: un bar que ya tumbaron y estaba ubicado en el centro de San José, debajo de las escaleras, por el parque España. Conciertos y cervezas nocturnos, además de caminatas por el centro de la ciudad para esperar un “azul reproche”, como un amigo de Bogotá le decía al color del preámbulo de la mañana.

Así conocí el centro de San José, sus músicas y actividades culturales. Me rodeé de amigas y amigos con quienes compartí delirios políticos y literarios. La vida se estaba llenando otra vez de gente, andaba reconstruyendo ese

mundo que había dejado en Bogotá, en su mejor versión romántica y casi onírica.

En esos tiempos aprendí que la autonomía y la independencia tiene sus costos y aprendí también que vale la pena pagarlos porque la construcción del propio destino no tiene precio. Nunca faltó pancito en mi casa, arepas y otras cositas de comer, que me traía periódicamente mi madre.

## **La universidad: Hogar dulce hogar**

Casi al final de la maestría entré al Programa de Posgrado en Comunicación a pedir ayuda. En esa época, estaban nuestra estimada Sylvia Carbonell<sup>7</sup> en la dirección del posgrado y la profesora Lidieth Garro, quien generosamente, durante ese trayecto, primero como profesora y luego como mi directora de tesis de la maestría, me brindó orientaciones para navegar en los laberintos de la vida y la academia. Les dije la verdad: que la universidad era mi casa y que yo siempre había soñado con trabajar ahí. Además, les mencioné que el salario no alcanzaba y tenía dos trabajos, poca plata y poco tiempo para terminar la tesis. Supe sincerarme al expresarles que me avisaran si se enteraban de alguna oportunidad.

Casi nueve meses después, se comunicó conmigo Allan Monge de la Vicerrectoría de Acción Social (VAS), con la idea de participar en el desarrollo del portal web de la VAS y allí comenzó el viaje universitario.

---

7 Sylvia Carbonell Vicente fue una locutora y periodista reconocida por sus trabajos en radiodifusión como directora de Radioemisoras Universidad de Costa Rica, ganadora de premios como: Premio Nacional Joaquín García Monge de Periodismo Cultural en el 2003 y Premio Roger Barahona al Mejor Informativo en el 2006. Profesora de la Escuela de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Costa Rica desde el 1996 hasta el 2020.

Empecé trabajando en una Unidad de Tecnologías, luego propusimos la Unidad de Comunicación, la cual tuve el honor de coordinar durante algunos periodos. En el transcurso de los nueve años que trabajé en ese lugar, aprendí muchísimo de la universidad, desde adentro, me peleé y me enamoré de la institución, aprendí a reconocer sus desafíos y, al mismo tiempo, me dejé seducir por sus posibilidades para hacer cosas.

Lo último que hice en la VAS fue ser asesora en comunicación para diversos proyectos de acción social. Eso me permitió conocer el vínculo comunidad-universidad y fortalecer mi conocimiento de la comunicación y las tecnologías, con ayuda de la maestría y también de manera autodidacta.

Con los años, me volví activista del Software Libre, mi pasado con las organizaciones y los movimientos sociales y una fascinación por estas tecnologías hizo que me volviera autodidacta y promotora de Software Libre. Gracias a dicha experiencia, pude trabajar un tiempo en el Centro de Investigación en Tecnologías de la Información (CITIC) de la Escuela de Ciencias de la Información y la informática (ECCI). Su directora Gabriela Barrantes fue la primera persona que decidió pedir un nombramiento para mí en la UCR. Empecé como docente interina, lo que significó que ya no trabajaba por servicios profesionales; comenzaba a ser parte.

Con el centro de informática, en donde trabajamos con compañeros y compañeras de la comunidad para impulsar el proceso de migración a Software Libre de la universidad. Para mí todo era lo mismo: tratar de cambiar al mundo; la revolución sería con tecnologías libres y procesos colaborativos.

En el 2011, di mi primer curso formal en la Escuela de Ciencias Comunicación Colectiva (ECCC), aunque antes en el 2009 ya había sido asistente (no remunerada) de Allan

Monge en el curso Comunicación y Movimientos Sociales del Posgrado en Comunicación. Sí, mi ex jefe de la VAS, en el curso de Comunicación y Movimientos sociales del Posgrado en Comunicación.

En el 2015, formulé mi primer proyecto de investigación en el Centro Investigación en Comunicación y desde el 2017 coordino un proyecto de Trabajo Comunal Universitario. Luego de tanto movimiento y tanta cosa, los años llegaron. Como una osa que inverna comenzó otra etapa de mi vida.

En un período en donde las noches se habían agotado y la bohemia ya no daba, era mejor quedarse viendo una película en casa. Así apareció Elvis, un sancarleño de ascendencia nica costarricense, amigo de Allan. Allan estaba casado con Eugenia, una colega de la VAS y con quién yo escribía un artículo de investigación para el cual nos recomendó Lidieth. Un montón de gente tenía que constelarse para hacer posible nuestro encuentro. No sé si existe el amor a primera vista, pero nos vimos y nos encontramos. Desde ese día Elvis se convirtió en mi compañero y sigue estando conmigo mientras escribo este texto doce años después.

La llegada del novio a la vida trajo calma y aventura, caminatas al bosque, ríos, playas y viajes en bicicleta por el territorio de San Carlos, Guanacaste y Caribe. Era justo el equilibrio que necesitaba.

## **El presente... respira y renace**

En catorce años que llevo en Costa Rica, para sosegar el Ochoa, apasionado, ruidoso y acelerado, aprendí a hacer yoga, a meditar de vez en cuando, a correr y hacer ejercicio, a nadar, luego “me terapeé”, aprendí de mis errores, me esforcé por ser más flexible y trabajar en una, como me recordó siem-

pre Mónica. Así me fui adaptando al entorno, al contexto y al modo “tico”, menos confrontativo y más tranquilo.

Muchas veces me sentí fuera de lugar y no entendía, pero solo años después comprendí la diferencia. Cuando llegaba a casa de mi madre y mi padre, quienes viven en una burbuja muy cerca de la colombianidad, escuchaba el intercambio abierto de ideas entre ellos y ellas: allí lo político es intestinal, atraviesa corazones, mentes y hasta cuerpos, gritan argumentos sin darse cuenta, se enojan y se contentan, una vida con muchas emociones en donde el tiempo transcurre en un horizonte de cuestiones por resolver, siempre listos, siempre alertas.

Siempre hablo de mi otra vida para referirme a la época de universidad en la fría, interesante y anónima Bogotá, donde me perdía en el centro y me encontraba fugazmente a mí misma caminando por La Nacho. O incluso hablo del más allá, mi época del colegio en la finca de Anapoima, en el clima caliente.

A pesar de aquella sensación de encierro y frustración de los primeros años, ahora tengo autonomía e independencia y he logrado desarrollarme a nivel profesional y personal: mi familia hoy más que nunca me apoya y consiente, el novio sigue allí, construyendo refugios para compartir la vida, saqué mi doctorado en comunicación en la Complutense de Madrid (a distancia, ¡pero salió!) Además, en camino van un par libros: uno es el que el lector tiene en sus manos. Aunque nada es fácil ni gratuito, sigo en proceso de aprendizaje y los retos no se acaban, siempre hay algo más.

También me siento muy afortunada por las maravillosas amigas que he tejido en la vida, grupos de brujas y aquelarres que están en mi WhatsApp. Estoy agradecida por la oportunidad de trabajar en la Universidad de Costa Rica,

lugar donde me siento como en casa y me conecta con el espíritu de la universidad pública y La Nacho.

Finalmente, mientras redacto esta autoetnografía, vivo en la casa de mi padre y mi madre en Atenas, la cual hemos logrado construir con el esfuerzo de muchos años. Este hogar tiene un montón de semejanzas con la casa de Anapoima: con los mismos colores, arriba de una montaña, con la vista al horizonte. Mientras tanto, mi madre y mi sobrina Violeta, están abajo viendo tele, tres generaciones en la casa, un hogar, una generación que emigró y otra que nace “tica”.

# REFERENCIAS

- Basílica de Los Ángeles. (s.f.). Sobre la Basílica. <http://www.santuarionacional.org/sobre-la-basilica/>
- Biblioteca Nacional de Colombia. (s. f.). *Exposición. La rebelión de los Comuneros*. <https://bibliotecanacional.gov.co/es-co/colecciones/biblioteca-digital/exposiciones/Exposicion?Exposicion=La%20rebeli%C3%B3n%20de%20los%20Comuneros>
- Bushnell, D. (2021). *Colombia: Una nación a pesar de sí misma*. Crítica Colombia. <https://play.google.com/store/books/details?id=RSg5EAAQBAJ>
- Caballero, A. (2016). *Historia de Colombia y sus oligarquías (1498-2017)*. CRITICA. Ministerio de Cultura-Biblioteca Nacional de Colombia. <https://bibliotecanacional.gov.co/es-co/proyectos-digitales/historia-de-colombia/libro/capitulo11.html>
- Cecchini, D. (6 de diciembre de 2022). El atentado más sangriento de Escobar: 500 kilos de dinamita, 63 muertos y 700 heridos para matar a su enemigo. *Infobae*. <https://www.infobae.com/historias/2022/12/06/el-atentado-mas-sangriento-de-escobar-500-kilos-de-dinamita-63-muertos-y-700-heridos-para-matar-a-su-enemigo/>
- Centro Nacional de Acción Pastoral. (2017). Acerca del Nombre Abya Yala. *Temas De Nuestra América Revista*

*De Estudios Latinoamericanos*, 8(18), 255. <https://www.revistas.una.ac.cr/index.php/tdna/article/view/9712/11665>

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). *¡Basta ya!: Colombia. memorias de guerra y dignidad: informe general*. Centro Nacional de Memoria Histórica.

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2017). *Memorias de vida y de dolor*. Catatumbo. Memorias de vida y dignidad. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/catatumbo/violencia.html>

Comisión Nacional de los Derechos Humanos. (s.f.). *Berta Cáceres Líder indígena hondureña, feminista y activista defensora del medio ambiente*. <https://www.cndh.org.mx/noticia/berta-caceres-lider-indigena-hondurena-feminista-y-activista-defensora-del-medio-ambiente>

Cruz, A. L. A., y Rivera, D. M. R. (2008). El narcotráfico en Colombia. Pioneros y capos. *Historia y espacio*. [https://historiayespacio.univalle.edu.co/index.php/historia\\_y\\_espacio/article/download/1680/1786](https://historiayespacio.univalle.edu.co/index.php/historia_y_espacio/article/download/1680/1786)

Danzú UCR. (s. f.). *Inicio*. [Página de Facebook]. Facebook. Recuperado 19 de enero de 2023, de <https://www.facebook.com/profile.php?id=100070107393694>

Decreto Ejecutivo 41329 de 2018. Reglamento para el reconocimiento de derechos migratorios a parejas del mismo sexo N° 41329-MGP. 18 de diciembre de 2018. [http://www.pgrweb.go.cr/scij/Busqueda/Normativa/Normas/nrm\\_texto\\_completo.aspx?param1=NRTC&nValor1=1&nValor2=88065&nValor3=114906&strTipM=TC](http://www.pgrweb.go.cr/scij/Busqueda/Normativa/Normas/nrm_texto_completo.aspx?param1=NRTC&nValor1=1&nValor2=88065&nValor3=114906&strTipM=TC)

- Del Popolo, F. (2018). *Los pueblos indígenas en América (Abya Yala): desafíos para la igualdad en la diversidad*. CEPAL. <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/43187>
- Dirección General de Migración y Extranjería. (s. f.). *Residencia Permanente*. [https://www.migracion.go.cr/Paginas/Categor%C3%ADa%20Migratorias%20\(Extranjer%C3%ADa\)/Primera%20Vez/Residencia-Permanente.aspx](https://www.migracion.go.cr/Paginas/Categor%C3%ADa%20Migratorias%20(Extranjer%C3%ADa)/Primera%20Vez/Residencia-Permanente.aspx)
- Echavarría, S., y José, J. (2001). Colombia en la década de los noventa: Neoliberalismo y reformas estructurales en el trópico. *Cuadernos de economía*, 20(34), 57-102. [http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0121-47722001000100004](http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0121-47722001000100004)
- Estévez, L. (2012). Edificio Orlando Fals Borda, Sociología-Universidad Nacional [Fotografía]. Wikimedia Commons. [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Edificio\\_Orlando\\_Fals\\_Borda,\\_Sociolog%C3%A- Da\\_-\\_Universidad\\_Nacional.JPG](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Edificio_Orlando_Fals_Borda,_Sociolog%C3%A- Da_-_Universidad_Nacional.JPG)
- Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano. (2023). *La estrategia del caracol*. <http://cinelatinoamericano.org/versionfp.aspx?cod=871>
- Gaitán Mahecha, B. (2009). Luis Carlos Galán. *Vniversitas*, (119), 21-22. [http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0041-90602009000200005](http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0041-90602009000200005)
- Galaz Valderrama, C. (2016). Producciones narrativas: la agencia y reflexividad en las prácticas de interventoras sociales. V Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales, 16 al 18 de noviembre de 2016, Mendoza, Argentina. Métodos, metodologías y nuevas epistemologías en las ciencias sociales: desafíos para el conocimiento profundo de Nuestra América.

*Memoria Académica*. <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=eventos&d=Jev8441>

Infobae. (19 de enero de 2022). Ingrid Betancourt, quien pasó seis años secuestrada por las Farc lanzó su precandidatura a la Presidencia de Colombia. *Infobae*. <https://www.infobae.com/america/2022/01/19/ingrid-betancourt-quien-paso-seis-anos-secuestrada-por-las-farc-lanzo-su-precandidatura-a-la-presidencia-de-colombia/>

InfoPa'lante. (2020). ¿Qué son los estratos sociales y cómo sé a cuál pertenezco? *Info Pa'lante*. <https://www.infopalante.org/hc/es-co/articles/1500002707802--Qu%C3%A9-son-los-estratos-sociales-y-c%C3%B3mo-s%C3%A9-a-cu%C3%A1l-pertenezco->

La Nación. (19 de marzo de 2004). *Detienen a hombre con vaca en automóvil*. La Nación. <https://www.nacion.com/el-pais/detienen-a-hombre-con-vaca-en-automovil/NXNOZOCFXRDLJF6OASLG3OIBFQ/story/>

Las2orillas. (24 de octubre de 2016). ¿*El Che o Jaime Garzón en el mural de la U. Nacional?* <https://www.las2orillas.co/el-che-o-jaime-garzon-en-el-mural-de-la-nacional/>

Lozano, P. (22 de marzo de 1990). Muerto a tiros en Bogotá el líder de la izquierda Bernardo Jaramillo. La esposa de Jaramillo le protegió con su cuerpo. *El País*. [https://elpais.com/diario/1990/03/23/internacional/638146801\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1990/03/23/internacional/638146801_850215.html)

Martínez, A. B. (2014). *Carlos Pizarro Leongómez: de guerrillero a candidato presidencial* [Tesis doctoral, Universi-

- tat Pompeu Fabra]. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/dctes?info=link&codigo=142867&orden=0>
- Museo Casa de la Memoria y Reyes, A. (2015). *Una mirada múltiple a la tierra y la violencia en Colombia [Insumo para los textos de la exposición Colombia. Paraíso despojado]*. Medellín: Museo Casa de la Memoria.
- Nino, J. (2021). Foto de Bogotá [Fotografía]. Pexels. <https://www.pexels.com/es-es/foto/ciudad-edificios-arboles-urbano-9824368/>
- Pécaut, D. (2012). *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*. Universidad EAFIT. <https://play.google.com/store/books/details?id=XC-jDwAAQBAJ>
- Ramírez-Topic, C. [Chabela Ramírez: Tema]. (12 de octubre de 2016). *Soy el Tambor* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=gFIUIGzomLI>
- Ríos González, G. (2017). *Léxico juvenil costarricense*. Imprenta Nacional. [https://www.imprentanacional.go.cr/editorialdigital/libros/literatura%20costarricense/lexico\\_juvenil\\_costarricense\\_edincr.pdf](https://www.imprentanacional.go.cr/editorialdigital/libros/literatura%20costarricense/lexico_juvenil_costarricense_edincr.pdf)
- Rutas del Conflicto. (2 de octubre de 2019). *Masacre de La Gabarra agosto de 1999*. <https://rutasdelconflicto.com/masacres/la-gabarra-agosto-1999>
- Samper, M. E. (2019, diciembre 18). Colombia vista a través de los ojos de Félix de Bedout. *Diners*. [https://revistadiners.com.co/cultura/5282\\_felix-de-bedout-en-blanco-y-negro/](https://revistadiners.com.co/cultura/5282_felix-de-bedout-en-blanco-y-negro/)
- Ticopedia. (s.f.). *Direcciones a la tica*. [https://ticopedia.fandom.com/wiki/Direcciones\\_a\\_la\\_tica](https://ticopedia.fandom.com/wiki/Direcciones_a_la_tica)
- Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. (s.f.). *Gaitán: hombre de pueblo, pueblo de libertad*. <https://www.>

utadeo.edu.co/es/multimedia/yosoygaitan/276611/  
gaitan-hombre-de-pueblo-pueblo-de-libertad

Urbina, G [Guadalupe Urbina]. (4 de febrero de 2022).  
*Guadalupe Urbina, Tocá el Tambó y Orquesta de las  
Selvas Tropicales-La Cumbia de la Niña (oficial)* [Vi-  
deo]. YouTube [https://www.youtube.com/watch?v=sxNwhHqJq\\_E](https://www.youtube.com/watch?v=sxNwhHqJq_E)

Wikipedia contributors. (s. f.). *Pescas milagrosas de las  
FARC-EP*. Wikipedia, The Free Encyclopedia. Re-  
cuperado 21 de marzo de 2021, de [https://www.  
google.com/url?q=https://es.wikipedia.org/wiki/  
Pescas\\_milagrosas\\_de\\_las\\_FARC-EP&sa=D&sour-  
ce=editors&ust=1616389994947000&usg=AOv-  
Vaw3XF19Qmm5blTmT3eNcHX\\_a](https://www.google.com/url?q=https://es.wikipedia.org/wiki/Pescas_milagrosas_de_las_FARC-EP&sa=D&source=editors&ust=1616389994947000&usg=AOv-Vaw3XF19Qmm5blTmT3eNcHX_a)

Zaragoza, R. (18 de diciembre de 2020). El hippy neonazi.  
*Cáñamo*. [https://canamo.net/cultura/narcocultura/  
el-hippy-neonazi](https://canamo.net/cultura/narcocultura/el-hippy-neonazi)

# MUJERES MIGRANTES COLOMBIANAS RELATOS DESDE COSTA RICA

Luisa Eugenia Ochoa Chaves  
Ana Belén Calderón Elizondo